

VALORACIONES

HUMANIDADES
CRÍTICA Y
POLEMICA

LL

DIRECTOR:
CARLOS AMÉRICO AMAYA



REVISTA EDITADA POR EL GRUPO DE ESTUDIANTES "RENOVACIÓN"

AÑO I - N° III

- LA PLATA

- ABRIL DE 1924

SUMARIO

□□

ALJANDRO KORN	Esquema Gnoseológico.
GREGORIO BERMANN	La quimera intelectualista.
CARLOS ASTRADA	El nuevo Esteticismo.
CARLOS SANCHEZ VIAMONTE	Opinión Pública y voluntad social, (Ensayo político).
BENJAMÍN TABORGA	Filosofía del diletantismo.
ARTURO MARASSO	Píndaro en la literatura Castellana.
DANIEL COSSIO VILLEGAS	La Pintura en México (con cuatro láminas).
EDUARDO RIPA	El secreto idealismo.
ROMAIN ROLLAND	Mahatma Gandhi (Traducción de Carlos A. Amaya).

BIBLIOGRAFÍA

"Don Juan" de AZORÍN por R. Z.—"El Hogar en el Campo" de FERNANDEZ MORENO por EDUARDO RIPA.

COMENTARIOS

El destierro de Unamuno, por LA REDACCIÓN.—Intrusos, por ALJANDRO KORN.—Estudios sobre gramática americana de la lengua castellana, por ARTURO COSTA ALVAREZ.

NOTICIAS

Hacia un nuevo humanismo, por J. Ortega y Gasset.—El espíritu de América: Carta de Romain Rolland a José Vasconcelos.—A propósito de "La libertad creadora" por Enrique Gonzalez Martinez.—Colaboración artística de: Roberto Montenegro, Diego Rivera, Mariano Montesinos Grané y Gabriel Fernandez Ledezma.

Condiciones de la suscripción:

Argentina, por año \$ 5.00
Número suelto \$ 1.00

Redacción: 56 número 989.—Administración: "EDITORIAL RENOVACIÓN" 57 número 404.

Solo se publican las colaboraciones solicitadas por la Dirección.

VALORACIONES

HUMANIDADES
CRÍTICA Y
POLEMICA

DIRECTOR:
CARLOS AMÉRICO AMAYA

REVISTA EDITADA POR EL GRUPO DE ESTUDIANTES "RENOVACIÓN"

AÑO I - N.º III LA PLATA ABRIL DE 1924

ESQUEMA GNOSEOLOGICO

POR

ALEJANDRO KORN

I

Para entendernos es necesario ante todo, emplear cada término con precisión y claridad y deslindar su esfera propia. Esto no puede hacerse con el tradicional concepto de filosofía. Subsiste a este respecto una situación caótica, cuyo génesis histórico es fácil de seguir, por haber abarcado la filosofía en otros tiempos sin distinguir las ciencias, las teorías y la metafísica, a más de su contaminación eventual con cuestiones de orden religioso. De ahí la dificultad de definir la filosofía o de elegir entre las definiciones más opuestas.

Distingamos primero entre lo que sabemos y lo que inferimos, entre el hecho que nos ofrece la experiencia y la teoría metafísica que le agregamos, es decir, separemos decididamente la metafísica como una disciplina especulativa y establezcamos oportunamente su posibilidad y su valor. Esta actitud se impone sobre todo ante la metafísica clandestina, casi vergonzante, que suele negarse a sí misma y disfrazarse de sistematización científica.

Sea el dominio indiscutido de la Ciencia el proceso cósmico que se desarrolla en torno nuestro. Armada de los métodos positivos realiza su exploración, sus investigaciones y el descubrimiento de sus leyes. Conviene no perturbarla en su labor y renunciar a toda incursión especulativa en este campo. En cuanto a los integrantes hipotéticos indispensables para la sistematización parcial o total de sus datos, la ciencia los crea y ella los reemplaza.

Ojalá pudiéramos reservar el nombre de ciencia, exclusivamente para las ciencias exactas y las que aspiran a serlo, es decir, las físicas y naturales. En otros términos, a la ciencia de la medida y de lo mensurable. Debemos negar este nombre a las pseudo-ciencias que a veces simulan una autoridad positiva.

Pero frente al proceso cósmico se levanta el hombre; nos erigimos nosotros, con nuestros afectos, deseos, pasiones, dolores y aspiraciones, con todo el caudal de la vida subjetiva. Ante cada hecho reaccionamos, lo afirmamos o lo negamos, lo apreciamos desde nuestro punto de vista, es decir estatuímos valores pragmáticos, lógicos, éticos y estéticos. El estudio de esta reacción de la personalidad humana ante el mundo objetivo, constituye la teoría de los valores, que llamamos Axiología. Las disciplinas axiológicas carecen de un objeto mensurable y se distinguen fundamentalmente de las científicas propiamente dichas. Una cosa es el hecho o el acontecimiento, otra la apreciación que de él hacemos. Cuando nos interesa un hecho no lo discutimos: lo observamos, lo referimos a su causa, lo sometemos a su ley, hacemos ciencia y nos ponemos de acuerdo. Cuando estimamos ese hecho, bajo uno de sus aspectos, discutimos, desenvolvemos nuestra teoría personal y no coincidimos nunca. Nadie, ni la mayoría más abrumadora, puede imponerme un valor que niego.

Disolvamos pues el conglomerado de la vieja filosofía y despidámonos de ella. Conservemos su nombre auspicioso para designar una actitud espiritual, pero repartamos su acervo común, entre la Ciencia, la Axiología y la Metafísica. Governe aquella el orden de los hechos objetivos y halle la fórmula matemática que los rige, penetre ésta en el secreto de la voluntad humana e intente la última, referir la realidad a conceptos que trascienden toda experiencia posible.

II

Cuanto sabemos, intuimos, percibimos, pensamos, recordamos, sentimos, queremos o imaginamos, es un fenómeno psíquico.

La realidad se reduce a este hecho. Referirla o no, a una realidad distinta es a su vez otro acto psíquico. Existir es estar en la conciencia, el enigmático Ser está mas allá y constituye el problema ontológico de la metafísica. Por ahora no nos interesa.

Conocer es contemplar el contenido de la conciencia. Es decir, el contenido concreto que sucesivamente la ocupa, no la conciencia misma que es un noumeno inaccesible. Este contenido carece de estabilidad, es una serie de estados, es decir un proceso, un devenir, o sea una actividad cuyo conocimiento llamaremos experiencia.

El conocimiento no es un hecho que necesita ser demostrado: es evidente. Pero podemos hacer el análisis fisiológico, psicológico y lógico de sus integrantes y apreciar el valor de sus conclusiones.

Esto último es función de la gnoseología que es axiología, teoría estimativa del valor del conocimiento: lo afirma o niega, lo califica de cierto o falaz, de verdad o error, de subjetivo o de objetivo, de definitivo o precario, de absoluto o relativo, de intuitivo o discursivo o de ambas cosas a la vez, dentro de esferas que procura delimitar.

III

La actividad del proceso psíquico no se desenvuelve de una manera arbitraria e incoherente, sino dentro de formas establecidas.

En primer lugar se polariza en dos tendencias opuestas, a saber el Yo y el No-yo, con otras palabras, el sujeto y el objeto del conocimiento.

Esto solo importa establecer un hecho básico y en manera alguna una distinción esencial, porque ambos aspectos del proceso se condicionan recíprocamente y no son sino funciones dinámicas. A condición de no exagerar el alcance de una metáfora, esta relación podemos imaginarla, semejante a la de la resistencia y de la potencia, porque también en mecánica postulamos la oposición de dos energías, sin suponerlas de naturaleza esencialmente distintas.

IV

Tanto el Yo como el No-yo poseen cada uno sus modalidades características.

El No-yo o sea el objeto, lo concebimos *espacial, mensurable*, sujeto a la categoría de la *cantidad*, circunstancias que permiten expresar sus relaciones en fórmulas aritméticas. Los hechos del orden objetivo los unimos entre sí por un nexo que llamamos *causalidad*. Ésta les imprime el carácter de la *necesidad* y convierte el conjunto en un *mecanismo*. La actividad objetiva la atribuimos a *energías físicas*, sometidas a una *ley inmutable*. Cuando coordinamos con auxilio de estos conceptos los hechos objetivos, hacemos Ciencia, que en su faz teórica es Cosmología y en su aplicación práctica, Técnica.

El Yo es la *síntesis ideal*, de los fenómenos de orden subjetivo que son *ixextensos*, se abstraen a toda medida y no pueden ser expresados en ecuaciones matemáticas. En cuanto se manifiestan en la acción, están enlazados por el concepto de la *finalidad*, pues obedecen en este caso a propósitos postulados en *libertad* por la *voluntad*, a cuyo efecto estatuye *valores mutables*, puesto que son su creación. La sistematización de los fenómenos que re-

presentan la reacción subjetiva ante el proceso cósmico, es Axiología o teoría estimativa. En su aplicación al desarrollo de la personalidad humana, se vuelve Pedagogía.

Esta exposición esquemática con conceptos abstraídos del proceso real, solo tiene un objeto didáctico. En el estado de conciencia concreto, se unifican todos los factores que el análisis desentraña, pero no separa de hecho. No es lícito convertir estas abstracciones, ni siquiera las de Yo y de No-yo, otra vez en entidades de existencia aislada.

V

¿Existen categorías comunes al orden subjetivo y al objetivo?

En primer lugar uno y otro se presentan como actividad: no existen dos principios estables, ni tampoco un estable opuesto a otro inestable. Son ambos procesos dinámicos indisolubles entre sí, que aunque opuestos, se compenetran y determinan. Esto no significa que conozcamos una actividad pura, separable de los hechos.

Luego el tiempo. Para Kant el tiempo es la forma común de los hechos objetivos y subjetivos. Bergson en cambio distingue el supuesto tiempo matemático que solo es una expresión de relaciones espaciales y le opone la duración, vinculada a la memoria y de carácter exclusivamente subjetivo.

Por último todo hecho, subjetivo u objetivo, tiene su razón de ser en otro hecho. Ninguno subsiste por sí, sino solamente en relación con otro. Los dos fundamentales, sujeto y objeto, no se conciben sino en relación mutua y todos los hechos singulares, requieren un antecedente que es su razón suficiente. Pensar es relacionar. Esta trabazón universal y recíproca, la expresamos con el concepto de Relatividad. La experiencia no nos da sino un conocimiento relativo; cuando queremos superarla, hacemos metafísica en busca de un conocimiento absoluto.

VI

La teoría del conocimiento que acaba de exponerse se encuadra en la experiencia, si bien toca sus límites. No se apoya en una argumentación, ni en una interpretación, sino en los datos directos que ha de confirmar, por evidentes, todo examen de conciencia.

Que es insuficiente? Sin duda, pero la experiencia no da más.

Si el dualismo relativo nos molesta, podemos convertirle en un dualismo trascendente. Si exigimos su reducción a un principio único, podemos suprimir uno de los dos términos o imaginar un tercero que los abarque.

1. El monismo naturalista no acepta sino el proceso cósmico determinado por la causalidad, regida por leyes. En este caso la teoría del conocimiento se reduce a la metodología de las ciencias naturales. Percepción por los sentidos, registro de los datos observados, experimento comprobante, inducción sistemática. El orden subjetivo desde luego desaparece, la acción espontánea es un mito, la libertad una ilusión, la personalidad se elimina y el hombre es un autómatas ligado al mecanismo universal.

2. En el caso contrario, es el orden objetivo, el que se convierte en un accidente de la auto-evolución ideal. La teoría del conocimiento se transforma en lógica y dialéctica, es decir en una construcción abstracta. Opera con el concepto puro y prescinde, como de cosa baladí, del contenido empírico del conocimiento, hasta el punto de descalificar las ciencias, inclusive las exactas. En rigor lógico debería terminar en el solipsismo.

3. Si imaginamos un principio superior que comprenda ambos ordenes, el subjetivo y el objetivo, caemos en la Conciencia pura o en otra entidad inaccesible al conocimiento racional.

4. El dualismo trascendente por fin, renovaría todas las rancias discusiones sobre la relación recíproca de dos principios esencialmente distintos, como serían lo extenso y lo pensante.

En resumen, todas estas tentativas son del dominio de la metafísica y su valor depende del que atribuyamos a esta. Sobre este punto me he expresado en otra parte.

VII

Del examen realizado fluye como hecho fundamental la existencia de una oposición, el desdoblamiento de la actividad universal en dos tendencias opuestas, regidas por categorías distintas. La efímera realidad que se desvanece en el perpetuo devenir, es la resultante de este choque entre la voluntad autónoma y la energía física, de la acción opuesta a la acción.

Es falsear los hechos, es negar el testimonio mismo de la conciencia, querer suprimir uno de los factores antagonicos y negar un dualismo que se impone en la totalidad de lo existente y se repite en cada caso particular, tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. Ultima creación de las ciencias físicas es el electrón y no han podido concebirlo sino como oposición

de elementos positivos y negativos. Y del electrón para arriba, todo el universo está regido por fuerzas centrípetas y centrifugas, por atracción y por repulsión, por afirmación y negación, por amor y odio. Sin la polarización dual no existe nada.

Así también en el último reducto de las cosas, se opone al imperio de la necesidad el anhelo de la libertad y se realiza en la medida de nuestro saber y poder. Es frente al universo, la afirmación valiente de la personalidad humana, porque, «no esclavos, señores somos de la naturaleza».

VIII

Como las siete cuerdas de la lira vibran en ajustada armonía, así también, según Pitágoras, los siete planetas, al describir en ritmo aritmético sus órbitas, cantan por la amplitud del cosmos, las modulaciones de la armonía universal, imperceptible para nuestro oído, pero deleite de los dioses inmortales.

A pesar de la prevención, filósofos y místicos, se empeñaron en escuchar la armonía vedada. Ellos virtieron a su idioma el apólogo pitagórico, con el intento de conciliar las antinomias de la existencia, en la coincidentia oppositorum, allá en el regazo metafísico de lo eterno.

No me substraigo al embeleso de estas visiones. Pero en realidad las antinomias subsisten, el conflicto perdura y no alcanzo a percibir la armonía de los mundos. Por otra parte la paz eterna se me identifica con el anonadamiento budista del Nirvana y no me seduce, ni convence. He logrado superar toda posición negativa.

Mucho más me atrae una otra creación del genio helénico: un mito remoto y áspero, exento de sutilezas ambiguas.

Cuando tiendo el oído a los rumores del universo, pareciento sentir aún el grito discordante de los titanes que asaltan el Olimpo y entre ellos contemplo al más osado, dispuesto a arrancar el fuego del mismo altar de los dioses.

Si hubiera de emprender la tarea, para mi ingrata, de diluir la idea prometeana en fórmulas dialécticas, diría, como en el dominio uniforme y monótono de lo implacable, surge la revuelta insidiosa y estalla la disonancia de la voluntad autónoma. Describiría la rebelión inmanente, la fragua tras larga lucha de una personalidad, cada vez más consciente, más libre y poderosa, hasta doblegar el imperio de la necesidad, despojarse de todas las escorias e imponer su señorío sin trabas, dueña victoriosa de sus destinos.

LA QUIMERA INTELLECTUALISTA

POR

GREGORIO BERMANN

La armazón ideológica-social que se inicia en el siglo XVIII y se prolonga hasta nuestra época, descansa sobre base fragilísima y delicatísima. El error se repite en teoría—prácticamente se ha procedido en forma bien diversa—desde los enciclopedistas hasta los ideólogos y socialistas humanitarios, de conservadores a demócratas, tanto entre los políticos, como entre los intelectuales, especialmente entre los sociólogos ofertores de soluciones y panaceas.

Para analizarla de inmediato, digamos desde ya, que la falacia fundamental consiste en suponer que las diferencias prácticas, de los hombres y de los grupos sociales, residen únicamente en la oposición de las creencias.

Ya en los precursores de la Revolución Francesa obsérvase cuán absoluta era la confianza de que el acuerdo de los espíritus acerca de los problemas morales y sociales, podía lograrse mediante un sistema fundado en la razón. Pero es Comte quien da expresión doctrinaria más sólida, más prieta y acabada a esa vieja aspiración del espíritu que por primera vez enunciara dialécticamente Sócrates para el problema moral.

Ninguna doctrina, como la positivista talvez, se ha creado bajo la influencia de tan apremiantes condiciones prácticas. Ya en 1820 sintió Comte la desorganización y la anarquía de un régimen imperial en el que se encarnaba la Restauración, es decir la contra-revolución. ¿Como salir del estado de injusticia y de privilegio vergonzoso, que caracterizaba a las sociedades de la época, con una religión oficial no compartida? ¿Cómo plantear el problema de la reorganización que fatalmente debía venir de acuerdo con los principios de la Revolución? de esa misma Revolución acerca de la cual escribía Renan a Berthelot: "quien la blasfema pasa ya por insensato y bien pronto vendrá el tiempo que no se dirá más que

nuestra santa Revolución". Conservan interés las soluciones concretas que ofreció Comte, pero tiene y mucho para nuestro fin, comprender el sistema de ideas de que se valió para ello. Era para él axiomático que la reorganización social no se alcanzaría sin que previamente se transformaran las costumbres, ¿y estas? no sería posible que cambiaran sin una total reordenación de las creencias. Observa Levy Bruhl que si Comte no hubiera creído esto, seguramente no habría compuesto los seis volúmenes del *Cours de Philosophie Positive*, ni tampoco, podemos agregar, la Política y la Religión Positivas. Veía bien Flaubert al escribir a un amigo: "He leído un libro socialista, Ensayo de Filosofía Positiva, por Augusto Comte." ¿No es acaso la obra de Littré *Conservation et Revolution* un comentario de este pensamiento suyo: "El pueblo está directamente interesado en el triunfo de la Filosofía Positiva, o mejor dicho, ese triunfo y el suyo son uno solo?"

Todo su esfuerzo, tenazmente orientado durante tantos lustros, tendió a elaborar un plan de creencias aceptable por todos como evidente, por ser perfecta expresión de la unidad del entendimiento, impuesto no por una autoridad suprema, sino demostrada por la razón. Consideró que las condiciones necesarias a la unidad del entendimiento eran la unidad del método y la homogeneidad de la doctrina. Como para los pensadores de nuestra época, parecía incontestable que si tales condiciones se realizan en algún aspecto del conocimiento lo es en las ciencias naturales y en las matemáticas. Precisamente el mérito que aun se reconoce a este pensador reside en la tentativa de aplicar el método de las ciencias de la naturaleza a las sociedades, sin perder el punto de vista científico, ubicándolas en la categoría de fenómenos naturales.

Así creyó descubrir la posibilidad de unidad de una concepción universal en materia social.

El día en que sobre ciertas bases los hombres anularan sus opiniones con el propósito de alcanzar la felicidad común, ese día se habría logrado la armonía y hecho posible el progreso indefinido en medio de la paz. Las nuevas creencias realizarían por sí mismas el milagro de reorganizar la sociedad sobre bases nuevas y definitivas, saliendo de una vez para siempre de entre las ruinas feudales, que las revoluciones habían acumulado sin dejar el terreno apto para la nueva siembra.

El espectáculo de la Restauración con todos los vicios de las monarquías, pero sin su vigor, exacerbó el deseo, el ansia de progreso, inspirando numerosas especulaciones, las de Comte entre otras—como hemos visto. La idea de progreso es el leit motiv del pensamiento del siglo XIX hasta el setenta. ¿Acaso a la ley uni-

versal de los cambios, considerada, entonces, como rigiendo el dinamismo del universo, no llamóla Spencer ley de progreso? Pero Spencer halló este término—hace notar Guyau (*La Morale Anglaise Contemporaine*)—con sentido moral, harto finalista, no lo bastante objetivo y lo substituyó por la ley de la evolución.

Stuart Mill adopta la ley del progreso enunciada por Comte como del desarrollo de los acontecimientos. Se comprende la adhesión del gran pensador inglés cuando se recuerda que además de ser uno de los jefes del radicalismo filosófico de Inglaterra, fué uno de sus primeros socialistas, si bien noblemente chapado a la antigua.

Detengámonos a examinar la teoría de la causa del progreso, expuesta brillantemente en el Libro Sexto de su famoso *System of Logic*, en el que aparece, mejorada, la tendencia comtiana a aplicar el método positivo a los fenómenos sociales, es decir morales. Reconoce que sería grave error pretender que la especulación intelectual y los adelantos científicos cuenten entre las más poderosas inclinaciones de la naturaleza humana, a menos que se trate de individuos excepcionales. "Pero la debilidad relativa de estos principios al lado de los demás agentes sociales, afirma, no impide que su influencia sea la principal causa determinante del progreso social". "Y así el estado de las facultades especulativas, el carácter de las proposiciones admitidas por la inteligencia, determina esencialmente el estado moral y político de la comunidad, como hemos visto ya que determina el estado material". Stuart Mill reconoce que la mayor parte del perfeccionamiento proviene del deseo y de la necesidad; pero como nuestra potencia de acción sobre los objetos está en acuerdo con el grado de conocimiento que de ellos tengamos, todo progreso debe depender del de la ciencia. Esto se nota en las industrias y artes aplicadas, y cree está de perfecto acuerdo con los hechos que muestra la Historia.

"Todo progreso importante en la civilización material, escribe, ha sido precedido de un progreso científico, y siempre que se produjo un cambio social considerable, gradual o repentino, fué precedido de mudanza en las opiniones, en la manera de pensar". El cambio operado, a su juicio, no lo originan las condiciones materiales de la época, sino por entero, el antecedente estado de las creencias y del pensamiento.

Por tales premisas llegaríamos a la conclusión de que a la Historia, bastaría recoger las creencias y opiniones dominantes en cada época y consignar los cambios que sufriera para trazar el cuadro cabal de los acontecimientos humanos. Bastaría pues una historia de lo que pensaron y sintieron los hombres. El estado so-

cial actual, la vida contemporánea, podría explicarse también por este proceso ideal.

No negamos la influencia del pensamiento, sobre todo en las épocas y en los climas heroicos en que se exaltan las potencias creadoras del espíritu. Pero ni en tales períodos y momentos excepcionales porque suelen pasar los individuos y los pueblos, deben olvidarse las condiciones de otro orden que les son propicias y las determinan. De tal modo no se desconoce ni el valor ni la eficacia de la vida espiritual.

Puede afirmarse que Stuart Mill al igual que Comte, y en general los pensadores del siglo pasado, quedó a mitad del camino, sin apresurarse a averiguar por qué y cómo cambian y se integran las opiniones y las creencias. No dice Stuart Mill si el bello programa de progreso que según Comte y otros realiza la Historia ha de atribuirse a un Dios omnisciente, todopoderoso, a un azar alfortunado y providencial, o a un proceso dialéctico immanente.

Nosotros sabemos, en cambio, por abundante y vivida — y sufrida — experiencia histórica cuanto condiciona al estado moral y mental el proceso objetivo y material además de lo que hay del azar y del modo de ser particular de naciones y razas.

Tanto más notoria es la falla, cuanto que el mismo Stuart Mill reconoció, en la parte ya citada de su lógica, la soberanía que tienen las circunstancias de orden material sobre la vida de los pueblos. "Todos los fenómenos sociales, dice, son fenómenos de la naturaleza humana producidos por la acción de circunstancias exteriores sobre masas de hombres y por consiguiente los fenómenos del pensamiento, de sentido y de actividad están sometidos a leyes físicas, los fenómenos sociales no deben dejar de observar también leyes físicas derivadas de las precedentes".

En el vago lenguaje de la época "circunstancia exterior" no significa tan solo las influencias telúricas, sino todas las condiciones materiales en que se desarrolla la vida. Stuart Mill, filósofo naturalista, reconoce por una parte que la sociedad entra en la categoría de los fenómenos naturales para luego, según vimos, sustraerla a esa influencia y aquí está ya el comienzo de la contradicción. No se crea que acepta el término progreso como sinónimo de perfeccionamiento, conforme a la opinión común, sino como expresión de la evolución social "sin que estos cambios sean siempre o en su totalidad perfeccionamientos". Admite sí, salvo excepciones transitorias, que la tendencia general es hacia una vida mejor y más feliz y que eso es el perfeccionamiento. Para Stuart Mill, como para nosotros resulta, pues, notoriamente, insuficiente su anterior punto de vista de identificar el Progreso de la Historia

ya que lo que todos reconocemos como progresos reales y no ficciones o ilusorios constituye una parte restringida de la misma.

La ley del progreso es en Comte no ya el aspecto psicológico de la evolución sociológica, sino netamente un proceso psicológico. Toma el aspecto espiritual de la historia y lo convierte en la causa primera de los cambios sociales.

¿No existen profesores de derecho para quienes el derecho es el *primum movens* de la Historia y así acontece con el arte, con la religión, etc? En física como en biología, en las ciencias, cuidase mucho de distinguir lo mediato de lo inmediato, tratando de dilucidar la relación de dependencia entre los dos ordenes de causa. La confusión en esta relación rige hoy el conocimiento en materia social.

Los sabios y escritores entregados por entero a las labores del espíritu, suelen imaginar los pueblos agitando por idénticas preocupaciones y por las mismas fuerzas que constituyen la razón de su existencia.

Partiendo del axioma común de que son las creencias las que impulsan y mueven a los hombres, el siglo pasado concibió para los intelectuales una grande, imponderable misión. «Plugiera a Dios, exclama Renan, en *L'avenir de la science*, que todas las almas vivientes y puras estuviesen convencidas que la cuestión del porvenir de la humanidad es por entero una cuestión de doctrina y creencia, y que la Filosofía sola, es decir la investigación racional es competente para resolverla». Stuart Mill, por su parte, relata en «Mis memorias» que tenía de común con su padre una ilimitada confianza en la eficacia de la razón, la que era compartida por el grupo del *radicalismo filosófico* que llegó a tener tanta influencia en la opinión culta de Inglaterra. «Tan grande era la confianza de mi padre en la influencia de la razón sobre el espíritu del hombre en todo lo que puede imponerle, que creía todo se resolvería si cada uno supiera leer, si todas las opiniones pudieran dirigirse al mundo por medio de la palabra y de la prensa, y si gracias al derecho del sufragio pudiese el pueblo nombrar una Cámara que pusiese en práctica las opiniones que dominaban».

Nunca se presentó a una generación de intelectuales tarea más alta y luminosa, que la de salvar con programa tan accesible la sociedad oprimida y vilipendiada. No es posible seguir sin emoción de simpatía el fervoroso entusiasmo con que se dieron a ese apostolado tantos ingenios y hombres de ciencia que estimamos entre los primeros. Con tanta sinceridad sostuvieron los positivis-

tas que era ésta misión de los intelectuales, que Comte restringió severamente el derecho de crítica.

Gustavo D' Eichthal escribía a Stuart Mill en 1829 con la certeza de que no más de cuatro años serían necesarios para el triunfo del sansimonismo y que ni los monarcas, ni autoridad absoluta alguna, ni religión revelada, ni especulación metafísica, ni los viejos políticos corrompidos dirigirían la marcha de los pueblos sino el grupo de pensadores de vanguardia que sistematizaría de manera más o menos científica o racional, el sistema de verdades para gobierno de los pueblos de la tierra. Recuérdese como en el cuadro de la organización sansimoniana que conserva las grandes líneas, aunque ampliadas, de la sociedad de la Edad Media, los teólogos están restituídos por un sanhedrín de sabios encargados del poder espiritual, y los industriales desempeñan el poder temporal. Algunos propusieron que entre ambos se estableciera una gerarquía de directores a cargo del perfeccionamiento moral. Tenemos en Comte el culto de los grandes hombres formando el santoral positivista; y es de semejante naturaleza la propuesta que muy seriamente formulara Renan con el beneplácito de tantos, de encomendar a los sabios y filósofos la dirección de los pueblos y que parecemos hoy harto ingenua.

Confrontada con la humilde realidad, esta posición de Comte, encontramosla de un absurdo desesperante. Dejemos de lado la anarquía francesa, europea o mundial, recordemos ligeramente lo que nos es más inmediato: el proceso de nuestras luchas civiles. ¿Es creíble que fuera la anarquía intelectual la causa de los antagonismos y de las luchas civiles argentinas y americanas? ¿No había más que una diferencia de principios entre pelucones y criollos, morenistas y saavedristas, unitarios y federales, porteños y provincianos y hoy entre conservadores y radicales, comunistas y socialistas? Si así fuera, nada más sencillo para lograr el acuerdo y realizar la felicidad común que una convención o un congreso y se hubiera evitado tanta sangre fraternal, tantas miserias y luchas!

¡Qué hilarante parecemos la posición del gran filósofo francés! Sin embargo, su punto de vista inspira la labor y la prédica de hombres de estudio y de vida pública, entusiasmo a líderes proletarios en quienes es dable esperar doctrina más ajustada a la realidad histórica. Ayer no más, después de la otra experiencia de la guerra, poníase la esperanza de una era mejor en la Liga de las Naciones sin contemplar su origen real; confiábase en que se dirimirían todos los conflictos en torno de las Mesas de las conferencias entre discursos y aplausos y olvidaban los pacifistas el desengaño de La Haya!

Muchos ejemplos, miles, de esta ideología siglo XIX podrían citarse. Recordaré solo uno o dos, a vuelo de pluma. Un eminente fisiólogo nos afirmaba que la única renovación eficaz en materia social, operada como consecuencia de la Gran Guerra, reside en la caída de la Iglesia Rusa, de influencia más formidable que la similar en los otros países europeos. Desconocía así la causa verdadera de su caída, obtenida por los Soviets casi sin proponérsela, y que está en la destrucción de las columnas en que se apoyaba.

En todas partes, las religiones positivas encuéntrase íntimamente ligadas al régimen económico social. Ahí están los vivos ejemplares de Italia y Francia, países de fuerte tradición anticlerical, en los que menudean los hombres que hicieron a la Iglesia blanco de sus pasiones, empeñados en demostrar en qué forma dificulta el progreso de los pueblos, creyendo con su prédica desacreditarla y anularla para siempre.

Y, sin embargo, después de décadas y aun de siglos de propaganda liberal, "racionalista" hasta extremar el anticlericalismo, la nota virulenta, la Iglesia es más poderosa e influyente que nunca en los países latinos. Recórranse los escritores desde Voltaire hasta Guyau, desde Carlyle a Castelar y se verá como peroran de acuerdo con ese equivocado criterio.

Acabamos de leer en "La Nación" (20 de Febrero) el artículo con que un afamado economista francés, Rafael George Levy, inicia una serie en que estudia "El año económico europeo". Sus primeras palabras son la ingenua expresión de la falacia que motiva las presentes páginas; y parecen escritas para justificarla. "Al tomar la pluma en la aurora del año nuevo, deseamos a los lectores de "La Nación" que este año les traiga lo que todos los hombres civilizados desean a sus semejantes: la paz material y moral que la gran mayoría del mundo ansía sinceramente y que se impondrá tanto más temprano cuanto antes se conozcan los diversos pueblos de la tierra.

"Sólo por la ignorancia de los verdaderos sentimientos de sus próximos, y tanto más de los lejanos, las naciones se levantan a veces, las unas contra las otras; sólo por una falsa comprensión de sus verdaderos intereses cierran sus fronteras, a los productos cuya aceptación facilitaría la vida de las familias y permitiría a los que los envían comprar a sus vez los objetos..."

* *

Estaba en lo cierto Comte al suponer que a nuevo orden social corresponden nuevas creencias. Hase visto cuánto fué de

desolador, para los engendrados bajo la ardiente influencia de la Revolución francesa, el espectáculo de desorden y decadencia del primer cuarto del siglo XIX. En las lecciones destinadas a demostrar la necesidad y oportunidad de la sociología, no se limita Comte a la crítica del antiguo régimen, sino y especialmente a los dogmas y principios que constituyen lo que denomina "metafísica revolucionaria", cuya incoherencia, vaciedad, contradicciones internas y anarquía (palabra que usa con suma frecuencia) se esfuerza en develar y señalar como obstáculos al progreso y al orden. La sociedad parece, pues, condenada indefinidamente a la anarquía intelectual. Viendo bien, su empeño estuvo en dar cohesión, mediante una doctrina orgánica a las izquierdas revolucionarias, desprendiéndose de toda hojarasca ideológica. Por la falta de una doctrina social, decía, no se ha cambiado ni la naturaleza ni el espíritu del antiguo régimen. La Filosofía positiva es la que dará "el orden intelectual, base de todo otro orden", elevada a la práctica por la política positiva. Frente al pesimismo de tantos espíritus generosos amargado por el espectáculo de los errores de la revolución, Comte demostró que la obra de ésta no se limitaba a destruir, sino y sobre todo a construir.

Creyó que con aquel grandioso acontecimiento comenzaba el última ciclo de la Historia y cuanto después aconteciera, debía realizarse dentro de ese molde.

Si los que con extraña inquina acometen contra el siglo XIX y contra el positivismo, en vez de dar palos de ciego, atinaran a hacer la justa exégesis de los mencionados puntos de vista contrarios, hallarían abundantísima mina que explotar. Los que le reprochan que no hiciera metafísica y prescindiera de los que la cultivaban, deberían recordar los motivos expresados en sus lecciones. Para Comte era funesto que la dirección intelectual de la política francesa residiera en la clase de los legistas y metafísicos, o más exactamente, añade, de los abogados y literatos. Para comprender, no ya para justificar tal actitud, debemos recordar la degradación y nadería en que habían caído los metafísicos de la época, risueñamente desmenuzados años después, y de otro punto de vista por Taine, pero con sentimiento similar al de Comte. Decía éste que la dirección política estaba entregada al charlatanismo y la mediocridad, desalojando las almas elevadas y las inteligencias superiores.

Pierden el tiempo los que se afanan en buscar peros a las otras partes de su sistema, cuando podrían sostener con Papini que Comte fué un "terribilísimo y obstinadísimo conservador", lo que tampoco es enteramente exacto (*Crepusculo dei filosofi*: A. Comte).

Parece, en efecto, decir a la Historia y al progreso mismo, tan ensalzado por él: "¡hasta aquí y no más! pues sólo con estas bases podemos arreglar el mundo". Consideró la historia como la propia casa y quiso con amor de locatario arreglarla y adornarla, sin sospechar que alguna vez debería cambiarse.

El débil alcance de nuestra inteligencia — dice Comte — y la brevedad de nuestra vida comparada a la lentitud del desenvolvimiento social, mantiene nuestra imaginación, sobre todo respecto a las ideas políticas, bajo la más estrecha dependencia del medio en que vivimos; los utopistas más quiméricos reflejan en sus ensueños el estado social contemporáneo. Y él fué hombre de su tiempo, realizando su misión con una valentía, consecuencia y talento que obligan al respeto de todos.

Comte y los que le siguieron y son hoy adeptos, consciente o inconscientemente — intelectuales y demócratas de todo cariz — depositaron su fé en la razón, sin sospechar que su razón estaba condicionada por la época. El error provenía de suponer a la razón supremo motor, cuando el medio estaba preparado para tal ideología por las condiciones sociales de los siglos anteriores.

La razón, categoría de doctrina, es acogida con júbilo por una época y realizada, cuando es como el visitante inesperado y que está ya en el corazón de los huéspedes.

La grandeza del precursor se comprueba cuando la fuerza de los acontecimientos realiza las ideas por él predichas o anunciadas. Más los herederos de la Revolución Francesa no sospecharon los acontecimientos próximos, ni los nuevos y trascendentales problemas, ya claros sin embargo en la época de Comte: el imperialismo creciente, el proletariado cada vez más poderoso y capaz, el nacionalismo agresivo y los que sobrevendrán mañana, apenas intuídos por los mejores vigías del porvenir.

Nuestra época tiene otros problemas sociales, morales, políticos y económicos, no menos tremulos, por cierto, que los de la centuria pasada, determinantes de una nueva conciencia histórica.

Los que no sienten el escalofrío de la época en que viven, los que continúan creyendo que la razón ofrecida por Comte u otro pensador es *la razón* a que debe ajustarse la vida por los siglos, los que quieren "solidificar la tempestad", esos, serán como polvo arrastrado por el viento.

EL NUEVO ESTETICISMO

POR
CARLOS ASTRADA

Asistimos al advenimiento de un nuevo clasicismo. La sensibilidad avizora nos anuncia, con un inicial estremecimiento, la presencia, en nuestro ámbito vital, del conquistador invisible que ajustará nuestros pasos — hasta aquí apresurados y vacilantes por la seducción de una engañosa lejanía — al ritmo creador del instante plenamente vivido.

Hasta ahora, a la vida se la ha supeditado exclusivamente a la búsqueda penosa de la belleza. Y no obstante el ingente afán, puesto al servicio de tan sublime empresa, se ve condenada a la insatisfacción que necesariamente resulta de un logro relativo, de la obra imperfecta. Entonces se refugia en la esperanza — siempre incumplida — de una belleza futura, de un mañana que traerá consigo la obra acabada: mundo estético perfecto y concluso que vendrá a sumarse a las formas eternas.

La vida, trabajada así por un hondo futurismo, se proyecta en detrimento de su interna elaboración, de su fluir inquieto, por encima de un tiempo aún no *devenido*.

Frente a esta supeditación, casi absoluta, de la vida al ideal de la belleza, el nuevo clasicismo, que trae oculto el aguijón de la inquietud romántica, afirma que la vida misma es susceptible de una elaboración estética, incitándonos a hacer de ella una delicada y sensible obra de arte. Este sentido estético de la vida, que cumple al hombre contemporáneo instaurar y depurar, « exige — escribe Ortega y Gasset — una educación especial, una técnica y una sabiduría peculiares. No basta para adquirirlo aprender las ciencias o cultivar las artes: es preciso hacerse, más o menos, un especialista en vidas, un *dilettante* apasionado de modos de vivir » (1).

Se trata, pues, de una « estética vital », si así podemos llamarla, flexible y refinada, que nos invita a tornar bello, en su pleni-

tud emotiva, el momento presente; a pulir, afinar, sutilizar tanto los sentimientos primarios y durables, como las fugitivas emociones. Su exigencia central parece decirnos: El presente no ha de ser un tránsito hacia un instante futuro, sino una morada en la que la vida, cada vida individual, se exalte a sí misma en la armonía de su inmanente belleza.

Perfilada, en sus líneas generales, la novísima actitud, cabe insinuar, antes de proseguir, una consideración crítica:

El nuevo clasicismo nos exige que, permaneciendo fieles al tiempo — esencia de lo vital —, vivamos el presente únicamente como presente. Mas en esta pretensión reside una dificultad que parece insalvable.

Si la vida griega supo de la embriaguez de una gozosa perfección fué, precisamente, porque para ella el presente venía a ser, en definitiva, algo extra-temporal. En cambio, para el alma occidental — el *alma fáustica* que Spengler analiza y define con singular acierto — el presente es fugacidad, inquietud del futuro; esquié frágil en el que surcamos, en pos de nuevas realidades, de quiméricas conquistas, la rápida corriente del tiempo. Orientados hacia el mañana, esperamos del instante próximo un goce más pleno, una mayor perfección. El futuro es la dirección en que se mueve nuestro afán, obediente al imperativo de un vital dinamismo.

Ampliaremos, pues, nuestra reflexión sobre las diversas posturas que el hombre adopta ante la realidad temporal, a fin de retornar en sus contornos precisos, en su núcleo vivo, el tema que hemos propuesto.

PROGRESISTAS Y REACCIONARIOS

Hay dos maneras, igualmente erróneas, de enfocar el pasado. Ambas posturas cierran el camino a la inquietud romántica que nos lleva, por pura complacencia estética, a reconstruir amorosamente el pasado; asimismo nos impiden el goce pleno del presente. Corresponden a ellas el tipo del progresista y el del reaccionario. Para el primero el presente, y en última instancia el pasado, solo valen como una preparación del futuro.

« El progresismo — dice Ortega y Gasset — es, en definitiva, futurismo. Y este futurismo, este afán de supeditar la vida actual y pasada a un mañana que no llega nunca, es una de las enfermedades de nuestro tiempo ». A su vez del tipo opuesto afirma: « Para los reaccionarios, pues, tampoco hay propiamente pasado: para ellos no ha pasado, sigue siendo presente. Y como lograr que así sea no depende sólo de la voluntad, viven una vida extempo-

1) « Para un Museo Romántico », conferencia, « El Sol » del 8 y 16 de Diciembre, 1921.

ránea e irreal, un grotesco ensueño exangüe e inválido. Como ustedes ven, coinciden ambas actitudes extremas en empequeñecer la existencia: es esta un prisma mágico con sus tres dimensiones de pasado, presente y futuro, donde el rayo de la vida viene a quebrarse con el esplendor de un arco iris. Futurismo y arcaísmo se obstinan en amputar dos de esas direcciones, quedándose sólo con una" (1).

Tocante a un orden de ideas más amplio, la actitud y concepción de la vida implícitas en lo que se ha llamado futurismo, nos plantean un problema que nos enfrenta con la fluencia misma de la vida histórica. Ante todo diremos, atendiendo a lo que el futurismo tiene de actitud permanente, de modalidad esencial del espíritu humano, que no nos parece completamente exacto que sea una enfermedad—si así podemos calificarlo—privativa de nuestro tiempo.

TRADICIÓN E INDIVIDUALIDAD

En todas las épocas se han manifestado dos grandes fuerzas contrarias, de cuya dramática pugna está hecha la trama de la historia. De aquí que nos resulte erróneo y paradójico, por sus desconocimientos de la realidad, el realismo que hoy propugna Oswald Spengler (2), cuyas ideas están adquiriendo gran resonancia en los ambientes intelectuales. Tal actitud mental prescinde de factores esenciales en la dinámica histórica, al proscribir de la actividad humana tanto el afán ideal que nos impulsa hacia el futuro como la curiosidad retrospectiva que se nutre de las legítimas sugestiones del pasado, mensaje aleccionador e inolvidable.

Esta posición absolutista no se percató que "el hombre—como lo advierte un grave filósofo—es producto de su pasado, pero también de su porvenir". Sólo que en su impaciencia por forjar nuevas realidades—indeclinable actitud futurista—, una fecunda ilusión psicológica lo induce a hacer tabla rasa del pasado. Por ello "en toda actividad espiritual verdaderamente productiva—continúa la advertencia—, se coloca frente a su objeto, cuyo creador él se reconoce, casi como si no existiese pasado alguno" (Natorp).

El historiador germano Eduardo Meyer asigna a la evolución histórica una curva en la cual actúan, antagónicamente, esas dos fuerzas. Por una parte "la tradición que tiende a uniformar todos los actos y todos los pensamientos", y que tiene un carácter social; por otra el poder creador de la individualidad que busca

(1) Conferencia citada.

(2) "Der Untergang des Abendlandes" t. II, págs. 548, 552 y 553. München, C. H. Beck.

la diversificación, "que tiende a modelar el mundo según las necesidades de la persona y según la razón del hombre" (1).

Frente a los tradicionalistas que a toda costa quieren perpetuar valores que ya no responden a una exigencia vital, y deben legítimamente caducar, se levantan los innovadores, los que postulan la necesidad de incorporar a la existencia nuevos valores capaces de remozarla y elevarla en el sentido de una relativa perfección.

PROGRESISMO Y FUTURISMO

El futurismo no se limita a negar fórmulas de las cuales se ha evaporado toda realidad humana, esas fórmulas vacías con que el reaccionario pretende detener o retardar la vida ascendente; se esfuerza también—y en esto reside lo peculiar de su actitud—por producir un nuevo clima social o estético o religioso, según los casos, para el mejor desarrollo de la planta humana.

Convenimos con Ortega y Gasset que el presente es "la única vida real que existe". "La vida no se exhala—dice Schiller en uno de sus versos—más que de la planta que siembra y hace verdecer la hora presente", pero nosotros pensamos, ahondando en la metáfora del poeta clasicista, que la planta que exhala tan preciado aroma acaso tuvo origen en la primer simiente de ensueño que un descontento, un osado arrojó al surco del futuro ignoto. Pasó el tiempo, creció la planta y de esta se exhaló la vida; pero el futuro, siempre insondable y lejano, continúa siendo surco propicio...

El futurismo (al abordar este tema no tenemos en cuenta para nada los alardes retóricos de Marinetti, ya olvidados), tal como debemos entenderlo, no implica necesariamente desconocimiento y negación de todos los valores elaborados por épocas fenecidas. Distinguese el futurista, como creador de nuevos valores o renovador de valores humanos permanentes, del progresista de tipo común que niega lo bueno y lo malo del pasado por pertenecer al pasado. El último es, a menudo, un positivista ingenuo que en la apreciación de las cosas no pasa de su corteza, siendo incapaz de auscultar el latido profundo de una época determinada; por eso se atiene en sus valoraciones a lo menos vital de la vida: sus formas externas.

Por otra parte debemos reconocer que la actitud futurista, por entrañar un sentido dinámico de la existencia, propende a depurar los contenidos de la vida y enriquecerla con otros nuevos, e incluso a galvanizar los ideales, otorgándoles continuidad histórica.

(1) "La Philosophie Allemande au XIX. Siècle", páginas 231 y 235. Paris, Alcan. al 1912.

Digamos con Gabriel Alomar, que tan bien ha comprendido esta actitud, que "el futurismo no es un sistema ocasional o una escuela de momento, propia de decadencias o transiciones, no es toda una selección humana, que va renovando a través de los siglos las propias creencias y los propios ideales, imbuyéndolos sobre el mundo en un apostolado eterno. Es, en fin, la convivencia con las generaciones del porvenir: la previsión, el presentimiento, la precreencia de las fórmulas futuras" (1).

Ya Nietzsche oponía a la tierra de los padres — *das Vaterland* —, la tierra de los hijos — *das Kinderland* —. Su *Zarathustra*, tocado por el amor a lo lejano, proclama: "No amo ya, pues, más que el país de mis hijos, la tierra incógnita entre mares lejanos: esa es la que mi vela debe buscar incesantemente".

LOS DOS DILETTANTISMOS

Ortega y Gasset, por su parte, preconiza una comprensión del pasado capaz de darnos la íntima modalidad de cada época; respetando sus fueros, debemos afinar nuestro "oído histórico" a fin de percibir nítidamente, por la fuerza de una desinteresada evocación, las voces que desde su lejanía nos vienen.

Se trata, pues, de desterrar esa actitud utilitaria que respecto al pasado frecuentemente se asume, y que lo falsea, haciendo lugar a una comprensión que es más que todo estética, y en la cual una delicada emoción de humanidad ha de adquirir su máxima plenitud.

El espíritu apto para comprender y sentir lo peculiar de épocas pretéritas tiene que ser "un especialista en vidas", "un *dilettante* apasionado de modos de vivir". — "Por fortuna va educándose en nosotros un misterioso poder de confundirnos transitoriamente con los módulos de vida más diversos, por decirlo así, de ponernos al compás de todos los pulsos vitales. Merced a ellos podemos enriquecer nuestra existencia viviendo un momento otras distintas, y el temperamento más delicado será el más capaz de esa conmovedora trasmigración por las vidas que pasaron. Cuando Empédocles decía: "Yo he sido una vez águila y moza y pez mudo en el mar", sugería este imperativo de vida múltiple que sienta dentro de sí todo corazón impetuoso" (2).

El resorte de este *dilettantismo* peregrino no es otro que la inquietud romántica, pulsación profunda de nuestra vitalidad espiritual. Pero la inquietud romántica no sólo nos orienta hacia el ayer. Se mueve entre dos polos: pasado y futuro. O nos impulsa a

(1) "Verba" *Futurismo*, pág. 90. Biblioteca Nueva.
(2) Ortega y Gasset, Conferencia citada.

incursionar a través de realidades extintas, que así reviven estéticamente en la fugacidad de nuestra activa reminiscencia; o, moviéndose en el sentido del *devenir*, estimula nuestro afán creador, nos hace apurar la emoción del futuro, nos lo anticipa en una perspectiva ilusoria, en los brillantes relieves de la esperanza.

He aquí cómo el futurista es también, a su modo, un *dilettante*, pero que va en pos de lo nuevo; su actitud ofrece, igualmente, un acentuado matiz estético. Atento a la génesis de futuras realidades, algo de lo que va surgiendo a la vida ha brillado ya en su esperanza, ha pulsado en su presentimiento. No se limita a postular formas de vida y valores aún no experimentados, sino que en sus posibles concreciones, quiere intuirlos, adivinarlos, preguntarlos.

Esta obsesión voluptuosa de lo que aún no ha sido es expresada por Guyau, cuando canta el porvenir, en estos versos de su poesía "*Le Temps*":

"Je suivrai mon chemin marchant au me convie
Ma vision lointaine, creux ou vérité:
Tout ce que l'aube éclaire en core, a la beauté;
L'avenir fait pour moi tout le prix de la vie".

Por otra parte, la actitud del futurista no excluye necesariamente y en todos los casos la del *dilettante* que mira hacia el pasado y peregrina a través de modos de vida ya inexistentes.

"La vida — nos dice Ortega — es un fluido indócil que no se deja detener, apresar, salvar. Mientras va siendo va dejando de ser irremediablemente". Y agrega: "La vida no es una cosa estática que permanece y persiste, es una actividad que se consume a sí misma. Por fortuna, esa actividad actúa sobre las cosas, las forma y reforma, dejando en ellas las huellas de su paso. De igual modo el viento, por sí mismo imperceptible, se arroja sobre el cuerpo blando de las nubes, las estira y retuerce, ondea y afila, y nosotros, levantando la vista, vemos en las formas de sus vellones las líneas de embestida del viento, la huella de su puño rauda y etéreo. Así la vida, cada vida, deja en las cosas la línea de su peculiar ímpetu, el perfil de su afán, en una palabra, su estilo" (1).

Después de estas palabras del filósofo español, en que la imagen bella y original torna invasor su pensamiento, y que nos dicen de la inestabilidad del presente y de la transitoriedad de los contenidos vitales como no explicarnos que el futurista, decepcionado de lo que es, ponga su esperanza en lo que va a ser, oriente

(1) Ortega y Gasset, conferencia citada.

su anhelo hacia el mañana, y resueltamente se sumerja en la corriente de la vida buscando nuevas riberas?

Y por lo demás ¿qué nos impide creer que la modalidad y contorno de cada época acusan las líneas de embestida de los descontentos e innovadores, que persiguiendo afanosamente su estilo lo llegaron a imponer a la época en que les tocó vivir o a la siguiente?

EL SENTIDO ESTÉTICO DE LA VIDA

Hemos visto cómo la inquietud romántica—este factor imponderable del sentir histórico que anima al hombre occidental—torna nuestra vida un perpetuo dinamismo, le comunica un perenne temblor. Va, en trance de palingenesis, la proyecta hacia el pasado inerte; ya, grávida de nuevas posibilidades, la polariza hacia el futuro incierto.

De modo que para nosotros no existe, en la fluida realidad temporal, una actualidad capaz de concentrar el azogue de nuestro permanente fondo romántico; un punto más o menos fijo en el cual el espíritu, substrayéndose al acucioso sentimiento del cambio, de lo transitorio, a la impaciencia por el mañana, pueda incidir con serenidad clásica y afirmarse en goce pleno.

No podemos, ciertamente, vivir el presente con la tranquila plenitud con que lo vivieron los griegos. Un sentimiento de transitoriedad, engendrado por la atracción de la meta, nos embarga.

Y este fenómeno está en consonancia con las peculiaridades de nuestra alma esencialmente histórica.

Hay épocas—como la que comenzó a declinar en los últimos años de la pasada centuria, haciendo lugar a nuevos pensamientos—en que el prurito de lo nuevo imprime al *devenir* humano inusitada aceleración. Como lo hizo notar Simmel, “es específico de la vida moderna un *tempo* impaciente, el cual indica no solo el ansia de rápida mutación en los contenidos cualitativos de la vida, sino el vigor cobrado por el atractivo formal de cuanto es límite, del comienzo y del fin, del llegar y del irse” (1).

Pero esta ansia de mutación, aparte de las manifestaciones morbosas que pueda ofrecer en determinadas épocas, implica una actitud definitiva. Traduce la esencial modalidad dinámica del *alma fáustica*, que no concibe límites temporales inañovibles—aunque sí metas que siempre se alejan, tornándose inalcanzables—porque para ella la vida es incremento, proceso, desarrollo que no tiene término.

(1) “Filosofía de la moda”. *Revista de Occidente*, núm. 1, página 58.

Estamos, pues, condenados a marchar en pos de objetivos lejanos, y a dejarnos seducir por metas que nos parecen próximas, pero que constantemente se alejan—y en esto reside nuestro insalvable futurismo. Pero, si hemos de ser los artífices de la propia vida, tenemos que regular nuestra marcha, darle un ritmo: el del momento que pasa. Así, ahondando en el presente, nos será dable conquistar el delicado y supremo arte de vivir. Sin abandonar la ondeante trayectoria del interno desarrollo, podremos y debemos proponernos la elaboración estética de nuestros contenidos sentimentales, en una palabra, edificar armónicamente nuestra intimidad.

El ya citado filósofo español, espíritu de vanguardia y fino avizor de las variaciones que se insinúan en la sensibilidad contemporánea, nos dice que “se inicia una nueva forma de la cultura—la vida selecta y armoniosa—; despierta un arte nuevo: la vida como arte, el refinado sentir, “el saber amar y desdénar y conversar y sonreír...” “Délpitosa es la pintura o la música; pero ¿qué son ambas emparejadas con una amistad delicadamente cincelada, con un amor pulido y perfecto?” (1)

Que la propia vida sea una obra de arte! Tal es, sin duda, la más primorosa y seductora tarea, que nos es dable cumplir.

Pero, para que las emociones de la amistad y del amor no se mecanicen y vuelvan tediosas tenemos que remozarlas, de continuo, con el espíritu tónico de lo “nuevo”. Por consiguiente debemos imprimir a los sentimientos que integran esta pauta estética de vida el necesario dinamismo.

Sabremos, pues, aventurarnos un poco: el azar, la aventura infundiendo cierta dramaticidad a nuestro amor, a nuestra amistad en suma, a nuestras dilecciones, contribuirán a que estas continúen interesándonos vitalmente.

Baudelaire dice, en uno de sus versos, que quiere:

“Plonger au fond du gouffre. Enfer ou Ciel, qu'importe?
Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!”

No tendremos por lo nuevo, desde luego, esta obsesión que se acusa en el verso del poeta genial; pero sí lo buscaremos en la medida en que es necesario para que el tedio no muerda en la obra de arte de la vida.

Viajeros a través de la propia intimidad—el viaje más difícil—iremos a la conquista de nuevos sentimientos y de matices nuevos. Sin descuidar el equilibrio y armonía de la interna creación, sabremos, pues, complacernos en nuestra originalidad emotiva, amorosamente cultivada.

(1) Conferencia citada.

OPINION PÚBLICA Y VOLUNTAD SOCIAL

(ENSAYO POLÍTICO)

—POR—

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

Indudablemente la voluntad individual es, un producto de fuerzas sociales, pero no siempre se determina en un sentido favorable a la sociedad. La naturaleza originaria del fenómeno psicológico en el individuo humano tiene que ser social necesariamente, pero el interés inmediato que lo regula y determina debe, también necesariamente, ser particular, personal. Solo a través de ciertas personalidades representativas puede el interés social manifestarse intensamente, como resulta demostrado, con razones que no repugnan a nuestro criterio, en la teoría estética de Taine o en las concepciones poético-sociológicas de Carlyle y de Emerson.

Si se admitiera que, por el hecho de ser el espíritu humano, de la humanidad de hoy, un producto netamente social, la voluntad individual sólo ha sido viable cuando no ha identificado con la voluntad social, nos veríamos en el caso de aceptar como legítimas e intachables todas las usurpaciones, todos los abusos de poder, todas las violencias que han constreñido y sofocado a la colectividad en todo tiempo. De acuerdo con esta teoría, el Estado no podría ser jamás la imposición individual de la fuerza y de la astucia sino la quinta esencia del interés social, deseado por la conciencia social y realizado por la voluntad social.

Puede tolerarse la conclusión a que llegan Carlos Octavio Bunge o G. Cimbali de que, biológicamente considerado, el derecho no es otra cosa que la fuerza triunfante, pero aceptar que el dominio ejercido sobre la colectividad por determinadas personas, en número singular, es el triunfo efectivo de la voluntad social, vale tanto como consagrar la legitimidad y hasta la conveniencia superior del absolutismo al alcance de todas, hasta de las más abyectas osadías.

En su más amplia acepción, el sufragio no es únicamente función electoral sino, también, voluntad individual o colectiva que actúa como fuerza sutil, pero eficaz, en la varias y complejas formas ostensibles que reviste la opinión pública y en las mil oscuras e imprecisas prolongaciones jurídicas, éticas y estéticas de la solidaridad.

De esa suerte, debe considerarse que no es el cuerpo electoral únicamente quién ejerce el sufragio. La sociedad toda emite su sufragio y concurre cada día más a la obra del gobierno, provocando y obteniendo progresivamente la transformación del Estado, transformación que puede resumirse en aumento de extensión y en disminución de poder arbitrario.

Tomado el sufragio en su carácter de función política, electoral o no, merece ser considerado en cuanto puede traducirse en fuerza social definida y hecha efectiva en la obra del gobierno como una consecuencia de la organización colectiva de los ciudadanos, denominada partido político.

He dicho en otra ocasión que, una vez creado, el gobierno se convirtió en enemigo natural del pueblo gobernado, por la necesidad de mantenerse recurriendo a la opresión y a la violencia, y se convirtió el pueblo en enemigo natural del gobierno, por la necesidad de luchar contra él para obtener una franquicia o conquistar un derecho.

En un principio, únicamente las necesidades primordiales e impostergables tenían la virtud de reunir el pueblo, darle cohesión, firmeza y fuerza suficientes para ejecutar actos desesperados y violentos que, por ser tales, no permitían que el triunfo se convirtiera en conquista amplia, reparadora y decisiva. Por eso la revolución fué el instrumento insustituible de todas las reivindicaciones.

Los partidos políticos nacieron como única expresión democrática posible de esa vieja necesidad colectiva que encontró en ellos una manera permanente y disciplinada de manifestarse, y desde su nacimiento tienen a su cargo la realización de la evolución política, que, como debe realizarse, necesariamente, de arriba hacia abajo, de la sociedad hacia el Estado, consistió más en obra de oposición que en obra de gobierno. Cuando una necesidad actual o cuando una aspiración política que nazca de ella debe manifestarse y convertirse en acción virtual para llegar a ser realidad efectiva en época más o menos remota, ya no es el pueblo-multitud el que la toma a su cargo, es una organización tendenciosa de individuos que se encuentran deliberada y permanentemente unidos con ese objeto.

Desde que los partidos políticos sustituyeron al pueblo-multitud, en la misma forma que la república representativa substituyó a la democracia pura, ya no fueron únicamente necesidades primordiales e impostergables de la vida social, las fuerzas capaces de imprimir movimiento y dirección a la sociedad política. Desde entonces, necesidades no tan primordiales ni tan urgentes, tuvieron participación en el dinamismo político institucional y, por ello la evolución ha empezado a realizarse con una rapidez y una eficacia orgánica imposible en épocas anteriores.

Podría afirmarse, pues, que la famosa frase "struggle for life" con que los ingleses enuncian de la manera más sóbria posible el proceso interno de las transformaciones, caracteriza el mecanismo de la evolución y, dada la organización coercitiva que implica la existencia prematura del gobierno, la lucha ha consistido y seguirá consistiendo en el antagonismo efectivo de la sociedad y del Estado.

Hasta ahora, y malgrado todas las teorías del derecho político, tal vez sea dable afirmar que las llamadas luchas sociales se resuelven en la conquista progresiva del Estado por la sociedad y que esas luchas tienen como único y profundo sentido hacer del Estado la expresión misma de la voluntad social, producir la identificación de la sociedad — hecho natural con realidad sustantiva — y el Estado — hecho artificial, cuya realidad es únicamente adjetiva, como lo afirma Ortega y Gasset en "El Espectador".

La transformación gradual del Estado se advierte en su constante inclinación a debilitarse como poder arbitrario y fortalecerse como expresión de solidaridad social, traduciéndose siempre en servicio público, en concurrencia cooperativa de esfuerzos, como forma superior de la división del trabajo, hasta el punto de que parecería definirse su orientación en el sentido que señalaba Fichte en su obra "El destino del sabio" cuando declara: "El Estado como todas las instituciones que sólo son medios, se propone su propia destrucción. El fin de todo gobierno es hacer superfluo el gobierno mismo"; o según afirmaba Julio Simón en su obra "La Libertad": "El Estado debe preparar su propia dimisión".

Encarando la cuestión desde un punto de vista estrictamente científico y excluyendo todo aspecto tendencioso que haría aparecer como anárquicas estas conclusiones y como utópicas por la remota posibilidad de su realización, debería convenirse con Paul Janet que, "si se asigna al gobierno, como expresión y función del Estado, la tarea de encauzar las pasiones y corregir coactivamente las demasías, el objeto que en realidad se propone es preparar insensiblemente a los hombres para el Estado perfecto, en el cual

resultarán inútiles las leyes y el gobierno mismo". (Historia de la Ciencia Política. Tomo I. Pág. 35).

Dentro de estas grandes líneas generales, la función de los partidos políticos cobra singular importancia en el mecanismo de la dinámica social, porque ellos significan la organización permanente, sistemática y disciplinada de la opinión pública, aunque fragmentaria, y desde un punto de vista unilateral e interesado, pero que permite la erección de principios populares — que reflejan aspectos de la voluntad social — en instituciones que se incorporan y transfunden en la estructura orgánica de la colectividad.

La historia política de Occidente nos ofrece el espectáculo animado e inquieto de una lucha muchas veces secular que comienza por ser la exigencia tumultuosa, imprecisa y violenta del pueblo-multitud, y ello, tal vez, ha inducido a los espíritus impacientes que teorizan sobre cuestiones político-sociales, a pensar que no existe otro medio de propulsar el cambio de las instituciones que no sea el "tumulto con todas sus formas de brutalidad y grosería".

Sin embargo, puede señalarse una evolución que se produce ostensiblemente y con mayor eficacia cada vez, cuyo instrumento consiste en las distintas organizaciones permanentes que, bajo la forma de partidos políticos o de agrupaciones proletarias, van haciendo más sensible y concreta la voluntad social, que reflejan y que tienden a reflejar con mayor amplitud.

Lo que se llama opinión pública no es precisamente la voluntad social, aun cuando la contenga muchas veces. Creo que podría establecerse una diferencia, de calidad, de profundidad y de trascendencia en ambos conceptos.

Según Jaime Bryce, la opinión pública, que se considera una energía nueva en el mundo, apreciable solo desde que los gobiernos han comenzado a ser populares, "ha sido realmente el principal y supremo poder en casi todas las naciones y en casi todos los tiempos". (La opinión pública. Edición española, pág. 14).

Opino que Bryce se equivoca. "El principal y supremo poder en casi todas las naciones y en casi todos los tiempos" ha sido la voluntad social, que tiene carácter orgánico y permanente pero no siempre ha podido manifestarse o imponerse como fenómeno político que pasa de la sociedad al Estado.

La opinión pública es un producto de la civilización material e intelectual a la vez, que se ha hecho posible con la invención de la imprenta, la creación de la prensa, la instrucción común, la libertad de palabra y de pensamiento, la libertad de reunión y de asociación. Consiste en realidad, en opiniones individua-

les, pero que procuran representar intereses e interpretar sentimientos colectivos, porque toda manifestación de opinión pública es un espectáculo que se ofrece previa su acomodación al gusto del público y persiguiendo un éxito ulterior, más o menos inmediato.

No sabiendo como conciliar con la verdad histórica su afirmación, pretende Bryce que: "En las formas más primitivas o sencillas de la sociedad política, la opinión pública es pasiva. Consciente, más bien que sostiene, la autoridad existente, sean los que fueren sus vicios, porque no conoce nada mejor, porque no vé modo de progresar y quizá también porque a ello le intimida alguna especie de sanción religiosa". (Obra citada, pág. 16). Esto quiere decir que en aquellas épocas debía, necesariamente, haber voluntad social, lo que no había era opinión pública, porque toda voluntad social resultaba extrangulada, por así decirlo, durante su gestación, hallándose aún en el claustro materno.

La voluntad social existiría siempre, aún cuando no existiese opinión pública, porque es, en definitiva, el impulso orgánico, el dinamismo vital propio del ente colectivo sociedad, y sus existencia no depende de las formas ostensibles de manifestación. Un mudo, aunque lo sea de nacimiento, tiene voluntad. Lo que no tiene es voz para expresarla.

La opinión pública, atendiendo a su valor representativo, llega a parecer algo así como la opinión general, a veces opinión de la mayoría, otras un término medio de opiniones, y puede decirse que no abarca jamás a la sociedad entera. Tiene sus medios circunscritos de actividad y de influencia. Es más bien una opinión de clase con propósitos particulares y muchas veces efímeros que responden egoístamente a los estímulos que recibe, y podría decirse que frecuentemente es de la misma naturaleza antisocial que la opinión particular de cada uno de los que forman el grupo o la clase y actúan dentro de un determinado ambiente casi doméstico.

Sin quererlo, Bryce lo confiesa imperfectamente, al proponerse demostrar lo contrario. "En los Estados Unidos — afirma — la opinión pública es la opinión de la nación entera, con la escasa diferencia de clase sociales". No es necesario analizar el contenido de este breve párrafo para comprender cuán enorme diferencia existe entre la opinión pública y la voluntad social.

A esta misma conclusión arriba el profesor Américo Namiás que la resume así: "La opinión pública no es ni la opinión de todos, ni la opinión triunfadora de la mayoría, ni tampoco una opinión intermedia que se mantenga igualmente distante de las opiniones extremas. Es el producto de la vida en común, la resultante de una inter-acción de las psiquis individuales en el espacio y en

el tiempo. Opiniones propias tiene pocas la gran masa del pueblo aunque evolucionado y consciente. La función del pensamiento, dígame lo que se diga ha sido siempre un privilegio de pocos espíritus iluminados; los otros no hacen más que seguir la opinión dominante; son sin saberlo el portavoz de las ideas, de las tradiciones del grupo social a que pertenecen". (Principi di Sociologia e Política, pág. 114).

Bryce, y, como él, la mayoría de los yanquis, se envanece ante la convicción de que Estados Unidos es un país gobernado por la opinión pública. "Cada hombre — dice — sabe que es una parte del gobierno y que tanto el propio deber como su mismo interés personal obliganle a dedicar algún tiempo y pensar en la obra gubernativa" (pág. 35). Lo que sin duda tiene que reportar enormes beneficios de carácter político formal y hasta institucional, pero no siempre se traduce en obra verdadera de voluntad social capaz de transformar el Estado modificando su naturaleza individualista y arbitraria.

"Una cosa son las mentes de los individuos en singular y otra cosa es la mente de la sociedad que de ellas se forma; son cosas formalmente y esencialmente diversas, y es necesario excluir toda posibilidad de que la mente social sea la resultante, la suma o la media de todas las mentes individuales. Estas últimas cumplen un pensamiento propio, singular, del cual tienen plena conciencia y son, además contemporáneamente conscientes de otro pensamiento, el pensamiento social, del cual no tienen conciencia, puesto que cada individuo concurre no como tal, sino como conductor de las energías psíquicas que forman organismo superior a él; organismo en el cual el individuo no solo está comprendido, sino también constreñido, pero que se desenvuelve por impulsos de fuerzas y de órganos psíquicos que son suyos especiales y que son de un orden super-individual, ético-psíquico, super-fisiológico". (L'illusione Individualista e la Crisi della Società Europea, pág. 139; año 1922. P. Sittiprandi).

La voluntad social no se manifiesta siempre a través de la opinión pública ni es esta su única forma de manifestación como podría creerse a simple vista. La voluntad social se manifiesta principalmente en el fenómeno económico como fuerza representativa de un interés colectivo y desempeñando una verdadera función en el libre juego en que las energías vitales se imponen por su mayor eficacia.

Hay que creer con Bertrand Russel que la fuerza motriz del progreso no es la inteligencia sino el instinto o, mejor aun, el impulso que "está en la base de nuestra actividad mucho más que el dese-

El deseo tiene su sitio pero no es tan amplio como parece. Los impulsos traen consigo todo un séquito de deseos ficticios subordinados: estos hacen que los hombres sientan que desean los resultados que seguirán a la satisfacción del impulso, que están obrando por razón de aquellos resultados cuando, en el hecho, su acto no tiene motivo alguno fuera de sí mismo. Un hombre puede escribir un libro o pintar un cuadro en la creencia que desea la fama que han de acarrearle; pero tan pronto como ha terminado, si su impulso creativo no se ha agotado, carece de interés para él lo que ha hecho y empieza una nueva obra. Lo que aplicamos a la creación artística concierne igualmente a todo lo más vital de nuestra existencia: el impulso directo es lo que nos mueve y los deseos que creemos tener, son, sencillamente, un paramento del impulso". (Principios de Reconstrucción Social; pág. 16, ed. Calpe).

Parafraseando a Russell, podríamos decir que el impulso es la voluntad social y los deseos la opinión pública, mudable, caprichosa, injusta, contradictoria y pueril siempre que sea paramento del impulso y no impulso íntegramente. (1)

En el proceso lógico de la evolución social, la opinión pública hace política filosóficamente, pero la voluntad social crea o destruye en silencio. Por eso, la transformación económico-política de la sociedad la produce el impulso y no el deseo, la voluntad social y no la opinión pública.

Lo que resiste la opresión del poder arbitrario, lo que destruye o transforma instituciones no es la opinión pública, no es la voluntad individual, no es la voluntad colectiva, es la voluntad social que viene abriéndose paso desde el fondo mismo de la historia y que se impone como fuerza aunque no se imponga como convicción.

Sin desconocer los valores espirituales que obran en el movimiento total del progreso evolutivo debemos asignar a estas fuerzas en que se traduce el impulso, un carácter biológico, orgánico, en una palabra, económico. La voluntad social es en definitiva fuerza económica, impulso expansivo de vitalidad con su séquito de sutiles paramentos ideológicos con que a veces se complace en disfrazarse por virtud de un proteísmo, propio de esa alquimia maravillosa en que se resuelve la vida psíquica individual y social. La obra perdurable del impulso se suma y se continúa a través del tiempo. No va como la opinión pública contra los hombres que pasan; actúa directamente contra las instituciones que perduran y de todas esas instituciones la más perdurable es el

(1) Todas o casi todas las tiranías han contado con el apoyo de la opinión pública. Así: Mussolini y Primo de Rivera.

Estado. Por eso, ha dicho Oppenheimer que toda la historia no es en definitiva otra cosa que la historia del Estado, y podría agregarse, "la historia de la sociedad contra el Estado".

"La tendencia del desenvolvimiento del Estado, dice el mismo Oppenheimer - lo lleva en forma evidente a aniquilarse en su esencia. Cesará de ser el medio político organizado para convertirse en federación libre. En otros términos, la forma exterior quedará en principio como la forma establecida por el Estado constitucional, el gobierno por medio de un cuerpo de funcionarios; pero el fondo, la sustancia de la vida histórica, la explotación económica de una clase por otra, debe fatalmente desaparecer. Y como no habrá desde ese momento ni clases ni intereses de clase, el funcionalismo del Estado futuro habrá alcanzado verdaderamente este ideal de protector imparcial del interés colectivo, al cual el nuestro tiende penosamente a aproximarse. El Estado del porvenir será la Sociedad gobernada por una administración autónoma". (L'Etat, página 207, año 1913).

Tal vez no sea más que un sueño utópico la esperanza de Oppenheimer, pero ese parece ser el resultado más o menos remoto que obtendrá el triunfo creciente del sindicalismo y el principio funcional que proclama.

"El movimiento sindicalista — dice Duguit — no, es, en realidad, la guerra emprendida por el proletariado para destruir la burguesía y para conquistar los instrumentos y la dirección de la producción. No es, como pretenden los teóricos del sindicalismo revolucionario, la clase obrera que adquiere conciencia de sí misma para concentrar en sí el poder y la riqueza y aniquilar la clase burguesa. Es un movimiento mucho más amplio, mucho más fecundo y digno mucho más humano. No es un medio de guerra y división sociales: se extiende a todas las clases sociales y tiende a coordinarlas en un haz armónico. Ha de verse, en efecto, en el sindicalismo, un movimiento que tiende a dar una estructura jurídica definida a las diferentes clases sociales, es decir, a los grupos de individuos que están ya unidos por virtud de la igualdad de ocupación en la división del trabajo social. Se ha podido comprobar históricamente que las luchas de clases han sido tanto menos vivas en las sociedades, cuanto más heterogéneas eran las clases y cuanto más jurídicamente delimitadas se ofrecían. En tales condiciones establece una coordinación entre las diversas clases, que reduce al mínimo las luchas sociales y protege al propio tiempo fuertemente al individuo comprendido en su grupo, contra las reivindicaciones de las demás clases y contra las arbitrariedades de

un poder central". (La transformación del Estado, página 361; traduc. de Posada).

Y para completar la opinión de Duguit va la de Ramiro de Maeztu: (1) "Por sindicalismo se entiende el movimiento que hace a los hombres agruparse en torno de la función que desempeñan; y no tan solo a los obreros, sino también a los abogados, a los médicos, a los comerciantes, y a los banqueros. Contra la teoría sindicalista se arguye que priva a los hombres de sus derechos de hombre, para reconocer tan sólo los que posee como zapatero, o como periodista, en suma, como trabajador. Pero este argumento no tiene en cuenta que las funciones que desempeña un hombre no son únicamente las de su profesión. Un hombre puede ser al mismo tiempo zapatero y miliciano nacional y padre de familia y miembro de una sociedad cooperativa, y vecino de un municipio y ciudadano de un Estado; y puede hallarse asociado en diferentes asociaciones por cada uno de estos conceptos. En cada una de estas asociaciones es un funcionario, y adquiere con su función determinados derechos. El principio funcional comprende todas las posibles actividades externas del hombre y sanciona cada una de ellas con los derechos correspondientes a la función. Lo único que niega es que el hombre adquiera derechos por el solo derecho de ser hombre. Si el movimiento sindicalista continúa progresando en cada pueblo hasta comprender prácticamente a todos los hombres, pronto llegaría día en que el sentido común de los hombres—común significa en esta frase lo general y no especializado—exigirá que los sindicatos justifiquen sus pretensiones por la función que desempeñen. No podrán justificarlas de otro modo, porque los mineros del carbón por ejemplo en qué han de fundar sus pretensiones sino en el carbón que produzcan? Aquellos hombres que no desempeñen funciones que la sociedad juzgue necesarias, se encontrarán desprovistos de títulos en que puedan basar sus demandas—y no tan solo sin títulos, pero sin medios materiales de hacerlos efectivos; porque el arma única de los sindicatos consiste precisamente en su posible negativa a desempeñar servicios sociales. En ese caso la sociedad ha de considerar despacio las demandas de los agricultores, de los ferroviarios y de los mineros, etc., por que necesitan viveres, ferrocarriles y así sucesivamente, pero no necesita atender las reclamaciones de los ricos ociosos, de los ladrones y de los mendigos, porque no necesita de sus productos". (La crisis del humanismo; pág. 351).

Y quiero terminar citando al profesor Adolfo Posada, quien ha rectificado, con una franqueza y una honradez que constituyen su

(1) El Maeztu de mejores tiempos.

mayor gloria, buena parte de los errores doctrinarios que cometiera llevado de la influencia de los políticos imperialistas de Alemania y me complazco en reconocerlo por lo mismo que lo he vituperado. (1)

El sindicalismo funcional tiene en Posada uno de sus más fervientes y decididos defensores con palabras tan rotundas y tan decisivas como éstas: "El sindicato, es, en definitiva, instrumento, institución, órgano de una función colectiva en cuanto representa la unidad de acción al servicio de su fin, acción específica, diferenciada, y que se produce con un cierto ritmo en el tiempo. El sindicalismo actuando, funciona, es decir, atiende con el esfuerzo continuado y continuo orgánicamente realizado, a la satisfacción de una necesidad colectiva de los sindicados, y a través de ellos, o por su medio, y por la acción de su esfuerzo, de la sociedad. A mi juicio, el sindicalismo entraña una intensificación de la visión teleológica de las sociedades humanas, aunque objetivamente considerado se concrete en una estructura social. En el fondo, el sindicalismo es un fenómeno psicológico, de psicología colectiva; es la consecuencia natural de la atracción del fin sobre las conciencias individuales, claro es, pero que advierte su limitación o su impotencia, a veces más que por obra de reflexión, por obra del instinto, o de una intuición, o en virtud de un deslumbrador espejismo, y al advertir o sentir el dolor de aquella limitación o impotencia, o al tener la conciencia reflexiva y la representación ideal de la eficacia de una coincidencia de voluntades, de una unión de esfuerzos, de una organización de energías, se dejan llevar la conciencia individual y buscan o aceptan el concurso que les permitirá la intensificación de la acción y alcanzar quizá con mayor eficacia el logro del fin". (Teoría social y jurídica del Estado página 386).

Desde Maquiavelo hasta nuestro día la doctrina política no ha sido otra cosa que el arte de obtener el poder y de conservarlo; en el futuro, el fin político, el único fin de la política, será el gobierno de la sociedad por sí misma, lo que Ward llama la "sociocracia".

"El individuo" ha reinado por mucho ya. Ha llegado el día en que la sociedad tome en sus manos sus asuntos y elabore su propios destinos. El individuo ha obrado lo mejor que podía. Con voluntad, conciencia y entusiasmado afán no podía hacer otra cosa que perseguir sus fines naturales. Ni hay razones para llamar a sus acciones de otra manera, ni tampoco para censurarlas. A la

(1) R. vista del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales. "El sufragio y el sistema representativo".

verdad, merecen ser alabadas y hasta imitadas. La sociedad debía tomar de él sus grandes lecciones y seguir la senda que tan patentemente ha mostrado que conduce al éxito. Que se imagine ser ella como un individuo, con todos los intereses de tal; y plenamente consciente de estos intereses, los perseguirá con la misma indomable voluntad con que los individuos persiguen los suyos. Será además, guiada, como él lo es, por el entendimiento social armada de todo el conocimiento que todos los individuos combinados, con gran trabajo, celo y talento han llegado a poseer, constituyendo la inteligencia social. La sociocracia se diferenciará de todas las demás formas de gobierno que se han ideado y, sin embargo, esta diferencia no será tan radical que requiera una revolución. Así como la monarquía absoluta ha venido insensiblemente a convertirse en monarquía limitada, y ésta en muchos estados ha pasado a ser sin cambiar siquiera de nombre una democracia más o menos pura, así la democracia puede tranquilamente convertirse en sociocracia, y sin ponerse este nombre no familiar, ni cambiarlo por aquél con que es ahora conocida. Porque, aunque parezca paradójico, la democracia que es ahora la más débil de todas las fuerzas de gobierno, al menos en lo que se refiere a la jurisdicción de sus propios elementos internos, es capaz de convertirse en la más poderosa. Realmente, ninguna de las otras formas podría pasar a ser directamente el gobierno de la sociedad por sí misma. La democracia es una fase por la cual deben pasar primero hacia un camino que conduce a la última fase social que los gobiernos todos alcanzan si persisten". (Lester F. Ward: "Factores psíquicos de la civilización"; pág. 389, ed. española).

FILOSOFIA DEL DILETANTISMO

POR

BENJAMÍN TABORGA

El siguiente artículo de Benjamín Taborga, fue publicado hará casi diez años, en una revista que, por su índole, circula preferentemente entre el magisterio. Como homenaje al fino espíritu de su autor, y casi pudiéramos decir que con carácter virtualmente inédito, le ofrecemos hoy a nuestros lectores:

Dilettantisme: Recherche passionnée de toutes les curiosités élégantes de l'art et de la science.—
LAROUSSE.

De entre las diversas acepciones que se dan a la palabra «diletantismo»—palabra que el uso autoriza a castellanizar—es la expresada arriba, con ser de diccionario y apartarse tanto de su patrón etimológico, la que tenemos por más completa y acabada.

Puede todavía quitarse de ella el epíteto de «elegantes», aplicado a las curiosidades (¿qué curiosidad no es elegante?), y entonces, pura y neta, se encuentra la verdadera concepción del diletantismo, esto es: investigación de todas las curiosidades del arte y de la ciencia.

En el lenguaje corriente, sin embargo, esa palabra suena a menudo como sinónima, o punto menos, de pedantería.

¿Cuántas veces no oímos llamar diletante—en tono de bondadosa compasión—a la señorita que destroza sobre el teclado un nocturno de Chopín, al joven acaudalado que emborriona lienzos, al comerciante con vuelos de erudito?

En sentido más general, y más noble, decimos diletante de todo aquel que está imbuido en los rudimentos de cualquier arte o ciencia, sin que tales rudimentos constituyan el objeto exclusivo de la actividad cotidiana: esta, es condición indispensable.

Tanto, que si frecuente e injustamente se aplica el despectivo vocablo a un abogado que además de abogado es admirable intér-

prete de Beethoven, jamás se le aplica a un mal profesor de violín con cincuenta años de carrera.

Por último, y ascendiendo un escalón más en los valores del diletantismo, suele éste tomarse como término antagónico de especialización.

El sabio histólogo Ramón y Cajal, que también es un didáctico notable, ha escrito un libro (que debiera ser manual de todas las gentes de laboratorio) consagrado casi exclusivamente a delimitar las fronteras del uno y de la otra, dentro del dominio científico.

La esencia de «El Método», que así se titula, puede condensarse en estas dos frases: «si queréis hacer progresos en cualquiera rama científica, tendréis necesidad de especializaros; el diletantismo es el principal enemigo de todo progreso científico».

Evidentes estas proposiciones, desde el punto de vista en que se coloca Ramón y Cajal, deben aceptarse, no obstante, con la justa reserva que inspiran todas las recetas de sabiduría o de felicidad.

Por otra parte, el concepto de sabio especializado, de sabio profesional, es muy distinto del concepto de sabio que imperaba ya en tiempos de Marco Aurelio, que impera hoy mismo.

Es difícil definir la Sabiduría, escrita con mayúscula, sobre todo.

Maetterlink, en su bello libro de *La Sagesse et la Destinée*, no se ha atrevido a hacerlo.

Aquí sólo necesitamos establecer una diferencia, convencional a no dudarlo, pero tal vez necesaria para nuestro objeto.

Es esta: que hay sabiduría propiamente científica y sabiduría propiamente filosófica.

El diletantismo—en su más pura acepción—puede ser un obstáculo para la primera, que está hecha de análisis, no para la segunda, que se compone de síntesis.

La especialización conduce a la sabiduría científica; no a la filosófica.

Porque la especialización es una norma, un método, un criterio, una disciplina, un oficio; y el diletantismo es una tendencia del espíritu ávido de comprenderlo y explorarlo todo, o, mejor dicho, es una aspiración intelectual, o todavía más simplemente, es una actitud mental ante la vida.

II

Es probable que por muchos cerebros estudiosos cruce a menudo la idea de cómo resolverán el problema de la cultura los hombres del siglo xxx.

Idea obsesionante. La antropología no permite afirmar que

para esa época, por un proceso evolutivo o adaptativo, haya el encéfalo humano sufrido un desarrollo tan considerable que esté en razón directa del enorme y complejo horizonte abierto ante él, sin contar con el otro horizonte, siempre más vasto, que mira hacia el pasado.

A primera vista parece lógico suponer que la inteligencia individual estará cada vez más ahogada bajo la inteligencia colectiva; el esfuerzo individual más incapaz para dominar todos los demás esfuerzos individuales.

Se ha dicho que pensar es unificar.

Se ha dicho también que la característica de las grandes mentalidades es pensar con pocas ideas: pocas pero muy amplias.

Pero esta teoría esbozada ya en Tomás de Aquino (Dios, según el santo doctor: da a entender, sólo piensa con una idea) es, por demasiado metafísica, poco satisfactoria para solucionar la cuestión presente.

En último extremo sólo encuentra aplicación tratándose precisamente de la misma inteligencia colectiva; porque, para una inteligencia individual, la dificultad no estribará en carecer de esa que pudiéramos llamar potencia unificadora, sino en la manera de ejercerla.

¿Cómo construir el edificio con tan copiosa abundancia de materiales?

Tal el nudo del problema. Hoy ya, ningún Pico de la Mirándola se atrevería a escribir: *De omni re scibile*.

La esfera del conocimiento se dilata en círculos concéntricos cada vez más extensos. Las ciencias particulares se ramifican y subdividen de manera oscura. Cualquiera de esas subdivisiones, de esas ramificaciones, reclama la actividad constante de una existencia de quince o más lustros.

Además las ciencias particulares, al ensancharse paulatinamente, se esfuman, se amalgaman, se funden unas en otras.

Una clasificación de las ciencias como las intentadas desde Aristóteles hasta Comte y Spéncer, es ya imposible. Todas las ciencias actuales no son más que capítulos de una sola que las abarca todas: la biología. Apenas existe fenómeno, doctrina o ley—no existe ninguno—que no pueda formularse o traducirse en lenguaje biológico.

No hablemos de la física, de la química, de la antropología, de la psicología, etc. Las mismas matemáticas no son más que derivaciones biológicas.

Nuestra misma moral, nuestra misma religión, no son más que factores biológicos, claman los evolucionistas.

Nuestra razón misma, dice el admirable Eugenio D'Ors, es una diástasa y, por lo tanto, la lógica es una inmunidad adquirida.

III

La pequeña digresión anterior ha sido hecha para formular esta pregunta:

—¿Qué actitud mental debe observar en la vida un hombre ávido de cultura o, más bien, de sabiduría?

Hay dos, ya lo hemos dicho: una que corresponde a la especialización; otra, al diletantismo.

Y por arriesgado y aventurado que parezca, no vacilamos en afirmar que la posición del diletante es no sólo la preferible, sino también la indispensable para avanzar hasta ese altísimo pedestal de la sabiduría.

Esta descansa—¿quién lo duda?— en una concepción sintética del Universo, y a una concepción sintética del Universo no se llega nunca profundizando en un orden particular del saber humano, cualquiera que sea. Se llega, sí, internándose por todos ellos y extrayendo aquellos últimos y preciosos residuos que con estar en la superficie son de fácil alcance; buceando, más gráficamente, por todos los rincones de la historia del pensamiento, del conocimiento; explayándose por todos los senderos del arte, de la ciencia, de la religión, de la filosofía, de la vida misma, en curioso y dionisíaco paseo, en una continua verificación de experiencias, como diría William James.

IV

Otra digresión.

Hemos hablado de últimos y preciosos residuos, fáciles de alcanzar por hallarse en la superficie.

Estas palabras, un poco metafóricas, pudieran interpretarse erróneamente.

En todo orden de conocimientos hay, en efecto, un último y precioso residuo, un «substrátum», que es como la flor postrera de un árbol de vieja raigambre.

Elaborar esos residuos, esos «substrátums», es la obra del especialista, del profesional.

Apropiarse de esos «substrátums» penosamente elaborados mediante el análisis, para refundirlos en una concepción sintética, es la obra del diletante.

—«Obra egoísta»— se dirá.

Bien. Obra egoísta y elegante; pero la más alta, la más digna,

la que con más justo título debe reclamar la actividad de nuestro espíritu.

Pensar, por la simple voluptuosidad de pensar; saber, por el simple y curioso deseo de saber: he ahí el lema del buen diletante, cuya única tristeza debe ser la de sentir su propia incapacidad para no poder constituirse en especialista de todas las materias y profesional de todas las doctrinas.

Obra egoísta y elegante también obra inútil?

V

Pensad en los tres hombres que más han ilustrado al mundo en el siglo decimonono. Taine, Spéncer, Renán. Los tres se vieron dominados por esa tendencia persecutoria de la verdad, buscada ardentemente por todos los caminos, con la absoluta seguridad de no encontrarla por ninguno, punto esencialísimo. Los tres fueron escépticos, más, por temperamento que por deducción filosófica: escépticismo brioso, casi juvenil, en Spéncer; grave, casi triste, en Taine; risueño, casi regocijado, en Renán. De las doctrinas sustentadas por los tres poco queda, en verdad. Casi toda la psicología moderna es un desmentido a la de Spéncer; la explicación genética y sociológica de Taine sobre los grandes artistas, a nadie convence ya; toda una corriente anti-intelectualista se alza contra Renán y su sistema de exégesis religiosa. Los tres no fueron más que grandes, grandísimos diletantes, pero diletantes, al fin. Sin embargo ¿no pesa aún sobre nosotros la acción propulsora ejercida por esos tres hombres en los dominios del puro pensar y de la pura investigación?

Y si se medita luego en Aristóteles, que ahora escribe una «Política» y luego una «Historia de los animales»; en lord Bacon, empedernido explorador de todo el saber de su siglo; en Voltaire, que se contradijo mucho porque leyó y pensó mucho; en Kant, que formula los principios racionalistas de la moral o indaga, antes que Laplace, la formación evolutiva del cosmos; en Leonardo de Vinci, voluptuoso y profundo enciclopédico, y con él en todos los renacentistas, grandes curiosos todos, se corre tentación de formular este atrevidísimo corolario:

«Así como los aportadores de fecundos descubrimientos científicos (Darwin, Pasteur, lord Kelvin, Hertz, Lavoissier, etc.) fueron profesionales por excelencia—basta conocer su biografía—los aportadores de grandes concepciones, de resúmenes representativos, por así decirlo, de esquemas de un pueblo o de una época, fueron diletantes, por naturaleza.»

¿Habrá necesidad de demostrar la utilidad—utilidad colectiva,

se entiende—de la obra de los segundos respecto de la de los primeros?

En realidad, ninguna de las dos es más o menos útil; ambas lo son en igual modo; de ambas se compone el progreso humano.

Pero, no lo olvidemos: en la obra del diletante hay más elementos de libertad; es más estética, más elegante, más digna de un espíritu moderno y socrático.

VI

Bien mirado, era de todo punto inútil aquella pregunta sobre la actitud mental más propia del hombre ávido de sabiduría.

Inútil, porque la respuesta la encontrará en sí mismo todo aquel que lleve en su alma escudón admirable que los dioses regalaron al pueblo griego y que el pueblo griego nos transmitió a nosotros: el dón de la curiosidad.

Uno de los triunfos más notables de la psicología contemporánea ha sido el de poner de relieve el trascendente papel que desempeña en la historia del pensamiento; su fecundísimo poder en los dominios de la especulación, pura o práctica.

«Toda la parte causal de la ciencia es obra de la curiosidad—dice un pensador del Mediterráneo. Y otro sabio de allende el Rin, añade: «sin curiosidad no hay progreso científico».

No en vano tachamos de convencional, al hacerla, la distinción entre sabiduría propiamente científica y sabiduría propiamente filosófica, presintiendo que de día en día se hace más difícil la tarea de distinguir, de clasificar.

No, no son distintas; el origen de ambas es el mismo: la curiosidad, que es madre de la ciencia y madre de la filosofía.

Esa misma curiosidad, localizada, produce un Newton; ampliificada, superficializada, produce un Goethe.

¡Goethe! Si alguien desea saber algo de la esencia del diletantismo, llevado a su grado máximo, no tiene más que analizar las horas de aquella su vida, tan honda, tan intensa, tan armoniosa, en su curso de suprema serenidad y de supremo equilibrio.

VII

Terminaremos con una observación pueril y tentadora, imposible de resistir.

Los griegos denominaban al alma *psyké*, palabra que en aquella lengua significaba también «mariposa». De ahí que siempre tengan alas sus representaciones plásticas del espíritu.

Psyké . . . Mariposa . . . En estos dos vocablos se encierra algo más que una simple homonimia.

El sutil y profundo pueblo heleno—el más curioso y volup-

tuoso que haya nunca existido—acertó a ver, sin duda, en esos seres alados, brillantes y efímeros, el más adecuado símbolo del alma, término idealista que podéis interpretar a vuestro modo: como epifenómeno, como conciencia, como entelequia, como mónada, como producto de la actividad celular, como razón, como diastasa, como partícula de la inteligencia infinita y universal. Palabras . . .

De uno o de otro modo, procuremos siempre abandonarnos por entero al poder misterioso de esa íntima *psyké*, de esa mariposa interior, cuya aparente volubilidad no es otra cosa que sed divina de «querer sentirlo, verlo y admirarlo todo», como ha dicho un poeta.

Así lograremos hacer de nuestra vida—¡otra vez Goethe!—algo parecido a un vuelo, pasajero e interrumpido en cada flor que se ofrezca a nuestros ojos incitándonos a efectuar sabrosas libaciones—¡otra vez los últimos y preciosos residuos!—bajo una esplendente mañana de sol.

Busquemos la Verdad, como Taípe, como Spéncer, como Renán, como tantos otros, aunque sepamos que así como la felicidad es el pájaro azul de nuestro corazón, la Verdad es el pájaro azul de nuestro entendimiento.

«Trabajemos para lo incierto»—clamaba sombríamente el buen Pascal. Sí; pero trabajemos ardentemente, curiosamente, voluptuosamente.

Y al final de ese vuelo, al término de esa actitud mental, emblema de noble existencia, nos encontraremos con que nuestras almas están inundadas de un polvillo de oro, tenue y sutil, como de alas de mariposa.

Buenos Aires, Enero de 1915.

Píndaro en la literatura castellana

POR

ARTURO MARASSO

Los humanistas sevillanos del siglo XVI son los primeros en iniciarse en la difícil tarea de traducir a Píndaro. Juan de Malara, paremiólogo en la *Filosofía vulgar* y poeta en de *La Psyche*, si aun no consigue desligar su espíritu del sedimento de la edad media, en su *Descripción de la Galera Real* traduce con amor un largo fragmento de la *Pítica IV* y entre otras alusiones pindáricas describe e interpreta el nacimiento de Palas (*Olimpica VII*). Se apreciaba a Píndaro visto a la luz del elogio de Horacio sin que existiera entonces el sentido de penetrante helenismo que ahora no nos es imposible adquirir. Lo que, para los helenistas de aquella época, era curiosidad de eruditos y venero mitológico para nosotros se convierte en la representación más natural y espontánea del espíritu humano. Los nobles maestros que intervenían en las controversias literarias y los poetas no llegaron a encariñarse de Grecia como la Pléyade francesa. Italia y Roma influyen excesivamente en la lírica. El más pindárico de los poetas sevillanos, que si no ha creado una escuela poética ha esbozado una tendencia, es Fernando de Herrera cuya vigorosa individualidad literaria aun nos mueve a la admiración y al respeto. Su acento potente, su elevación moral y épica, sus imágenes donde se une el brillo pindárico a la grandiosidad bíblica hacen que una vez que nos hayamos compenetrado de su universo poético le admiremos como a un artífice que funde sus metáforas hirvientes en un exaltado entusiasmo en que cada verso en un orgánico clímax asciende desde el verso anterior para avanzar como una Victoria alada en medio de la iluminación constante de un léxico lleno de palabras «ilustres». Si el poeta no se mantiene siempre a igual altura bástenos que en ciertos instantes se acerque a Píndaro, a pesar de su espíritu bíblico, lo cual es ya mucha gloria. La canción a D. Juan de Austria, advierte Villenain, «es muy sabia en mitología, muy imitada de Píndaro». Si

el lirismo en su esencia es entusiasmo y el poeta va sintiendo en sí mismo la revelación de un mundo nuevo, las grandes ideas e imágenes nacen de esa súbita intuición en que la mente adquiere el poder de ver lo que hay de eterno en la acción y en la historia. No se puede confundir la poesía declamatoria con el rapto pindárico, las palabras sonoras con el resplandor de la imagen que brota del asunto como la luz del ascua. Píndaro, poeta lírico, es la mitad de sí mismo, la otra mitad es el tesoro mítico de Grecia, enriquecido ya por la épica y que pasa a decorar el frontis de sus odas como a fijarse en el mármol y el oro en los templos de Apolo o de Palas; el poeta elevaba la vida hasta identificarla con lo ideal y hacerla digna de ser vivida; y esto no obsta para que vayamos trasladando mentalmente al lienzo o al bajorrelieve los grupos de imágenes que en sus versos, en síntesis enérgicas, adquieren un brillo intenso. Apunta Herrera en sus *Anotaciones* a Garcilaso que de los poetas griegos fué príncipe Píndaro «en espíritu en magnificencia, sentencias y figuras, y en la dichosísima abundancia de cosas y palabras, en aquel copiosísimo río de elocuencia».

Para Sainte-Beuve la edición francesa de Anacreonte, de Estienne (1554), llegaba a punto para suavizar la locuacidad ferocemente pindárica de Ronsard y traerlos a los poetas al tono de la gracia. No podríamos nosotros decir tanto del Anacreonte parafrástico de Villegas o de Quevedo. En la lírica castellana Anacreonte es el representante, especialmente en el siglo XVIII, de una poesía pueril a pesar de algunos bellos rasgos. Ya Garcilaso hubiera podido antes que nadie señalar ese tono impreciso de la gracia que encontraremos en la poesía popular, en Góngora y en algunos otros grandes maestros; la ausencia de lirismo que se observa, no solamente en la poesía española, no está en el espíritu pindárico; que muchos ni siquiera han sospechado, sino en una fatal manía de razonar prosaicamente en verso.

¿Ha vacilado Luis de León, antes de elegir su maestro, en tre Píndaro y Horacio? Posiblemente no. León con su delicado sentimiento de la naturaleza acendró su miel en los alvéolos horacianos. No miraba el universo poblado de héroes y de dioses, lo veía en la noche estrellada como una mansión de sumo bien; su palabra inspirada se reconcentra severamente en el amor a la paz y no a la acción. «El tiempo nos convida a los estudios nobles» exclama en el otoño. Mientras Píndaro es el hervor de una imaginación henchida de magnificencia, León, un hombre silencioso, medita en la noche. Y éste noble lírico y alto escritor trasladado al castellano la *Olimpica* primera. «El agua es bien precioso—y entre el rico tesoro—como el ardiente fuego en noche oscura—ansi

relumbra el oro"... Cuando aun hoy no tenemos una traducción digna de Píndaro, no podemos dejar de mirar con cariño esta versión que si no respira un verdadero helenismo está impregnada de grandeza antigua. Si pudiéramos penetrar a las bibliotecas de los escritores españoles del siglo de oro, como el cura a la de Don Quijote, encontraríamos más de un ejemplar de las bellas ediciones renacentistas de Píndaro desde la príncipe de Aldo Manucio, Venecia 1515, hasta la de Plantino, Amberes 1567. Cuando se publique la historia del helenismo en nuestra lengua que quizá ya esté hecha entre los manuscritos de Menéndez y Pelayo, podremos apreciar mejor el espíritu que ha inspirado a nuestros clásicos. Barahona de Soto tenía a Píndaro en su biblioteca: "otro libro pindaron". Quevedo cita los escoliastas de Píndaro en una carta a Mariner. Cierra el inmortal satírico el libro primero de su *Parnaso* con una canción pindárica dividida en dos estrofas con antistrofas y epodos que recuerda la Nemea VI y aun la sigue en algunos versos. En *Melpómene* quiso según su erudito amigo González Salas escribir un epicedio pindárico; la distribución de las estrofas debió ser tan informe que su comentarista encontró mejor "desatarlas en silvas". En otra poesía de *Euterpe* imita también la distribución en estrofa, antistrofa y epodo. González Salas, el más profundo helenista español del siglo XVII, nos da al comentar a Quevedo una admirable visión de la métrica de Píndaro.

Quevedo, moralista acre y acético en sus poesías serias, no penetró sino a lo más accesible, a lo externo de la lírica de Píndaro, a la estrofa; y quizá se vea en esto la influencia de Ronsard. Así es que de Herrera tendríamos que venir a Quintana para encontrar un poeta de amplio vuelo que pueda acercarse a la concepción pindárica. Se ha dicho, y es verdad, que las odas de Quintana, abstractas, razonadoras, se desenvuelven dentro del plan de un discurso. Andrade más rico de imaginación, aunque carecía desgraciadamente de la intuición de la forma, se mueve en el mismo círculo de ideas del poeta español. Andrade y algunos otros grandes poetas de América son, a pesar del romanticismo, de estirpe quintanesca. Ni Quintana, Heredia ni Andrade se detuvieron en Píndaro. No así Olmedo. Su concepción poética, a veces, escribe Simón Bolívar "es pindárica, y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina". El vencedor de Junín, en nombre de Horacio y de Boileau, le hace algunas atinadas objeciones a Olmedo, especialmente al referirse a la manera "rimbombante" con que empieza la oda famosa: "El trueno horrendo que en fragor revienta". Olmedo le escribe: "El exabrupto de las odas de Píndaro es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que

muchas veces pindarizaba a Horacio". Olmedo conocía bien lo admirable del torbellino pindárico. Le dedica al poeta griego en *La victoria de Junín* un pasaje de verdadera inspiración. Menéndez y Pelayo ha estudiado en páginas magistrales lo que hay de Píndaro en Olmedo. Sería necesario entrar en muchas sutilezas para ver lo que nos acerca al poeta griego o lo que nos aparta de su espíritu. Estas distinciones están hechas con notable penetración por Girard en su estudio del helenismo en la lírica francesa al comentar el ya clásico libro de Croiset, *La poesía de Píndaro*. Para Girard, Victor Hugo es el poeta moderno que más se parece al antiguo. La poesía de Píndaro es más plástica, en Hugo domina el color. Sólo los románticos se han acercado a las fuentes antiguas sin detenerse mucho en Roma y en Alejandría. De ahí que ellos y los parnasianos lleguen a veces a la perfecta belleza antigua no sospechada por los clásicos del siglo XVIII. Los líricos castellanos no han visto en el siglo XIX, por su falta de estudios, estos maravillosos misterios de la poesía.

Aunque la exquisita cultura de Villemain no haya llegado en su *Ensayo sobre el genio de Píndaro* (1850) a tener la penetración de los grandes críticos modernos que encontraron ya resueltos los más arduos problemas, nos será a nosotros, los americanos, siempre grato el recordarle. Advierte el polígrafo francés con sagacidad crítica que la oda *El Niágara* de Heredia "carece de la belleza severa que el gran lírico de antigüedad encierra en la descripción de los fenómenos de Sicilia". Píndaro, no piensa en sí mismo, como Heredia, frente a los grandes espectáculos de la naturaleza. Esa plena objetividad poética la encontraríamos más bien en Andrade. La poesía de Olegario Andrade, advertía Boris de Tannenberg, es esencialmente objetiva.

No creo que las tres traducciones de Píndaro que tenemos en nuestra lengua hayan contribuido con acierto a hacernos conocer al gran lírico. Poner en versos rimados lo que no tiene rima, abusar de la sinonimia para que el texto diga y no diga lo que Píndaro se propone, es faltar al elemento primordial de toda traducción, la exactitud. Menéndez y Pelayo tradujo la *Olimpica XVI*, también con rima como el respetable árcaico mejicano; y en su tratado *El romanticismo en Francia* esboza por primera vez en castellano, al hablar de Villemain, un concepto prudente y racional de lo que debe ser el estudio e interpretación de Píndaro.

¿Fue acaso la gran sombra de Píndaro a encontrarte?, dice un verso de Rubén Darío. Este poeta que era de América y España, así como el griego elevándose sobre los rencores políticos era un panhelenista, es el poeta castellano que con más insistencia

ha recordado a Píndaro. Los hombres y los dioses tienen un mismo origen, escribe haciendo suyo el pensamiento del tebano. "Abeja, ¿qué sabes tú, toda de miel y oro antiguo?—¿Qué sabes abeja helénica?—Sé de Píndaro". A la musa española "Píndaro dióle sus ritmos preclaros". "A la sabia y divina Themis—Colocaron las Parcas, según Píndaro—En un carro de oro para ir al Olimpo". Y cuando Rubén Darío, al acercarse a la muerte, aun encuentra fuerzas para escribir una hermosa introducción a su poema *Palas Athenea*, "cual canta Melesígenes en su glorioso verso", cree que se inspira en Homero, cuando en realidad está recordando casi literalmente un sublime pasaje de Píndaro de la *Olimpica VII*. Y este poeta de América que trajo el dón de las imágenes límpidas, que solía, aunque raras veces, sumergirse en las concepciones profundas, tuvo para nosotros el brillo incomparable de una aparición pindárica.

CeDInCl





LA PINTURA EN MEXICO

POR

DANIEL COSIO VILLEGAS

Llama la atención de los mexicanos un hecho que parece no haber tenido precedente en América: el grupo de pintores es el más importante, hoy, en la actividad intelectual y artística del país.

Fácil es comprender que en México—como en el resto de la América española, como antes aquí mismo—, el grupo más serio y numeroso debiera ser el de escritores. Razones de carácter económico y de tradición así lo explican. El poeta, el ensayista, el autor de novelas y aún de comedias, no parecen necesitar otros elementos de trabajo que papel y lápiz, siempre a la mano. En cuanto a preparación, se cree, y hablando rigurosamente es verdad, que basta el aprendizaje de las primeras letras. Los libros, sus «modelos», si los necesita, no son muy difíciles de conseguir, por lo menos los del propio idioma. Con papel, lápiz y saber leer, el escritor tiene resuelto su problema, sea para bien suyo y de la humanidad o para asedio de editores y fastidio de lectores. En cambio, la pintura, la escultura y aún más la arquitectura, requieren elementos de riqueza mayores: telas, colores, cera, barro, piedra, toda especie de materiales. El aprendizaje del dibujo, del modelado, de la composición, de tantas otras cosas, es indispensable, no ya para producir obras maestras, sino para dar estrictamente el primer paso en la carrera artística. Y las diferencias en el esfuerzo muscular que desarrollan el literato y el artista plástico, es causa y bien sería de que por lo

común el núcleo de mayor actividad intelectual lo constituyan los escritores.

Nos referimos sólo a grupos de artistas y no a los que en otros países forman los estudiantes de ciencia o filosofía, porque en América apenas hay intelectuales aplicados al estudio de esas disciplinas. En realidad existen hombres de profesión, preparados científicamente sólo para ganar dinero y—según dicen los legisladores—para «proteger a la sociedad». Además, como en los países de la América Latina, la industria es pobre y no abundan escuelas técnicas que ofrezcan otras posibilidades de vida, la ciencia, ni aun en su forma de aplicación práctica, se cultiva con regularidad.

La regla general es, pues, que el grupo mayor se dedique al arte, y, dentro de las actividades artísticas, dé preferencia a la literatura. ¿Por qué en México se invierte ahora este ordenamiento natural?

Muchas causas hay, más o menos influyentes: el nacionalismo agudo, en política, en educación, y sobre todo—quién lo creyera—en arte, surgido en México a consecuencia de la Revolución, que nos hizo conocer trágicamente nuestros problemas, sin dejarnos acudir a soluciones extrañas a nosotros; el gran impulso que ha dado el ministro Vasconcelos a la educación pública y la oportunidad que ha ofrecido a los pintores en las decoraciones de San Pedro y San Pablo, la Escuela Preparatoria y el edificio de la Secretaría de Educación; el regreso a México, después de varios años en Europa, de los pintores mexicanos más distinguidos; el estado algo anárquico de toda la pintura contemporánea; la rápida formación de núcleos bajo el influjo, a veces violento, de los pintores mayores: Diego Rivera, Adolfo Best y, un poco, Roberto Montenegro, junto a los cuales deben contarse aquellos que en el momento de renovación quedaron sólo como pintores oficiales: Ramos Martínez, Ignacio Rosas, Germán Gedovius y otros más; la temporal inferioridad de la literatura: pocas novedades entre los jóvenes, poca producción de buenos escritores por dedicarse a otras actividades ingentes, sobre todo a la educación pública, falta de producción o producción repetida de los mejores poetas. Ayuda a la inferioridad actual de la literatura el hecho de que la única gran influencia que hubo en la juventud, de 1914 a 1921, fué la de Antonio Caso, orientada, naturalmente, hacia la filosofía. La de Pedro Henríquez Ureña, tan honda, tan humana, se interrumpió y apenas si ahora empieza a sentirse de nuevo.

Todas estas causas, ya se dijo, explican que el grupo de pintores sea el más importante en la vida intelectual mexicana; pero tal vez ninguna como la influencia activa, en ocasiones guerrera,

que ejercen en los jóvenes—antes sin orientación—los pintores mayores.

Efectivamente: la influencia porfirica de paz, de «dulce paz», se hizo sentir en todo, pero particularmente en educación; la Universidad, las escuelas, la Academia de Bellas Artes—donde se enseña pintura—repetían día por día un método, un profesor, un programa, un modelo. Paz, más que paz sueño, y sueño de toda actividad inquieta y seria, eso era lo único que había en política, en derecho, en educación, en arte, en todo. El único motivo de renovación era la muerte del profesor, del empleado, del presidente municipal, o ciertos disgustillos de carácter político, que jamás trascendían a nada, ni siquiera a las columnas de los periódicos, pacíficos y soñolentos también. Sin profesores que iniciaran nuevos caminos, ni en el ambiente rebeldía, desobediencia, que obligara a los alumnos, aún a despecho de sus profesores, a apartarse de la rutina de todo el país, la pintura se repetía y se repetía.

* *

La decadencia de la pintura en México, coincide con la fundación de la Academia de Bellas Artes,—decía don José Bernardo Couto a mediados del siglo pasado. La pintura de los siglos XVII y XVIII, a la del XIX. De ésta pueden admitirse, desde luego, excepciones: Velasco, ante todo; uno que otro cuadro de Rebull, de Cordero, de Félix Parra.

Esta situación se hacía peor porque ciertos pintores extranjeros—malos siempre—la reforzaban con su falso prestigio europeo y con el apoyo oficial que les prestaban grandes personajes del régimen porfirico. Fabrés, por ejemplo, traído a México por el ministro Limantour, apoyado y bien pagado, enseñó un *bonapierismo* que causó mucho daño.

En 1905, el doctor Atl—entonces se llamaba Gerardo Murillo—sin otro esfuerzo apenas que el de simple conversaciones, desbarató aquella situación de modorra, apoyando el impresionismo, en especial la técnica divisionista, y hablando de otros pintores como Sorolla, Zuloaga, Whistler, Carriere, Segantini.—Diego Rivera, Francisco de la Torre, Saturnino Herrán, Alberto Garduño, surgieron ya libres, y formaron un grupo serio, sin orientación definida claramente, pero fuera ya de la opresión. Joaquín Clausell pintaba con bríos, aunque aislado. Entre tanto, Xavier Martínez, residente en California, a su paso por Guadalajara, despierta y estimula a Jorge Enciso y a Rafael Ponce de León.

Este ha sido un momento interesante en la pintura de nuestro país. Las dos escuelas, la de México y la de Guadalajara, parecían

rivales; había ya movimiento, agitación, que habilmente se encargaba de exagerar el poeta José Juan Tablada, propagandista literario de los pintores tapatíos. En 1906 se hace la exposición del



Apunte de Diego Rivera.

periódico *Savia moderna*. Concurren a ella muchos pintores: las cuatro figuras centrales fueron Germán Gedovius, Joaquín Clausell, Diego Rivera y Francisco de la Torre. Además figuran allí Gonzalo Argüelles, recién llegado de Europa, Saturnino Herrán, Garduño Enciso, Ponce de León. La rivalidad entre las dos escuelas parece haberse resuelto por la de México. Al año siguiente se organiza otra exposición en la que hay cambios visibles: los viejos están frente a los jóvenes, y éstos interesan más. Entre los que iban a Europa y regresaban — Ramos Martínez, Angel Zárraga, Roberto Montenegro, Ignacio Rosas, Diego Rivera — traían algo nuevo siempre.

La agitación política principia en 1910. El estado no puede atender a los pintores pensionados en Europa y menos aún enviar a los muy jóvenes. Diego Rivera, Angel Zárraga, Roberto Montenegro, optan por permanecer allá; Ramos, Martínez, Herrán, Argüelles, Rosas, quedan en México. Hay en ese momento una marcada declinación: sólo Saturnino Herrán, con grandes facultades, hace esfuerzos por crear algo firme: los inconvenientes que tuvo para todo se lo impidieron, y, al fin, murió sin haber llegado a la obra definitiva. Habíamos vuelto al quietismo, en apariencia, aunque fuera ya de la pobre tradición académica.

La Academia de Bellas Artes era casa sin dueño. Se agitó un poco bajo la dirección del pintor Mateo Herrera, quien, por lo menos, puso orden en la enseñanza. Una fundación particular hizo posible en 1914 la creación de la escuela de pintura al aire libre, en el pueblo de Coyoacán. Las facilidades económicas que se dan a los estudiantes — casa, pinturas, telas — provocó gran afluencia de jóve-

nes. Nada serio, sin embargo, se adelantaba: impresionismo hueco, de paisajes sin contornos, en colores claros, de yuntas de bueyes con fondos de puesta de sol hirviendo. Antes que a pintar se enseñan al alumno los trucos aquéllos de manchones de sol a lo Sorolla que quieren hacer fuerte y de carácter la obra.

Muy recientemente se ha principiado a hacer algo nuevo y útil en la Academia: las clases nocturnas para niños. Los métodos de enseñanza se simplifican; pronto se deja al alumno en libertad, suprimiendo en todo caso el odioso modelo en el centro de la sala.

La Revolución, que había derrumbado con estrépido una organización económica falsa y oropesca, y un régimen político in-moral, no podía dejar de influir en la pintura: ella exigía el nacionalismo, aún más si se toma en cuenta el descrédito y el gradual desconocimiento de las cosas europeas. El momento era precioso para un gran resurgimiento de la pintura, del arte, como lo era para la política y la educación. En el ambiente se sentía la necesidad de hacer algo grande: pleno de rebeldía, de irrespetuosidad, de pujanza, también, el esfuerzo de un hombre, rebelde, irrespetuoso, pujante, arrastraría a todo y a todos tras de sí.

Eso fué lo que hizo Diego Rivera. Fuerte, recio físicamente, extravagante en el vestir, genial en sus exageraciones y mentiras, Rivera predicaba ir a lo popular mexicano en pintura, en arquitectura, en música, en todo, aún en la organización social y en el traje. La tesis era tan elemental, se exponía con tanta inteligencia, recibía tales confirmaciones, gracias al talento *diégui-co*, a propósito de todo, aún de las cosas más extrañas al arte, que no podía menos que triunfar y en toda la línea. Diego Rivera fué por varios meses el centro no sólo de los pintores, sino de la vida intelectual mexicana, y hasta de damas de sociedad, las que arrastraba al Teatro Lírico, donde se hacían buenos ensayos de arte popular.

El Secretario de Educación Pública le propuso decorar el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, y Diego comenzó a trabajar. La obra duro más de un año. Durante ese tiempo poco se hablaba de él. Sólo los íntimos y los discípulos veían crecer la decoración. Hace más de tres meses se abrió al público el Anfiteatro y causó honda emoción la obra de Rivera. La noche en que se hizo la inauguración, todo el México inteligente estaba allí, aplaudiendo con gran entusiasmo. Y hay razón: Rivera había sentido que aquella era su obra: grandiosa; fuerte; las figuras están reciamente encajadas en el muro, pintadas con extraordinario talento, con extraordinaria perfección técnica.

El público no conocía propiamente al pintor. Sólo los aficio-

nados habían visto reproducidos en revistas cuadros de Rivera y uno que otro de sus originales en exposiciones. La opinión vulgar fué desfavorable a la decoración mural del Anfiteatro de la Preparatoria, aun cuando públicamente — por los periódicos, por ejemplo —, nada se había dicho hasta hace muy poco. Entre el grupo de gente entendida había partidos: los pintores oficiales decían maravillas de la obra, pero en su interior la reprobaban; los pintores inteligentes la aplaudían con sincero entusiasmo, no sin dejar de hacer — no serían del mismo oficio — pequeños reparos acerca de tal o cual detalle. En cambio, el público culto y no especialista en la materia juzgaba la obra de Diego Rivera como algo indiscutiblemente superior.

En arte — lo mismo que en política que en todo — habrá para el creador el problema de escoger entre agradar, simplemente, o realizar obra seria. Diego Rivera pudo muy bien hacer una decoración bonita, y, con sus antecedentes, se le hubiera declarado unánimemente pintor de genio, el de mayor genio, tal vez; pero no es Rivera quien por opiniones cambia su punto de vista; como verdadero y grande pintor, él tiene sus ideas, estudia, de modo completo y perfecto, los problemas de técnica, y se pone a trabajar sin mirar siquiera quien pasa por debajo de los andamios en que pinta. De los pintores mexicanos — decía Vasconcelos —, es el que sabe lo que va a pintar. Esto es lo que hace sólida la obra de Rivera, aparte, por supuesto, de su talento creador: piensa, ve. Le preocupan, estudia y resuelve, antes de pintar, los problemas de estructura, de perspectiva, de proporciones, de color. En la decoración del Anfiteatro se nota que aquéllo está *pensado*; y no asuste esta palabra a los pintores y artistas mexicanos, quienes creen a veces que las obras de arte no se piensan sino que se hacen por procedimientos de magia — exponente siempre de ignorancia — a los cuales se denomina con palabras de la época romántica: inspiración, genio, intuición...

En los últimos días Rivera ha principiado la decoración del nuevo edificio de la Secretaría de Educación Pública: es magnífica. Y la cualidad que parecía débil en el muro del Anfiteatro, una honda y sentida armonía entre sus figuras, es quizás lo que más conmueve en la nueva decoración. La misma disposición de las figuras del Anfiteatro, colocados en planos distintos, ayudaba a producir aquél efecto. En los lienzos de la pailería, en el de los hombres que tiñen las cuerdas y la mujer que las tiende, ya teñidas, sobre la cuerda del fondo, hay una oculta armonía: cada figura parece estar ligada a las demás por líneas, por arcos, de tal modo que la unidad del ritmo se realiza de modo completo. Los

pintores todos — que anhelaban encontrar una posibilidad de transar con la fuerza de Rivera y sus propias opiniones — dicen: “esto sí”.

Los discípulos de Rivera decoran los corredores y escaleras de la Escuela Preparatoria y decoran también parte de la Secretaría de Educación. Ninguno de ellos, seguramente ha alcanzado la perfección del maestro; pero juntos, con Rivera al frente y unidos a otros pintores que representan otras tendencias (Montenegro, Atl, Orozco, Ramos Martínez), trabajan todo el día en una obra que, cualesquiera que sean sus defectos parciales, es grandiosa por su concepción, grandiosa por su realización: la obra pictórica más importante de América la hacen ellos.



Apunte de Diego Rivera

En Adolfo Best — otro gran influente — hay desproporción entre su mucho talento y la obra que ha dado a conocer hasta hoy. Pero debe contársele como factor importantísimo en el resurgimiento de nuestra pintura, más que como pintor, como autor del sistema de “dibujo mexicano” implantado en las escuelas públicas.

Como Rivera, sabe lo que hace, piensa lo que hace, y sólo así, estudiando durante ocho o diez años, ha llegado a formar una teoría sobre la pintura y sobre el arte popular mexicano, amplia y perfecta. Además, esta teoría descansa en otra de estética general profundamente pensada. Los resultados a que ha llegado el “método Best” son cada vez más firmes; los alumnos de las escuelas hacían algo odioso: la copia de horrendos cromos alemanes, la copia de modelos de yeso que yo no sé por qué ni quién dijo que eran griegos. Hoy, los niños de ocho, de diez años, hacen obras de arte: con breves indicaciones, dibujan y pintan cosas tales y como las sienten, llenas de gracia, de ingenuidad y con una fresca fragancia que antes mataba el modelo. Miles y miles de niños practican hoy el sistema Best, todos los profesores lo enseñan y en cada escuela hay fiebre de pintar: el niño mismo crea su pin-

tura. El libro de Best sobre el nuevo sistema se publica dentro de pocos días.

Como colaboradores de Best están muchos jóvenes pintores. Unos siguen por el mismo camino iniciado; otros sólo han aprovechado esa oportunidad para llegar a su propio punto de vista. Entre éstos, Manuel Rodríguez Lozano y su discípulo Abraham Angel tienen puntos de vista tan personales, tan llenos de inteligencia, y unidos a excelentes facultades de pintor, que sus cuadros los miramos largos minutos creyendo escuchar historias de la provincia mexicana, tan triste, de la gente del pueblo, tan religiosa.

Roberto Montenegro tiene buen nombre en países extraños. Su viaje a la Argentina fué un éxito. En México ha tenido poca influencia y es muy discutido. Su discípulo principal, Gabriel Fernández Ledesma, colaboró con él en la decoración del pabellón mexicano en el Brasil, declarada por quienes la vieron cosa excelente. Encargado de decorar la antigua iglesia de San Pedro y San Pablo — convertida en sala de conferencia —, Montenegro pintó interesantes cartones para las vidrieras con escenas mexicanas. Fueron muy aplaudidos, también, los azulejos; pero la decoración de los muros — especialmente en el fondo — no alcanzó la grandiosidad que el público esperaba. Unos declararon a Montenegro buen dibujante, pero no pintor; otros, pintor de cosas decorativas, no más, otros explican que Montenegro ha tomado un camino que no le conviene: la pintura que hacía en Europa, y aún en México, antes del movimiento nacionalista del arte popular — dicen — estaba bien; pero al intentar hacer pintura mexicana, ha equivocado el camino, pues los tipos son europeos y sólo las escenas y el ambiente son mexicanos.

Otros pintores nuevos hay, que realizan obra llena de interés, pero poco conocida del público: tal es, por ejemplo; José Clemente Orozco, muy fuerte en sus dibujos; trabaja aislado y en silencio.

Lo que hay de particular en este movimiento es no sólo su intensidad (podrían citarse cincuenta pintores *en servicio activo*), su luminosa orientación, sino que cada quien, aun dentro del influjo directo de los renovadores, se siente dueño de sí, hace obra personal y de una personalidad que está en las ideas, en la técnica, en la concepción de la obra, en todo: obra personal que ha echado hondas raíces en el suelo nacional y que aspira a llegar muy alto.

México, Febrero de 1924

EL SECRETO IDEALISMO

POR
EDUARDO RIPA

... aunque me quede solo
entre todos los hombres. —
Walt Whitman.

La humanidad, no ha mucho, estaba loca. El pesimismo de Schopenhauer tendía su plato negro sobre los hombres y las cosas, sobre el ser y la naturaleza; el nihilismo de Hartmann amenazaba tragando todo. Pero he ahí que, cuando no había más que cenizas, algo comienza a brillar en el fondo de los corazones cansados y doloridos. No me refiero a la conmoción rusa, fruto exiguo de la gran guerra, sino al anhelo infinito de paz, de dulzura y amor que alienta en el pecho de los hombres sin atreverse a confesarlo. Sí; en cada alma hay un sol pálido, en cada estrella lejana vemos una esperanza nueva; pobre y fría esperanza, verdad, sobre todo secreta, pero al fin esperanza, al fin deseo.

Desgraciadamente en muy pocos el deseo es indefinido, la fe consciente; los más erran en un limbo oscuro, inquietos y agitados, sin poder ver a Dios, mas con la celestial música flotando, como una niebla, sobre sus almas temblorosas. Los primeros creen en el milagro pero atan sus lenguas; los últimos no creen pero lo anhelan.

Cuando el secreto irrumpe en el hombre y se apodera de él; cuando abriga la conciencia clara de su deseo, lo más probable es que se afie; ¡y esta es la mayor de las cobardías! Huye a la soledad con la llave de la dicha, turbado como un ladrón, para no gozar de su tesoro, para contemplanlo y sufrir. Huye a la soledad... Y ve que en ella el espíritu se extiende, rueda suavemente, deja de ser el espíritu de un hombre para semejar una órbita más en el concierto de los mundos. Y entonces dice: «¿Qué representan mis amigos comparados con ella? ¿Qué el amor transitorio? ¿Y qué la vana música de los corazones indolentes?... Ella nunca traiciona;

cuando todo el mundo desecha a alguien ella lo acoge en sus brazos dulces, lo perdona, lo justifica». Eso dice el hombre en la soledad. ¡Pero no ve que ha traicionado a los humanos, que éstos no pueden perdonarlo ni justificarlo! Ha carecido del valor suficiente para lanzar su verdad al mundo, y aún de derramarla con dulzura, suavemente, como un arroyo de vino generoso.

El triste espectáculo de la carencia de voluntad a cada instante se manifiesta. Sí. Toda acción noble nos seduce, todo acto de amor nos conmueve, y alabamos, alabamos... ¿Por qué solamente alabar? ¿No tenemos otra cosa que hacer? ¿Acaba todo en la alabanza? ... ¡Es que tenemos miedo, miedo de ser buenos, de ser perfectos, de ser grandes! ¡Porque estamos cansados de oír que la bondad es simpleza, la perfección inasequible y la grandeza locura! ¡Fantasmas! ¡nada más que fantasmas!... Podrá muy bien un hombre no ser perfecto, pero sí la humanidad formada por hombres buenos y grandes; así el aire que nos circunda, trecho a trecho, es incoloro y transparente, más la atmósfera toda es pura y azul, puro y azul el infinito espacio.

¿Qué nos detiene, entonces? ¿No es necia y vana esta negación que nos escuda? ¿Si probáramos avanzar! ¿Si alguna voz surgiera de lo hondo de nuestras almas — que allí en lo hondo reside el bien — y nos dijera: «Demos un paso; probemos a ser buenos un instante!» ¡Oh! ¡aunque fuera el más mínimo, el más mísero instante! La humanidad quedaría deslumbrada frente al paraíso terrestre, a ese paraíso tantas veces soñado y tan largamente anhelado.

Nada cuesta ser bueno; lo difícil no es evitar el peligro sino desembarazarnos de él cuando nos ha cogido. Bien dice Rousseau: «Y caemos al fin en el precipicio clamando a Dios: ¿Por qué me hiciste tan débil? Pero a pesar nuestro responde su voz en nuestras conciencias: Te he hecho harto débil para salir del abismo, porque te he hecho bastante fuerte para no caer en él». Pero el hombre no sabe, no quiere saber que es fuerte. Detenido en la red de los prejuicios milenarios, apartado de su sentimiento íntimo, se lanza en pos de falsos espejismos, de sombras luminosas, de cantos de sirenas pérfidas. Y esto es incontestable, ya que la Verdad se halla más cerca de la mentira del vulgo que de la verdad convencional.

Hay que mirar al fondo de nuestros corazones; únicamente ahí hallaremos ese secreto idealismo de que hablo, el idealismo de la bondad y del amor. Como a manera de un hilo sutilísimo que une a todos los hombres, así el santo idealismo nos une y nos identifica. Pero es necesario mostrarlo; ¡oh, si todos sacáramos a

luz ese delgado filamento, se transformaría de inmediato en un grueso y resistente cable! Ved sino cuando un hombre salva la vida a un semejante. ¿Qué lo mueve a ello? Es el hilo sutil que tira de su alma.

Sin embargo, comúnmente, sólo mostramos la cáscara del espíritu, esa envoltura negra y fría, como antifaz inmóvil, producto de la influencia del pensar colectivo. Y lo más triste, y lo más amargo, y lo más trágico, es el desconocimiento de la propia alma, la ceguera para sí mismo, — la condenación eterna, puede decirse —; hasta tal punto, en ciertos casos, el velo que la cubre es impenetrable. Nadie mejor que Rodó, apóstol de la juventud, podrá expresarse, refiriéndose a la funesta influencia colectiva: «¿Por qué llamas *tuyo* lo que siente y hace el espectro que hasta este instante usó de tu mente para pensar, de tu lengua para articular palabras, de tus miembros para agitarse en el mundo, cuyo autómatas es, cuyo dócil instrumento es, sin movimiento que no sea reflejo, sin palabra que no sea eco sumiso? ¿Ese no eres *tú*? ¿Ese que roba tu nombre no eres *tú*? ¿Ese no es sino una vana sombra que te esclaviza y te engaña, como aquella otra que, mientras duermes, usurpa el sitio de tu personalidad, e interviene en desatinadas ficciones, bajo la bóveda de tu frente!»

El día en que el hombre se libere de la conciencia que nubla su conciencia, del fantasma que amordaza sus sueños, del patrón que mide sus actos, ese día, el hombre, penetrando en la selva virgen de su alma, verá que no hay razas ni castas, que todos son iguales, iguales por su fondo de bondad y por el secreto anhelo de que todos muestren su bondad.

¿Llegará el día de la liberación? Nada hay que no sea susceptible de regenerarse. Las ideas que se suceden en el decurso de los siglos, cambiantes y aún opuestas, son prueba tangible de la evolución moral de la humanidad; pero notemos un hecho significativo: Todas las doctrinas filosóficas no bastan para mover las alas del sentimiento. Y mientras así sea, desde el instante mismo de su concepción, estarán destinadas al combate y a la derrota, llevarán en sí el germen de la disolución y de la muerte.

Es necesario, entonces, hablar al corazón; mas, para ello, primeramente habrá que desenterrarlo del cieno colectivo, desnudar cada corazón de hombre. ¡Ni un momento de espera, ni un minuto de indecisión para quien se crea capaz de despertar el secreto idealismo humano! «Determinate a ser virtuoso, empieza; diferir la mejora de la propia conducta, es imitar la simplicidad del viajero que, encontrando un río en su camino, aguarda que el agua haya

pasado; el río corre y correrá eternamente.» (1). Pero una fuerza hay en nuestras almas, casi desconocida e inapreciable, fuerza que no titubeo en calificar de divina y que se llama *voluntad*. ¿Sabemos, acaso, lo que puede esperarse de ella? La voluntad es omnipotente, afirma Kant. ¡Desaherrojémosla entonces de las cadenas, que la oprime, y lancémosla al mundo como huracán avasallante, como fantástico alud contra los mansos prejuicios, coartadores del libre pensar generoso!

Y cuando la esperanza se haga más robusta y la voluntad triunfe; cuando el secreto idealismo deje de serlo para resplandecer en todos los pechos; cuando se vea la miseria de los temores antiguos y la fealdad de los crímenes cometidos en nombre de absurdas ilusiones, los hombres, recordando a sus hermanos, los que vivieron y murieron en ceguera, exclamarán suspirosamente, como Dante: *lloraron, cuando pudieron estar alegres.*

(1) Horacio. Epíst. II. 1.40.

MAHATMA GANDHI

POR
ROMAIN ROLLAND

Traducción autorizada, hecha por
CARLOS AMÉRICO AMAYA

A la tierra de Gharín y de Serendubha, de los Imperios de un día y de los pensamientos eternos.

Al pueblo que desafía al tiempo.

A la India resucitada.

En el aniversario de la combinación de su Moola.

Marzo 18 de 1922.

El Alma Grande.

MAHATMA... (1)

El hombre que se ha hecho uno con el Ser de universo.

De ojos profundos y tranquilos; un hombre pequeño y débil, de cara delgada y de grandes orejas separadas; cubierto con un bonete blanco, viste una tela blanca, áspera, y anda descalzo; se alimenta con arroz, frutas, y no bebe más que agua; se acuesta sobre el piso, duerme poco, trabaja sin cesar, no contando para nada con su cuerpo. Nada se revela en él más que una *expresión de gran paciencia y de gran amor*. Pearson que lo vió en 1913, en Sud-Africa, pensó en Francisco de Asís. Es sencillo como un niño (2), dulce y cortés hasta con sus mismos adver-

(1) Es el sentido literal de este nombre que fué discernido a Gandhi por el pueblo de la India: *Mohi*, grande; *Atma*, alma. La palabra se origina en los Upanishads, y designa al Ser supremo, y por comunión de conocimiento y de amor, a aquellos que se unifican con él.

El es el Uno humano, el Creador de todo, el Mahatma, siempre alzado en el corazón de los pueblos, revelado por el corazón, por la intuición y por la inteligencia. Aquel que le conoce se vuelve inmortal.

Tagore visitando, en diciembre de 1912, el Ashram (retiro favorito de Gandhi), citó este bello verso, aplicándolo al apóstol.

(2) C. F. Andrews, agrega: "ríe como un niño, y a los niños adora".

sarios (8); posee una sinceridad inmaculada (4). Se juzga con tan escrupulosa modestia hasta el punto que parece dudar y decir: «Yo estoy equivocado»; no oculta nunca sus errores ni contrae jamás compromisos; carece de toda diplomacia y hasta huye del efecto oratorio o más bien dicho no piensa en él (5). Rechaza las manifestaciones populares que su persona provoca, y en ciertos días, este hombre endeble, corrió el riesgo de ser arrollado si su amigo Maulana Shaukat Ali, no le hubiese hecho reparo con su cuerpo atlético. Literalmente enfermo de la multitud que lo adora (6), y teniendo en el fondo, desconfianza en el número y aversión por la *Monocracy*, populacho cobarde, no se siente a gusto más que en la minoría y feliz sólo en la soledad escuchando la *still small voice* (la pequeña voz silenciosa), que manda (7).

He aquí al hombre que ha sublevado trescientos millones de hombres, estremecido el Imperio Británico e inaugurado en la política humana el más poderoso movimiento después de cerca de dos mil años.

*
**

Su verdadero nombre es Mohandas Koramchand Gandhi. Nació en un pequeño Estado semi-independiente al noroeste de la India, en Porbandar, *la villa blanca*, sobre el mar de Oman, el 2 de octubre de 1869. Raza ardiente, ayer agitada aún por las guerras civiles; raza práctica, tenía el sentido de los negocios e irradiaba por su comercio de Aden y Zanzíbar. Su abuelo y su padre fueron los dos primeros ministros del país, ambos cayeron desgraciados por su independencia, y se vieron obligados a huir por amenazas contra sus vidas.

Gandhi salió de un medio rico, inteligente, cultivado, pero no de la casta superior. Sus padres pertenecían a la escuela Jaïn

(3) «Pocos hombres pueden resistir el encanto de su personalidad. Sus más violentos adversarios se rinden ante su exquisita cortesía» (José J. Doke).

(4) «Todo alejamiento de la verdad, aún pasajera, le es intolerable» (C. F. Andrews).

(5) «No es un orador apasionado; se dirige sobre todo a la inteligencia; pero su tranquilidad permite al auditorio ver con absoluta claridad. Sus inflexiones de voz son poco variadas, aunque sí de una intensa sinceridad. Nunca agita los brazos, y hablando, mueve raramente un dedo. Su palabra luminosa, que se expresa por sentencias nerviosas, gana la convicción; no deja ningún punto antes de que sea bien comprendido» (José J. Doke).

(6) *Young India*, 2 de marzo de 1922 (Los datos citados al pie de las páginas de este estudio se refieren a los artículos de Gandhi publicados en el volumen *Young India*).

(7) *I-bid.*

del hinduismo, uno de cuyos grandes principios es el *Ahimsá* (8) que él debía afirmar victoriosamente en el mundo. Para los jaïnistas el amor más que la inteligencia es el camino que conduce a Dios.

El padre del Mahátmá no daba ninguna importancia al dinero, y dejó poco a los suyos, pues casi todo lo prodigó en caridades; la madre, severamente religiosa, era una Santa Elisabeth hindú: ayunaba, daba limosna y velaba a los enfermos.

Se leía regularmente el Râmâyana en la familia. Su primera educación fué confiada a un Brahman que le hizo repetir los textos de Vishnu (9); pero después se queja de no haber sido nunca un buen docto en sanscrito, motivo por el que tiene resentimientos con la educación inglesa que le hizo perder los tesoros de su lengua; no obstante es muy instruido en las Escrituras hindues aún cuando no lee a los Vedas y los Upanishads más que en las traducciones. (10).

Mientras estaba aún en la escuela pasó por una grave crisis religiosa. Por rebelión contra el hinduismo idólatra y degenerado, fué, creyó ser, durante algún tiempo, un ateo. Con sus amigos llegó en su impiedad hasta comer carne a escondidas, (el más horrible de los sacrilegios para un hindú), y estuvo a punto de morir de repugnancia y horror. (11)

Se casó siendo niño, (12) y fué, a los diecinueve años, a completar sus estudios en la escuela de Derecho de la Universidad de Londres. Su madre no consintió en dejarle partir sin antes hacerle formular los tres vetos jaïn que obligan a la abstención del vino, de la carne y de las relaciones sexuales. Llegó a Londres en septiembre de 1888. Después de los primeros meses de incertidumbre y decepciones—había malgastado vanamente tiempo y dinero para

(8) *A*: privativo; *Himsá*: causar daño; no injuriar a nadie; no violentar. Uno de los más antiguos principios de la religión hindú, particularmente afirmado por Mahávíra, fundador del jaïnismo, por Buda, así como los campeones del culto de Vishnu, que han tenido mucha influencia sobre Gandhi.

(9) Estudia hasta los siete años en la escuela elemental de Porbandar; luego en la escuela pública de Rajkot; después, diez años en la High School de Katyavar, y por último diecisiete años en la Universidad de Ahmedabar.

(10) Ha referido su infamia en un discurso familiar, en la conferencia de las clases intocables (parias) el 13 de abril de 1921.

(11) Refirió más tarde estos trances a José J. Doke; perdió el sueño y se creyó un homicida.

(12) Comprometido a los 7 años, se casó a los doce; pero después ha combatido los matrimonios de niños por ver en ellos una causa de ruina para la raza. Por otra parte manifiesta que una unión tal para la vida, comenzada antes que el carácter se haya formado, puede producir entre los esposos una maravillosa unidad de alma. Su propio matrimonio ha sido un ejemplo admirable. La señora Gandhi ha compartido todas las pruebas de su marido con una fidelidad y un coraje que no ha desmentido nunca.

llegar a ser, dice él, un caballero inglés — se resuelve a una vida estricta y a un trabajo severo.

Sus amigos le hicieron conocer la Biblia; pero aún no había llegado para él la hora de comprenderla; cansado de los primeros libros no pasó del Exodo. Por el contrario fué en Londres que descubrió la belleza de la Bhagavad Gítá, que lo embriagó. Ella era la luz que necesitaba el joven indio desterrado; ella le devolvió la fe y reconoció que « para él la salud solamente era posible por la religión hindú » (12).

En 1891 regresa a las Indias. Triste regreso. Su madre acababa de morir y se le había ocultado la noticia. Fué abogado en el Alto Tribunal de Bombay, y durante el tiempo que ejerció su profesión — pocos años después renunció a ella por juzgarla inmoral — se reservaba el derecho de abandonar una causa cuando la consideraba injusta.

Ya en esa época, ilustres personalidades indias, el Parsi Dadabhai y el profesor Gokhale poseídos de un religioso amor por la India, despertaban en él los presentimientos de su misión futura: « el Rey sin corona » de Bombay.

Gokhale era uno de los mejores hombres de Estado de su patria, y de los primeros restauradores de la educación; Dadabhai fué el fundador del nacionalismo indio, según el testimonio de Gandhi; (13) ambos, maestros de sabiduría y dulzura. Fué precisamente Dadabhai quien controlando el ardor juvenil de Gandhi, le da, en 1892, su primera lección práctica de *Ahimsá*, para la vida pública, esto es: la pasividad heroica, si es posible conciliar estas dos palabras, el empuje apasionado del alma que resiste al mal no por el mal sino por el amor. Ya volveremos sobre esta palabra mágica, sublime mensaje que la India dirige al mundo.

Es en 1893, cuando empieza la acción india de Gandhi; se divide en dos períodos: de 1893 a 1914, tiene por campo el África del Sud, y después se desarrolla en la India.

Que esta acción de veinte años en Sud-Africa no haya tenido más resonancia en Europa, es una prueba de la increíble estrechez de horizonte de nuestros hombres políticos, historiadores, pensadores y hombres de fe, pues es una epopeya del alma sin igual en

(12) Discurso del 13 de abril de 1921.

(13) Estos precursores, cuya osadía política ha sido sobrepasada, han sufrido la ingratitud y el olvido de las nuevas generaciones; pero Gandhi les ha permanecido fiel particularmente a Gokhale, a quien lo ligaba un piadoso afecto. En diversas circunstancias ha impuesto su nombre y el de Dadabhai a la veneración de la joven India (ver *Hind Swaraj*, la carta a los Parsis, del 23 de marzo de 1923, y la *Profesión de fe*, del 13 de julio de 1921).



nuestra época, no solamente por la pujanza y la constancia del sacrificio sino por su victoria final.

En 1890-91, se encontraban instalados en África del Sud, principalmente en Natal, 150.000 indios. La afluencia de este pueblo extranjero provocó en la población blanca una xenofobia que el Gobierno se encargó de interpretar por medidas de ostracismo; quiso impedir la inmigración de los asiáticos y obligar a partir a aquellos que estaban establecidos en el país. Las persecuciones sistemáticas hicieron la vida intolerable: impuestos abrumadores, obligaciones humillantes de la policía, ultrajes públicos, y sobre todo linchajes, pillajes y destrucciones, todo esto bajo la égida de la civilización blanca.

En 1893, Gandhi llegó a Sud-Africa llamado desde Pretoria para defender una causa importante. Ignoraba por completo la situación de los indios en África. Desde sus primeros pasos en Natal, pero sobre todo en el Transvaal holandés, tuvo experiencias crueles. Este hindú de alta alcurnia que había sido siempre bien tratado en Inglaterra, y que hasta entonces consideraba a los europeos como sus amigos, se encuentra chocado por las más groseras afrentas, echado de la puerta de los hoteles y de los trenes, insultado, abofeteado y arrojado a puntapie. Hubiera vuelto inmediatamente hacia India, a no mediar un contrato que lo ligaba por doce meses a sus clientes. Durante estos doce meses aprendió a dominarse a sí mismo. El plazo había vencido, y tenía prisa en partir cuando supo que el Gobierno preparaba un proyecto de ley por el que arrebatava a los indios sus últimas franquicias. Los indios de África estaban sin fuerzas para luchar, sin voluntad, desorganizados y desmoralizados. Necesitaban un jefe, un alma. Gandhi se sacrifica y se queda. Es entonces cuando se abre la lucha épica de una conciencia contra la fuerza del Estado, y la masa brutal.

Siendo abogado todavía en esta época, comienza por demostrar, jurídicamente, la ilegalidad del Acta de exclusión asiática, y contra la más virulenta oposición gana su causa en derecho, sino en el hecho, ante la opinión de Natal y Londres.

Hizo firmar enormes peticiones; promovió el Congreso indio de Natal, y formó una Asociación de educación india; poco tiempo después fundó el diario, *Indián Opinion*, publicado en inglés y en tres lenguas indias. Después, queriendo asegurar a sus compatriotas un régimen honorable en África, y a fin de defenderlos mejor, se hizo igual ellos. Tenía en Johannesburg una clientela lucrativa (1)

(1) Gana, dice Gokhale, de 5 a 6.000 libras por año: desde ahora vive con tres libras por mes.

que abandonó para unirse, como Francisco, a la Pobreza. Con los indios miserables y perseguidos hizo vida común, compartiendo con ellos sus penurias, que santificó, pues se impone la ley de no resistencia.

Creó en 1904, en Phoenix, cerca de Durban, una colonia agrícola, de acuerdo a los planes de Tolstoy, que admiraba (15). Reune a los indios, les provee de tierras y les hace formular el voto solemne de pobreza, encargándose él mismo de las tareas más serviles.

Allá, durante años, este pueblo silencioso resiste al Gobierno; se ha retirado de las ciudades, y la vida industrial del país quedó paralizada. Esta es una huelga religiosa contra la cual toda violencia se estrella como aquella de la Roma imperial contra los primeros cristianos; pero muy pocos cristianos hubieran llevado la doctrina del perdón y del amor hasta el punto de acudir, como Gandhi, en socorro de sus perseguidores amenazados.

Cada vez que el Estado de Sud-Africa se encuentra expuesto a serios peligros, Gandhi suspende la no-participación de los indios en los servicios públicos, y ofrece inmediatamente su ayuda. Durante la guerra de los Boers, en 1899, formó una Cruz Roja india, que fué citada con elogios, dos veces, en la orden del día, por su bravura bajo el fuego.

En 1904, se declaró una peste en Johannesburg, y Gandhi organizó un hospital. En 1906, los indígenas se sublevaron en Natal, y Gandhi tomó parte en la guerra, a la cabeza de un cuerpo de angarilleros, acción que el Gobierno de Natal le agradece públicamente. Sin embargo estos servicios caballerescos no aminoran el furor xenóforo. Puesto en prisión en diversas ocasiones (15a) (poco después no más del agradecimiento oficial por la guerra de Natal); condenado a reclusión y trabajos forzados, apaleado por el populacho furioso (15b) fué dejado por muerto una vez. Gandhi conoce

(15) *The Golden Number of Indian Opinion*, publicado en Phoenix en 1911 reprodujo una larga carta de Tolstoy a Gandhi, escrita el 7 de septiembre de 1900, poco antes de su muerte. Tolstoy había leído el *Indian Opinion*, y se alegraba de lo que había aprendido de las no-resistencias indias. El anima al movimiento, y dijo que "la no-resistencia es la ley del amor es decir, la aspiración a la comunión de las almas humanas"; es la ley promulgada por Cristo y los sabios del mundo entero.

Nuestro amigo Pablo Brudoff ha encontrado en el Archivo Tolstoy, en Moscú, otras cartas de Tolstoy a Gandhi, que publicará con una colección de cartas de Tolstoy a los Asiáticos, bajo el título general: *Tolstoy et l'Orient*.

(15a) El mismo ha referido con tranquila sencillez, sus experiencias de prisión, en un curioso artículo reproducido en el Volumen: *Speeches and writings of M. K. Gandhi*, Natesan, Madras, páginas 152-175.

(15b) Por sus propios comunistas, en 1907 tuvo que sufrir a la vez la violencia de los opresores y de los oprimidos; a estos la moderación de Gandhi les era sospechosa, y por otra parte el Gobierno hacia cuanto podía para comprometerle.

todos los sufrimientos y todas las humillaciones. Nada altera su fe que se acrecienta con la prueba. Es en 1908, cuando escribe, en repuesta a la escuela de la violencia en Africa del Sud, su famoso librito: *Hind Sarāj (Home Rule Indien)*: el Evangelio del amor heroico (16).

La lucha se mantuvo durante veinte años, llegando a su máximo de acritud entre 1907 y 1914.

El Gobierno de Sud-Africa había hecho sancionar apresuradamente una nueva Acta asiática, malgrado la oposición de los ingleses ilustrados. Entonces Gandhi organizó la no-resistencia en toda su amplitud.

En septiembre de 1916, en Johannesburg, fué prestado solemnemente, por los indios reunidos, el juramento de «Resistencia Pasiva». Todos los asiáticos de toda raza, casta y religión, ricos y pobres, aportaron la misma abnegación; en los chinos Africa se unieron estrechamente a los indios. Se les aprisionó por millares, y a falta de prisiones bastantes, grandes se les encerraba en las minas; pero la prisión parecía ejercer un atractivo sobre ellos. El general Smuts que los perseguía les había dado el nombre de: *Conscientious Objectors*. Gandhi fué encarcelado tres veces (17). Hubo muertos y mártires. El movimiento crece. En 1913, se extiende del Transvaal a Natal. Las huelgas formidables, los mítines apasionados, y una marcha en masa de los indios a través del Transvaal sobreexcitan la opinión en Africa y Asia; la indignación gana a la India y el virrey Lord Harding, se hizo el mismo en Madras, el intérprete ruidoso.

La indomable tenacidad y la magia del *ahimsa grande*, obraban: la fuerza dobla las rodillas ante la heroica dulzura (18). El más encarnizado contra la causa india, el general Smuts, que en 1909 declaraba que no borraría jamás del Libro de los Estatutos una maldita injuriosa para los indios, se confesó, cinco años después, feliz de hacerlas desaparecer (19). Una comisión imperial dá razón a Gandhi sobre casi todos los puntos. En 1914 un acta suprime el impuesto de tres libras y acuerda la libertad de residencia en Natal a todos los indios que quisieran quedarse como trabajadores libres. Después de veinte años de sacrificios, la no-resistencia había vencido.

(16) Ya volveremos sobre esto más adelante.

(17) José J. Dake, cuyas conversaciones con Gandhi en el Transvaal, son tan reveladoras, termina su libro en octubre de 1908, bajo la visión de Gandhi en traje de presidiario conducido al fuerte de Johannesburg, y puesto en un calabozo con muchos criminales chinos, de delito común.

(18) La intervención de dos nobles ingleses: C. F. Andrews, y W. W. Pearson, secunda eficazmente los esfuerzos de Gandhi.

(18) Gandhi refiere el hecho en un artículo del 12 de mayo de 1920.

Gandhi regresa a la India con el prestigio de un jefe. El movimiento de independencia nacional se anunciaba después del comienzo del siglo. Unos treinta años antes el Congreso Nacional Indio había sido fundado por algunos ingleses inteligentes, entre ellos: A. O. Hume y William Wedderburn, liberales victorianos, quienes por largo tiempo lo mantuvieron con un carácter lealista, tratando de conciliar los intereses de la India con la soberanía inglesa.

La victoria del Japón sobre Rusia, despertó el orgullo asiático, y las provocaciones de Lord Curzon, hirieron a los patriotas indios. En el seno del Congreso se formó un partido extremista, cuyo nacionalismo agresivo encontró eco en el país. Sin embargo, el viejo partido constitucional quedó, hasta la guerra mundial, bajo la influencia de J. K. Gokhale, sinceramente patriota, pero fiel a Inglaterra. El sentimiento que desde entonces penetraba esta Asamblea de los representantes de la India, los encaminaba a todos hacia la reivindicación del Home Rule (Swaraj), sobre cuyo sentido no todos estaban de acuerdo; estos se arreglaban a la cooperación inglesa; aquellos querían expulsar de la India a los europeos; unos tomaban por modelo al Canadá y Africa del Sud, otros al Japón. Gandhi aportó su solución menos política que religiosa, más radical en el fondo que todos los otros: (*Hind Swaraj*).

Le faltaba para adaptarla a la realidad práctica, un conocimiento exacto del medio, pues aunque su larga misión en Sud-Africa le había servido de experiencia prodigiosa del alma hindú como así del arma irresistible de la *Ahimsá*, hacía veintitrés años que estaba alejado del país. En esta circunstancia se recoge y observa (19).

Estaba entonces muy lejos de soñar siquiera en la rebelión contra el Imperio, que cuando estalló la guerra en 1914, se fué a Inglaterra a organizar cuerpos de ambulancias. Creía honestamente, escribe en 1921, que era ciudadano del imperio. Más de una vez se lo recuerda en sus cartas de 1920, a todos los ingleses de la India: « Queridos amigos: ningún inglés ha cooperado al Imperio más esforzadamente que yo durante veintinueve años de actividad pública. He puesto cuatro veces en peligro mi vida por Inglaterra. Hasta en 1919, yo he hablado por la cooperación con una convicción sincera. No era el solo. La India entera se había dejado sorprender en 1914, por el idealismo hipócrita de la guerra del Dere-

(19) Su amado maestro Gokhale, que acababa de morir, le había hecho formular la promesa de que no intervendría en la política activa antes de haber dado, por lo menos durante un año, una vuelta a través de la India, y visto de cerca al pueblo con el que había perdido contacto.

cho. Solicitando su concurso el Gobierno inglés había hecho resplandecer a sus ojos grandes esperanzas. El Home Rule tan deseado era presentado como una de las fichas de la guerra. En agosto de 1917, el inteligente Secretario de Estado de la India, E. S. Montagu, prometió a la India un gobierno responsable; una consulta de la India tuvo lugar y en julio de 1918, el virrey Lord Chelmsford, firmó con Montagu, un informe oficial sobre la reforma constitucional.

El peligro era grande para los ejércitos aliados en los primeros meses de 1918; el 2 de Abril Lloyd George dirigió un llamado al pueblo de la India, mientras que la Conferencia de guerra reunida en Delhi a fin del mismo mes, debía entender que la independencia de la India estaba próxima. La India respondió en masa y Gandhi, una vez más, prestó a Inglaterra la ayuda de su lealtad, 985.000 hombres suministró la India e hizo sacrificios enormes, esperando confiada la recompensa de su fidelidad.

El despertar fué terrible. Hacia fin del año el peligro había desaparecido, olvidándose los servicios prestados. Concluido el armisticio, el Gobierno ni siquiera se tomó el trabajo de fingirlo. Muy lejos de acordar libertades a la India, suspendió por el contrario aquellas que existían. Los Bills Rowlatt, presentados al Consejo Imperial Legislativo de Delhi, en febrero de 1919, demostraron una injuriosa desconfianza hacia el país que venía de dar tanta prueba de su lealtad. Ellos perpetuaron las disposiciones del Acta de Defensa de la India durante la guerra, restableciendo la policía secreta, la censura, y todos los desasosiegos tiránicos de un verdadero estado de sitio. Esto causó en la India desilusionada un sobresalto de ira. La rebelión comienza (20) y Gandhi la organizaba. El se había empapado, durante los años precedentes, en las reformas sociales, ocupándose sobre todo en mejorar las condiciones de los trabajadores agrícolas, y sin advertirse, había hecho, en las agitaciones agrarias de 1918, en Kaira, en el Gujerat en Champaran y en el Behar, un ensayo victorioso del arma formidable que después iba a emplear en las luchas nacionales. Esta arma es la no resistencia apasionada, que le es propia, y que estudiaremos más adelante bajo el nombre de *Satyagraha*, que él le dió.

Hasta 1919, Gandhi quedó como en segundo plano y un poco al margen del movimiento nacional indio, cuyos elementos avanzados reunidos en 1916 por Mr. Annie Besant (que luego no más quedó atrás) reconocieron y mantuvieron por jefe al hindú Lokamanya

(20) Los actos del movimiento *Satyagraha*, datan del 25 febrero de 1919.

Bal Gangadhar Tilak, hombre de una rara energía, que unía en un solo haz de hierro, la triple grandeza de la inteligencia, de la voluntad y del carácter; cerebro más vasto que el de Gandhi, más solidamente nutrido de la vieja cultura asiática, sabio, matemático, erudito, habiendo sacrificado todas las exigencias de su genio al servicio de su patria, y renunciando como Gandhi a toda ambición personal, solo esperaba la victoria de su causa para retirarse de la escena y volver a su labor científica. El fué mientras vivió, el jefe incontrastable de la India.

¿Qué hubiera pasado si una muerte prematura no lo hubiera arrebatado en agosto de 1920? Gandhi que se inclinaba ante la soberanía de su genio, difería profundamente de su método político; y sin duda, vivo Tilak, no hubiera tenido más que la dirección en cierto sentido religiosa del movimiento. ¡Cuál no hubiera sido el empuje de los pueblos de la India bajo esa doble dirección! Nadie habría podido resistirlo, pues Tilak poseía el dominio de la acción como Gandhi de las fuerzas interiores. La suerte ha decidido de otro modo; es de sentirlo por la India y por Gandhi mismo. El papel de jefe de la minoría, de la élite moral, hubiese correspondido mejor a su naturaleza y secretos deseos. Con gusto hubiera dejado a Tilak la dirección de la mayoría en la que él no tuvo nunca fe. Esta fe Tilak la poseía. Este matemático de la acción creía en el número, era demócrata nato; era también resueltamente político, sin miramientos para con las exigencias de la religión. Decía que «la política no era para los *Sidhus*» (los Santos, los hombres piadosos). Este sabio hubiese sacrificado, lo decía él, la verdad a la libertad de su país. Hombre íntegro como era, cuya vida fué de una pureza sin tacha, no vacilaba en decir que todo era lícito en política. Puede creerse que entre una tal personalidad y aquella de los dictadores de Moscú hubiese sido posible relaciones de pensamiento. Pero el pensamiento de Gandhi es irreductible (21).

Las discusiones entre Tilak y Gandhi, no han hecho más que afirmar su profunda estima mutua al establecer la oposición de sus métodos, esto es, los imperativos que dominan su existencia, ya que en hombres tan absolutamente sinceros, las formas de la acción están calcadas en las del pensamiento. En oposición a Tilak, Gandhi proclama que obligado a elegir, sacrificaría la libertad a la verdad, y que a pesar del amor religioso que siente por su país, pone su religión más alta todavía.

«Me he casado en la India a la que le debo todo. Yo creo que ella tiene una misión: si ella falta será para mí la hora de la prueba y yo espe-

(21) Se pronuncia netamente contra el Bolcheviquismo. (24 noviembre 1921).

ro que no fallaré. Mi religión no tiene límites geográficos; si mi fe vive excederá mi amor por la India misma» (22).

Grandes palabras que dan todo su sentido humano a la lucha que entramos a describir ahora; pues ella hace del apóstol de la India el apóstol del mundo, el conciudadano de todos (23). Es por todos nosotros que se libra el combate empeñado hace cuatro años por el Mahâtmâ.

* * *

Es preciso observar que en ese mismo momento que toma la dirección del movimiento de rebelión contra el Acta Rowlatt, lo hace «para desviar al movimiento de la violencia» (24); pues de todas formas la rebelión avanza, y es necesario guiarla.

A fin de comprender mejor lo que sigue, conviene recordar que el pensamiento de Gandhi se resuelve en dos fases: sus sentimientos religiosos que son considerables, y la acción social que construye sobre estas bases invisibles, adaptándola a las posibilidades actuales y a los deseos del país. Religioso por naturaleza, es político solo por necesidad. A medida que el empuje de los acontecimientos y la desaparición de los otros jefes de la nación le obligan a asumir la carga de gobernar el navío en la tempestad, el carácter político y práctico de su acción se afirma. Pero lo esencial del edificio es siempre la cripta; ella es vasta y profunda, hecha para sostener una catedral muy distinta de aquella que es preciso edificar apresuradamente; aquello es únicamente lo durable, pues el resto es provisorio, destinado al uso de los años de transición. Importa conocer, pues, esa iglesia subterránea en la que el pensamiento de Gandhi tiene sus bases sólidas. Es allí donde se retira cada día a fin de recuperar, desde lo alto, las fuerzas para la acción.

Gandhi cree con fervor en la religión de su pueblo, el hinduismo, pero no como erudito apegado a los textos y menos como devoto sin crítica que acepte ciegamente toda tradición, sino que su religión tiene el doble control de su conciencia y su razón.

«Yo no haré un fetiche de la religión, y no excuso cualquier mal que se haga en su nombre sagrado (25). No deseo atraerme ningún ser sino consigo apelar a su razón; llevo hasta rechazar la divinidad de los más antiguos *Shâstras*, si ellos no convencen mi razón (26).»

(22) 11 de octubre 1920. Gandhi, aquí, se opone a «la doctrina de la Espada.»

(23) «La humanidad es una. Hay diferentes razas; pero cuanto más superior es, más deberes tiene». (*Ethical Religion*).

(24) 5 de noviembre 1919.

(25) 27 de octubre 1920.

(26) Julio 1920.—«Mi creencia no exige que considere todos los veros como divinamente inspirados... Yo rehuso a estar ligado por ninguna interpretación, por sabia que ella sea, si repugna a la razón y al sentido moral...» (6 octubre 1921).

Por otra parte, y esto es esencial, no reconoce ni permite en el Hinduismo ningún exclusivismo:

«Yo no creo en la divinidad exclusiva de los Vedas; creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta están también divinamente inspirados como los Vedas. El Hinduismo no es una religión misionera: en él hay lugar para la adoración de todos los profetas del mundo. El dice a cada uno que debe adorar a Dios según su propia fe o *Dharma*, y así vive en paz con todas las religiones (27).»

No deja de ver los errores o los vicios que se han introducidos en el Hinduismo, en el curso de los siglos. El los señala, pero . . .

«Yo no puedo describir mejor mi sentimiento por el Hinduismo, que por aquel que tengo para mi propia mujer. Ella me conmueve como ninguna otra puede hacerlo — y no porque carezca de faltas, que casi diría tiene muchas más de las que yo veo — sino que el sentimiento me ha ligado indisolublemente a ella, del mismo modo que al Hinduismo, con todos sus defectos y limitaciones. Nada me transporta tanto como la música de la Gítá y del Rámáyana, los dos únicos libros del Hinduismo que puedo pretender conocer . . . sé los vicios actuales que manchan los grandes santuarios hindúes, pero yo lo amo así, a pesar de todo. Reformador hasta el extremo, no rechazo, sin embargo, ninguna de las creencias esenciales del Hinduismo (28).»

¿Cuales son, pues, esas verdades esenciales a las que presta su adhesión? Las enumera expresamente en un artículo del 6 de octubre de 1921, que es su *Credo* público:

• (1). Creo en los Vedas, en los Upanishads, en los Puranas, y en todo lo que está comprendido bajo el nombre de Escrituras hindúes, y por consiguiente creo en los Avatárs y en los renacimientos;

• (2). Creo en el *Varuáshrama Dharma* (29), (disciplina de las castas), pero en sentido estrictamente védico y no actual, popular y grosero;

• (3). Creo en la protección de la vaca, en un sentido mucho más amplio que el sentido popular;

• (4). No desapruébo el culto de los ídolos.»

Todo europeo que se detenga en la lectura de estas páginas del *Credo*, juzgará que la mentalidad que se expresa es tan diferente de la nuestra, tan estrictamente encerrada en un cuerpo de doctrinas religiosas y sociales, lejanas en el tiempo y en el espacio, sin medida común con nuestra inteligencia, que le resultará vano proseguir. Que continúe sin embargo, que ya encontrará algunas líneas más abajo, algo que le será muy familiar:

(27) *Ibid.* — «Todas las religiones son diversas rutas que convergen hacia el mismo punto.» (*Hind Swaraj*). «Todas las religiones están fundadas sobre las mismas leyes morales. Mi religión ética está hecha de las leyes que ligan a todos los hombres del mundo.» (*Ethical Religion*).

(28) 6 octubre 1921.

(29) Etimológicamente: *Varna*: color, clase o casta; *ashrama*: lugar de disciplina. La sociedad está representada como una disciplina de clases; este es el fundamento del Hinduismo.

«Yo creo en el aforismo hindú, que nadie que conozca verdaderamente los Shástras, no haya alcanzado la perfección en la Inocencia (*Ahimsá*), en la Verdad (*Satya*), en el dominio de sí (*Brahmacharya*), y que no haya renunciado a toda adquisición y posesión de riquezas.»

—Aquí la palabra del hindú se acerca a la del Evangelio, y Gandhi tenía conciencia de este parentesco. Su *Ethical Religion*, se termina con una cita de Cristo (30).

En 1920, un pastor inglés le preguntó de qué libros había recibido más fuerte influencia, a lo que respondió en seguida: del *Nuevo Testamento* (31). Mucho más, según su propia confesión (32) debió, en 1893, al Sermón de la Montaña, la revelación de la Resistencia pasiva. Su interlector le preguntó sorprendido:

«—¿No la había tenido antes por la lectura de los libros hindúes?»

—No, insiste Gandhi; conocía y admiraba antes la Bhagavad Gítá, pero fué el Nuevo Testamento quien me despertó el valor de la resistencia pasiva. Desbordé de alegría al leerlo. La Bhagavad Gítá fortifica esta impresión; y *El Reyno de Dios está en nosotros*, de Tolstoy, le dió una forma durable (33).»

En efecto, no hay que olvidar que este creyente asiático está



MAHATMA GANDHI

(30) «Buscad el reino de Dios y de la Justicia, que el resto os será dado por añadidura.»

(31) *Young India*, 25 de febrero 1920.

(32) A José J. Doko, en 1908.

(33) Dijo otra vez, a José J. Doko:

«Dios se ha encarnado bajo diversas formas a través de las edades. En la Gítá, Krishna dijo: *Cuando la religión que en decadencia, cuando la irreligión prevalece, entonces yo me manifiesto, por la protección del bien, por la destrucción del mal; por la forma establecida del Dharma, renacio de nuevo y siempre.*»

«El cristianismo forma parte de mi teología. El Cristo es una resplandeciente revelación de Dios; pero no la revelación única. Yo no lo veo sobre un trono solitario.»

nutrido de Tolstoy (34); que ha traducido a Ruskin (35) y Platon; (36), que se apoya en Thoreau, admira a Mazzini, lee a Edward Carpenter, y que su pensamiento está impregnado de aquellas inteligencias de Europa y de América. No hay razón para que un europeo encuentre extraño su pensamiento, si se toma el trabajo de aproximarse a él; reconocerá entonces el sentido profundo de esos artículos del *Credo*, cuya letra le asombran. Dos de ellos sobre todo parecen establecer una barrera infranqueable entre el espíritu religioso de la India y el de Europa: el culto de la vaca y el sistema de las castas (37). Pero veamos lo que ellos significan para Gandhi, aunque verdad es que para él estos artículos no son secundarios en el conjunto de la doctrina.

La protección de la vaca es la característica del Hinduísmo, en la que Gandhi ve una de las afirmaciones más altas de la evolución humana. ¿Porque? Porque ella es un símbolo de *todo el mundo sobrehumano*, con el cual el hombre realiza un pacto de alianza; ella significa «la fraternidad del hombre con la bestia», y según su bella expresión, «ella transporta al sér humano más allá de los límites de su especie, realizando la identidad del hombre con todo lo que vive». Si la vaca ha sido escogida preferentemente entre los otros animales, es porque ella es en la India la mejor compañera, la fuente de abundancia; Gandhi ve en «ese dulce animal un poema de piedad.» Pero el culto que le rinde no tiene nada de idólatrico, pues nadie no condena más severamente el fetichismo sin bondad del pueblo de la India, que no observa más que la letra sin practicar el espíritu de compasión «para con las mudas criaturas de Dios.» Una vez que se ha comprendido—(y comprendido mejor que el *poverello* de Asis!)—no puede asombrarse de la importancia que Gandhi le da.

(34) El folleto: *Hind Swaraj*, contiene, al final, una lista redactada por Gandhi, de seis obras de Tolstoy, que aconseja leer (principalmente: *El Reino de Dios está en vosotros. ¿Que es el Arte? Que hacer?*)—Le habla a José J. Dake, de la profunda influencia que Tolstoy ha ejercido sobre él; pero agrega que no le sigue en sus ideas políticas. A una pregunta que se le formuló en 1921: «¿En que relaciones está V. con el Conde Tolstoy?», respondió en *Young India* (25 octubre 1921): «en la de un devoto admirador que le debe mucho, en la vida».

(35) De Ruskin amaba sobre todo el libro: *Crown of Wild Olive* (La corona de olivos salvaje).

(36) *La Apología y la muerte de Sócrates*, traducida por Gandhi fué uno de los libros prohibidos por el Gobierno de la India, en 1919.

(37) No hay porqué detenerse en el culto de los ídolos «Yo no tengo veneración por ellos, escribe Gandhi, pero esto forma parte de la naturaleza humana.» La considera como una necesidad, respetable, inherente a la fragilidad del espíritu humano que a veces tiene necesidad de materializar su creencia, para adorar mejor. No es nada más, pues, que lo que nosotros vemos en todas nuestras iglesias católicas.

No oculta decir que la protección de la vaca según el sentido que él le atribuye, «es el don del Hinduísmo en el mundo»; pues al precepto del Evangelio: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*, agrega: *Todo lo que vive es tu prójimo* (38). El sistema de las castas puede ser más difícil de aceptar todavía por una inteligencia de Europa—al menos de la Europa de hoy, pues sabe Dios lo que nos reserva el porvenir de una evolución que no es más democrática que de nombre!—No me halaga ni deseo tampoco hacer aceptar, por mi exposición, las explicaciones de Gandhi; pero ellas establecen netamente que ningún pensamiento de orgullo y supremacía social inspira esta creencia, que solo establece el pensamiento del deber en el rango que le está asignado a cada uno.

«Todo me conduce a creer, dice Gandhi, que la ley de la herencia es eterna y que toda tentativa para cambiarla conduce a una absoluta confusión... El *Varnashrama* es inherente a la naturaleza humana, y el Hinduísmo simplemente lo ha reducido a ciencia.»

Pero él limita las castas a cuatro solamente: Brahmanes (clase intelectual y espiritual); Kshattriyas (militar y gubernamental); Vaishyas (comercial) y Shudras (trabajo y servicio manual). Entre ellas no admite ninguna relación de superioridad o inferioridad; manifiestan solo las vocaciones diferentes, nada más; sus deberes, nada de privilegios (39).

«Está contra el genio del hinduismo en cuanto un hombre se asigna un rango más alto, y a otros uno más bajo. Todos han nacido para servir la creación de Dios; el Brahman por su saber, el Kshattriya por su fuerza protectora, el Vaishya por su habilidad comercial y el Shudra por su trabajo corporal. No significa decir con esto que un Brahman esté inhibido del trabajo corporal sinó que está mejor hecho para el saber; ni que un Shudra no pueda adquirir saber, sinó que servirá mejor con su cuerpo, de tal suerte que nadie debe envidiar las funciones de los otros. Un Brahman que por su saber pretendiera la superioridad, sería, por este hecho, depuesto de su rango, y carecería de verdadero saber... El *Varnashrama* tiene por razón de ser, la economía de la energía social (su buena distribución), y la sana obligación ejercida sobre sí por la voluntad...»

Está, pues, basado en la «abnegación» y no sobre el privilegio. No olvidemos tampoco que en la creencia de la trasmigración, la naturaleza restablece el equilibrio en el curso de las existencias sucesivas, haciendo de un Brahman un Shudra y vice versa.

La cuestión de los parias no tiene ninguna relación con aquellas cuatro castas diferentes pero iguales. Ya veremos con que pa-

(38) Sobre el culto de la vaca, ver en *Young India*, los artículos del 16 de marzo, 8 y 29 de junio y 4 de agosto 1920; 18 de marzo y 6 de octubre 1921. Sobre las castas, 8 de diciembre 1920 y 6 de octubre 1921.

(39) Cuando en el curso de las edades las clases primitivas se peñifican en castas orgullosas, los Upanishads elevan su protesta.

sión ardiente Gandhi no cesa de combatir esta iniquidad social; y esta es una de las partes más emocionantes de su apostolado. Para él es una vergüenza del Hinduísmo, una mancha, la deformación abyecta de la verdadera doctrina, y por esto sufre de una manera intolerable:

«Mejor querría ser hecho pedazos— escribe— que no reconocer a mis hermanos de clases rechazados . . . Yo no deseo renacer, pero si renazco desearía hacerlo entre los intocables a fin de participar de sus afrentas y trabajar por su liberación (10)»

Adoptó una pequeña intocable, y habla con ternura de ese encantador diablillo de siete años que hacía en su casa la lluvia y el buen tiempo.

Ya he dicho lo suficiente para mostrar a través del *Credo hindú*, el gran corazón evangélico: Un Tolstoy más tierno, menos apasionado, casi diría, más naturalmente «cristiano» en sentido universal, pues Tolstoy lo era menos por naturaleza que por voluntad.

Donde la semejanza de estos dos hombres se acusa, o donde acaso la influencia de Tolstoy se manifiesta en forma más real, es en la condenación que Gandhi lleva contra la civilización europea.

Después de Rousseau, el proceso de la civilización no ha cesado de ser hecho por los espíritus más libres de Europa, y el Asia despertada no tenía más que extraer de sus páginas de dolencias, el alegato formidable contra sus invasores. Gandhi no faltó, y en el *Hind Swaraj* ha señalado y enumerado una lista de esos libros acusadores, entre los cuales buen número han sido escritos por los ingleses. Pero el libro sin réplica es el que la civilización de Europa ha escrito ella misma en la sangre de las razas oprimidas, despojadas y manchadas en nombre de principios falsos, y que sobre todo ha sido la revelación brillante de la mentira, de esa avidez y ferocidad revelada impudicamente a los ojos del mundo por la última guerra denominada de civilización. Tal fué la inconciencia de Europa que invitó a los pueblos de Asia y Africa, para ver su propia desnudez. Ellos la han visto y juzgado.

«La última guerra ha mostrado la naturaleza satánica (11) de la civilización que domina a la Europa de hoy. Todas las leyes de la moralidad pública han sido violadas por los vencedores, en nombre de la virtud; ninguna mentira por innoble que fuese ha dejado de ser utilizada. Detrás de todos los crímenes, el motivo es exclusivamente material . . . Europa no es cristiana, ella adora a Mammon. (12)»

(10) 27 de abril 1921.

(11) Este es un término que frecuentemente acude a la pluma de Gandhi. La intocabilidad (creencia en los parias) es una invención de Satán. (19 junio 1921).

(12) 8 de septiembre 1920

Encontraréis pensamientos semejantes expresados veinte veces desde hace cinco años, en las Indias y el Japón; y aún en aquellos demasiados prudentes para anunciar en alta voz esta convicción, está inscripta ahora en su pensamiento. Este no es el resultado menos ruinoso de la victoria a lo Pirro, de 1918. Gandhi no había esperado el año 1914, para ver la verdadera faz de la civilización, pues ella se le había mostrado desnuda, durante los veinte años que estuvo en Sud-Africa. Y en 1908, en su *Hind Swaraj* denunciaba como «el gran vicio», la «civilización moderna». La civilización— dice Gandhi— es solamente de nombre. Según una expresión del hinduismo, es «la edad negra, la edad de las tinieblas» ella hace del bien material el único objetivo de la vida; enloquece a los europeos, los hace esclavos del dinero, y los vuelve incapaces de paz y de vida interior; es un infierno para los débiles y para las clases trabajadoras; ella mina la vitalidad de las razas. Esta civilización satánica se destruirá ella misma. El verdadero enemigo de la India, es ella, mucho más que los ingleses misms que individualmente no son malos, aunque sí enfermos de su civilización. Así es como Gandhi combate a aquellos de sus compatriotas que querrian expulsar a los ingleses para hacer de la India un Estado «civilizado» a la manera europea. Esa sería— dice él— la naturaleza del Tigre sin el Tigre. No, el grande, «el solo esfuerzo requerido es expulsar la civilización de occidente».

Es contra tres clases de hombres que Gandhi, se expresa con una aspereza particular, y son: los magistrados, los médicos y los profesores. La inclusión de estos últimos se explica, pues ellos han hecho olvidar a los indios su propia lengua y su propio pensamiento, infundiendo en el niño una degradación nacional. Por otra parte no se han dirigido más que a la inteligencia, ignorando el corazón, y descuidando el carácter. En fin, desprecian el trabajo manual, siendo un verdadero crimen una educación puramente literaria en un pueblo donde el 80 % son agricultores y 10 % industriales. La profesión de magistrado es inmoral; los tribunales en la India son un instrumento del poder británico, que atizan las discusiones entre los indios, y de una manera general entretienen y multiplican en todo el país las discusiones y las querellas. Es una explotación groseramente lucrativa, de malos instintos.

En cuanto a los médicos, Gandhi confiesa que en otro tiempo fué atraído por esa profesión; pero bien pronto reconoció que no era honorable. La medicina de occidente se ocupa únicamente de aliviar los males del cuerpo, pero nunca en extirpar los males que son en gran parte los vicios; más todavía puede decirse que los cultiva, proporcionando a los viciosos los medios de gozar con

menos riesgos. Ella contribuye, pues, a desmoralizar un pueblo, afeminándolo con sus recetas de «magia negra» (43), que lo apartan de una disciplina heroica del cuerpo y del espíritu. A esta falsa medicina de occidente que Gandhi ha combatido a menudo con excesiva violencia, opone la verdadera medicina preventiva a la que ha consagrado uno de sus pequeños tratados populares: *A Guide to Health (La Guía de la Salud)*, fruto de veinte años de experiencias. Es un tratado de moral tanto como de terapéutica, pues «la enfermedad es el resultado no solamente de nuestros actos sino también de nuestros pensamientos», siéndole relativamente fácil dar las reglas para prevenir el mal, ya que todos los enfermos tienen el mismo origen al no seguir las leyes naturales de la salud. El cuerpo es la morada de Dios, y «es preciso conservarlo puro». Hay además en las prescripciones de Gandhi (con demasiada obstinación al negar remedios probados), mucho buen sentido, pero un extremo rigorismo moral». (44)

Más, el corazón de la civilización moderna (edad de hierro: corazón de hierro) es la máquina; ella es el ídolo monstruoso que es necesario rechazar. El deseo ardiente de Gandhi sería que el maquinismo moderno fuese arrancado de la India. A una India libre, pero heredera del maquinismo inglés, preferiría siempre el avasallamiento de la India al mercado inglés.

«Más valdría comprar un tejido de Manchester que instalar en la India las fábricas de Manchester. Un Rockefeller indio no valdría más que el otro. El maquinismo es un gran pecado, esclaviza a los pueblos... Y el dinero es un veneno como el vicio sexual».

Pero, preguntan los indios conquistados por las ideas modernas, qué sería de la India sin ferrocarriles, tranvías y sin las grandes industrias? Y antes, ¿no existían?, replica Gandhi. «Después de miles de años la India permanece inquebrantable, sola, en medio de la onda cambiante de los Imperios. Todo el resto ha pasado; ella sola ha sabido conquistar desde hace miles de años, el dominio de sí, y la ciencia de la felicidad. En esto nada tiene que aprender de los otros; ella no quiere el maquinismo ni las grandes ciudades. El antiguo arado, la rueda, la vieja educación indígena, han asegurado su sabiduría y su bien. Nos es preciso volver a la simplicidad antigua, no de un sólo golpe, sin duda, pero poco a poco, pacientemente, dando cada uno el ejemplo...» (45).

(43) No debe olvidarse que uno de los principales agravios de Gandhi, contra la medicina de Europa es que ella ha recurrido a la vivisección, «el crimen más negro del hombre».

(44) Particularmente en lo que concierne a las relaciones sexuales, su severa doctrina recuerda a San Pablo.

(45) *Hind Swaraj*, passim.

Ese el fondo de su pensamiento, y esto es grave: supone la negación del progreso y casi de la ciencia de Europa (46). Esta fe medieoval corre, pues, el riesgo de chocar con el empuje volcánico del espíritu humano, y ser destruida. Pero quizás fuera prudente decir no «del espíritu humano» sino *de un «espíritu humano»*, ya que si se puede creer—y yo creo—en la unidad sinfónica del espíritu universal, el está hecho de voces muy diversas que siguen cada una su parte; y nuestro joven occidente llevado por su ritmo, no piensa lo bastante que él no siempre ha dirigido la sinfonía, y que su ley del progreso está sujeta a eclipses, a movimientos contrarios y a recomienzos; que la historia de las civilizaciones humanas es más exactamente la historia *de las civilizaciones*, y que si en cada civilización se constata un progreso (variable, caótico, fracasado, detenido a menudo), no se podría asegurar del todo que haya habido progreso de una de las grandes civilizaciones a otras. Pero sin discutir el dogma europeo del progreso, y ateniéndonos simplemente al hecho de que todo el movimiento actual va contra Gandhi, no hay que creer que su fe va a quebrantarse. Esto sería conocer mal el espíritu oriental.

Gobineau dijo que «los asiáticos son en todas las cosas mucho más obstinados que nosotros. Cuando es necesario esperar siglos, y su idea, a pesar de tan largo sueño, no ha envejecido ni perdido sus fuerzas». Los siglos no están hechos para asustar a un hindú. Gandhi está dispuesto a los sucesos en el curso del año, pero no está menos dispuesto en el curso de los siglos. El no violenta al tiempo, y si este se retarda, se retarda con él. De manera, pues, que si su acción encuentra a la India insuficientemente preparada para comprender y practicar las reformas radicales que querría imponerle, sabría adaptarla a las posibilidades. Y no hay que asombrarse al oírle decir, en 1921, a este irreconciliable enemigo del maquinismo:

«No lloraría la desaparición de las máquinas, pero no tengo actualmente ningún propósito contra las máquinas...» (47)

O bien:

«La ley del amor completo (sin excepción ni restricción) es la ley de mi sér.»

(46) Gandhi procura salvaguardar, a defecto de la ciencia europea, la necesidad de las investigaciones científicas y su estricta disciplina: admira el celo y sacrificio de los hombres de ciencia europeos, que con frecuencia los encuentra superiores a los hombres de fe hindúes; respeta el espíritu, solamente observa el camino que el espíritu ha escogido; pero a despecho de estas reservas, el antagonismo es evidente. A este respecto, Tagore, como ya lo veremos, eleva una justa protesta contra el medieovalismo de Gandhi.

(47) 19 de junio 1921.

Pero yo no predico esta ley final por las medidas políticas que preconizo... Esto sería condenarse al fracaso. Esperar que la masa obedezca actualmente a esta ley, no sería razonable... (48) No soy un visionario, pretendo ser un *idealista práctico* (49)“.

La definición es exacta. Jamás pide a los hombres lo que no tienen, pero sí les exige todo lo que pueden dar. Esto es mucho cuando se trata de un pueblo como el de la India; pueblo formidable por su número, (50) por su resistencia y su alma profunda. Entre este pueblo y Gandhi, hubo un acuerdo desde los primeros contactos, y se comprendieron sin hablar. Gandhi sabe lo que puede esperar, y ese pueblo espera lo que él va a pedirle. Entre los dos existe, desde luego, esta convención formal: el *Swarāj* (51), el Home Rule de la India.

«Yo sé, escribe Gandhi, que el *Swarāj* es el objetivo de la nación, y no la No violencia...»

Y hasta llega á agregar estas palabras que asombran en su oca:

«Preferiría más ver a la India libre por la violencia, que esclava encadenada a la violencia de los dominadores.»

Pero se rectifica al instante, ya que esto es suponer lo imposible: la violencia no puede librar a la India; el *Swarāj* no puede ser alcanzado más que por las fuerzas del alma, que es el arma propia de la India, el arma del amor, de la fuerza y la verdad, el *Satyagraha* (52). La genialidad de Gandhi, ha consistido en haberle predicado a su pueblo, revelándole su verdadera naturaleza y su poder oculto.

El término de *Satyagraha*, había sido inventado por Gandhi, en Sud-Africa, para distinguir su acción de la resistencia pasiva.

Es necesario insistir muy especialmente sobre esta distinción, pues es precisamente por la “resistencia pasiva” (o por la “no-resistencia”) que los europeos definen el movimiento de Gandhi. Nada es más falso. Ningún hombre en el mundo tiene más aversión por la pasividad que este luchador incansable, uno de los tipos más heroicos del “Resistente”. El alma de su movimiento es

(48) 9 de marzo 1921.

(49) 11 de agosto 1920.

(50) La quinta parte de la población del globo.

(51) Etimología: *Swa*: “Self”, sí mismo; *Rāj*: gobierno. Autonomía. La palabra es tan vieja como los vedas; pero fue descubierta e introducida en el vocabulario político por Dadabhai, el maestro Parsi de Gandhi.

(52) Etimológicamente: *Satya*: justo, derecho; *Agraha*: ensayo, tentativa; ensayo justo. Se aplica especialmente a la no aceptación de la injusticia. Gandhi la definió (5 de noviembre 1919) por: “*Atenerse a la verdad; fuerza del amor o fuerza del alma*”; y en fin “*triumfo de la verdad por la fuerza del alma y del amor*.”

la “*resistencia activa*”, por la energía inflamada del amor, de la fe y del sacrificio. Esta triple energía se expresa en la palabra *Satyāgraha*.

Que el cobarde, pues, no quiera ocultar su inactividad a la sombra de Gandhi; él le arrojará de su comunidad, ya que el violento vale más todavía que el cobarde!

«Allá donde no hay que escoger más que entre la cobardía y la violencia, aconsejo la violencia... (53) Yo cultivo el coraje tranquilo de morir sin matar; pero el que no tenga ese coraje, que cultive el arte de matar y ser muerto antes que huir vergonzosamente el peligro. *El que huye comete una violencia mental: huye porque no tiene el coraje de ser muerto matando.* (54) Preferiría mil veces la violencia antes que la castración de toda una raza... (55). Preferiría siempre ver a la India recurrir a las armas para defender su honor, antes que permanecer cobardemente testigo de su propio deshonor. (56)»

Pero—agrega él—yo sé que la no-violencia es infinitamente superior a la violencia; que el perdón es más viril que el castigo; el perdón es el distintivo del soldado. Pero abstenerse de castigar no es perdonar, sino cuando existe el poder de castigar, y por consiguiente no tiene ningún sentido en las criaturas impotentes... No creo a la India impotente. Cien mil ingleses no podrían atemorizar a trescientos millones de seres humanos. Y sobre todo, la fuerza no está en los medios físicos sino que reside en la voluntad indomable. La no-violencia no es una benévola sumisión al maléfico; la no-violencia opone toda la fuerza del alma a la voluntad del tirano. Un solo hombre puede así desafiar un imperio y provocar su caída...»

¿Pero a que precio? su sufrimiento. Sufrimiento, *la gran ley*...

«La insignia de la tribu humana... (57). La condición indispensable del ser. La vida sale de muerte. Para que el trigo brote es preciso que la semilla perezca. Nadie se ha elevado nunca sin haber pasado por el fuego del sufrimiento... Nadie puede escapar... El progreso no consiste más que en purificar el sufrimiento, evitando hacer sufrir...; cuanto más puro es el sufrimiento (personal), más grande es el progreso. (58) La no-violencia es el sufrimiento consciente. Me he permitido presentar a la India la antigua ley del sacrificio de sí, la ley del sufrimiento. Los Rishis que descubrieron la ley de no-violencia, en medio de las peores violencias, eran genios más grandes que Newton, guerreros más grandes que Wellington: ellos realizaron la inutilización de las armas que habían conocido... La religión de la no-violencia no es solamente para los santos sino para todos los hombres; es la ley de nuestra especie como la violencia es la ley

(53) 11 de agosto 1920.

(54) 20 de octubre 1921.

(55) 4 de agosto 1920.

(56) 11 de agosto 1920. Una de las prescripciones de la Escuela Satyāgraha Ashram, fundada por Gandhi es: la ausencia de miedo; “el alma liberada del temor de los Reyes, de los pueblos, de las castas, de las familias, de los hombres y de las bestias salvajes, de la muerte”. Esta es también la cuarta condición de la Resistencia no-violenta en el *Hind Swarāj*. (Los otros tres son: la Castidad, la Pobreza, y la Verdad).

(57) 9 de marzo 1920.

(58) 16 de junio 1920.

del bruto. La dignidad del hombre ve una ley más alta: la fuerza del espíritu . . . Como quiero que la India practique esa ley, quiero que tenga conciencia de su poder. Ella tiene un alma que no puede perecer; esa alma puede desafiar a todas las fuerzas materiales del mundo. (59).

Gran orgullo; su amor altivo por la India quiere que ella repudie la indigna violencia, y que se sacrifique. La no-violencia es su título de nobleza; si ella lo renuncia está perdida, y Gandhi no podría soportar este pensamiento:

«Si la India hiciese de la violencia su fe no quisiera vivir más en la India; cesaría de inspirarme orgullo. Mi patriotismo está subordinado a una religión, y yo me agarro a la India como un niño al seno materno, porque siento que ella me da la nutrición espiritual que necesito. Cuando esta nutrición faltara, quedaría como huérfano . . . Me retiraría a las soledades del Himalaya, para abrigar mi alma con sangre . . .» (60).

(59) 11 de agosto 1920.

(60) 6 de abril 1921.

CeDInCI

BIBLIOGRAFÍA

AZORÍN. *Don Juan*, novela. Edit. Calpe, Madrid 1922.

Azorín y Larra. ¿Que pensará Azorín de esta conjunción y? Nosotros ya sabemos lo que piensa Azorín de Larra. ¿Ha querido el autor de *Los valores literarios* ser el Larra de la generación del 98? ¿Qué opinarían de Larra y Azorín novelistas, Somoza y Mor de Fuentes? Dejémos en paz a los muertos. Azorín no tiene más *medium* que su pluma. Y la pluma de Azorín no es indiscreta. Pero Larra se obstina en que lo volvámos a citar y esta vez en compañía de Montaigne. ¡Otro cómplice! En 1838 apareció la excelente traducción castellana de los *Ensayos*. Azorín ya los habría leído muchas veces en su idioma original, y aún lo imaginaríamos leyéndolos en una vieja edición y en francés viejo. Pero si se lee una traducción esmerada, con buen prólogo, con buenas notas ¿no es verdad, Azorín, que hay nuevos matices? Cuando Juan Valera dejaba correr su buena ironía ¿era tan parecido a Montaigne? Entre Valera y Azorín no hay parentescos a pesar del abuelo Montaigne. Valera ya nada tenía que ver con la generación del 98. ¡Ah! este 98 nos vuelve a traer a la traducción de los *Ensayos*. (Entre este punto y lo que sigue han transcurrido tres horas, los *Ensayos* han invadido nuestra labor; los releímos fragmentariamente en la más erudita ociosidad, como diría Don Francisco de Quevedo amigo de Justo Lipsio como Montaigne y admirador de los *Ensayos*. ¿Nos habremos transformado? Sí, divino Montaigne, ya nuestro juicio sobre el *Don Juan* de Azorín debe de haber tenido sus variantes. Vd. y Séneca han dicho, que mientras uno escribe que se transforma, ya se ha transformado. ¿Cuántas veces leyó Azorín en 1868 la página XII del tomo primero de la traducción de los *Ensayos*? Y he aquí que mi incógnito Bayle-Saint-Jhon me dice que Azorín tiene con él no se que deuda espiritual. Pero para qué detenerse en la indagación de afinidades e influencias? Azorín tiene un procedimiento, una manera, un *disé*. Dice que ha simplificado el estilo y quizá lo haya complicado. Azorín es un buen prosista. Se permite citar a los clásicos en una novela. Nosotros hemos leído los libros de Azorín. Están pulcramente escritos. Su erudición no es amplia pero es fina. En sus *Prápagas escogidas* el lector puede detenerse en *Los tipos*. Los tipos atraviesan las obras de Azorín. Los tipos, el paisaje, el velado senecquismo, caro Ganiwet. A su libro *Don Juan* no lo hablamos leído. Don Juan está de moda. ¿Quién ilo ha escrito una novela o un artículo sobre el seductor? Y luego, Azorín no "era" novelista. ¿Qué es ser novelista? Aquí en América, por no decir en España, ya nadie sabe qué es ser novelista. Si tuviéramos de nuevo un Leopoldo Alas, jugoso, enérgico y filósofo, qu

hablara de nuestra novela contemporánea! Azorín ha continuado, ya no recuerdo en que obra, la vida del aquel formidable hidalgo del *Lasarillo*. ¿Ha pensado con tan hondo sentido a Don Juan Manuel! Es muy aristocrático, muy fino, este evocador de Don Juan. ¿De Don Juan Tenorio? Puede ser. Azorín no dice que su novela sea la novela del Don Juan cuya patria anda hoy por el tapete de la crítica, aunque para nosotros el Don Juan de Tirso es español desde sus más remotos abuelos. El Don Juan de Azorín hubiera podido ser también Don Antonio o Don Pedro. ¿Hubiera podido ser? Quizá no. Hay que respetar la intención de Azorín. Este Don Juan—¿seremos indiscretos?—es el mismo Don Juan Tenorio. Pero dentro de este Don Juan está Azorín. Para saber si es el verdadero habría que preguntárselo a Jeannette. Pero Jeannette es tan joven, tan . . . superficial. Interroguemos a Don Juan con Azorín:—“Hermano Juan: no me atrevo a decirselo; pero he oído contar que Vd. ha amado mucho y que todas las mujeres se le rendían”.—“El amor que conozco ahora es el amor más alto. Es la piedad por todo”. Esta novela como *Los pueblos*, es un desfile de tipos y paisajes. Pero hay aquí una melancolía. . . (Hay también otros asuntos en la novela, un noble sentimiento de la justicia, una ironía muy velada. En el *Don Juan* el autor ha dicho con Racine: “toute l' invention consiste a faire quelque chose de rien” Y Azorín ha puesto en esta “quelque chose” una emoción indefinible).

R. Z.

FERNÁNDEZ MORENO: «*El Hogar en el Campo*.»—Editorial Tor, Buenos Aires 1923.

La fecundidad de nuestro típico poeta se manifiesta doblemente en estos últimos años; hemos dicho «doblemente» porque es exacto: desde “Las Iniciales del Misal”, publicado en 1915, nos ha ido ofreciendo un libro por año hasta 1921, pero de ahí en adelante la cantidad se ha duplicado. Sin embargo, esto no nos debe asombrar; el poeta mismo lo dice:

“La cuestión es limitarse
y ver poco, pero verlo,
que viendo bien muchos pocos
se hace un libro y se hacen ciento.”

Esta estrofa pertenece a la composición titulada “A las ventanas de casa”, que, con propiedad puede decirse, constituye su “arte poética”.

La primera impresión que nos deja “El Hogar en el Campo” es la de hallarse saturado de ciertas influencias, no del todo benéficas, según cómo se tomen; nos referimos a Francis Jammes y Luis Carlos López. Bueno es hacer notar al Sr. Fernández Moreno que el notable poeta colombiano es peligroso; y lo es porque su sátira no es simple sátira ni su ironía simple ironía; en todos sus libros—“De mi villorrio”, “Posturas difíciles”, “Varios a varios” y “Por el atajo”—la burla es sólo una máscara de su tristeza; rie de todos y de sí, pero ¿y la amargura que trasunta su risa? Laforgue ha pasado por su alma como un fuerte viento y la ha dejado para siempre balanceando . . . Fernández Moreno no se halla minado por el horrible tedio que desespera a López; y así vemos el resultado, como por ejemplo en esta composición, si es que puede llamarse tal la que a renglón seguido reproducimos *íntegra*:

SIRVIENTAS

“Un fastidio arreglarles las cuentas.
O lloramos nosotros o lloran ellas.”

La influencia de Luis Carlos López hallábase más acentuada y mejor orientada en su libro “Intermedio Provinciano”.

Nos referimos anteriormente a Francis Jammes, y en verdad que de este notabilísimo poeta francés, acaso el contemporáneo lírico más grande, dentro de la sencillez y la intimidad, tiene mucho Fernández Moreno y aún le debe lo mejor de su obra. Fácil es constatarlo en las composiciones tituladas: “Verano”, “Pereza”, “Vacas”, “Vida”, “Ausencia”, “Santa Rosa” y varias más, algunas de positivo mérito. Pero otra cosa ocurre cuando, como Francis Jammes, quiere cantar a las legumbres y a los instrumentos de huerta; carece de la emoción y compenetración necesarias para que sus versos resulten “poéticos”. Aludimos a ciertas composiciones, no todas pero demasiadas, que integran el subtítulo “Voces”; mejor hubiera sido reunir las con el más propio de “Adivinanzas”; véase un ejemplo:

LA BOMBA

“Fría y rígida soy: madera, acero . . .
pero me sé quejar como un cordero.”

O esta otra:

EL MAIZAL

“Somos un regimiento.
Nuestro pompón de plata mueve el viento.”

Además, dentro del propuesto subtítulo “Adivinanzas”, debieran incluirse las siguientes: “Un tomate”, “La guadaña”, “La azada”, “La regadera”, “La pala” y “La lámpara”. Ya ve el Sr. Fernández Moreno que no son pocas, que bien valdría haberles dado a ellas ese subtítulo, y la oportunidad que ha perdido de ser más original.

En “El Hogar en el Campo” existen poesías o trozos de poesías—y es éste uno de los sellos distintivos de su autor—que nos hacen sonreír involuntariamente por su ingenuidad pueril. Un ejemplo: En la composición que lleva de título “La horquilla abandonada”, luego de decir que “ella” se arroja del lecho, desapareciendo de su presencia, termina con la siguiente estrofa:

“Pero una negra horquilla abandonada
sobre las blancas sábanas del lecho
su esbelta V a mi esperanza abría
como iniciando esta palabra: Vuelvo.”

Piense un poco el Sr. Fernández Moreno y estará de acuerdo con nosotros al afirmar: Esa estrofa, salvo la perfección técnica que, sin embargo, no ofrece dificultades, hubiera estado bien en un niño de catorce años.

Probablemente el defecto capital de “El Hogar en el Campo” se halla en la conformación misma del libro. Las composiciones que integran los subtítulos “Inundaciones de 1919”, “Vacas” y “Voces” carecen de unidad, de cohesión, de correspondencia. Esto implica una imperdonable dejadez por parte del autor. Vamos al ejemplo. “Inundaciones de 1919” comprende

cinco poesías: únicamente la primera, de igual nombre que el subtítulo, le corresponde. Transcribimos la tercera, llamada "Secreto":

"Tenemos una casa
perdida en plena pampa.

Tenemos una lámpara
de pantallita blanca.

Tenemos . . . calla, calla,
aquello que faltaba."

¿Será que Fernández Moreno se refiere a las inundaciones? . . . No lo creemos.

Otro defecto, hijo del apresuramiento y del descuido: la puntuación. Nos atrevemos a decir, sin temor a equivocarnos, aunque no nos tomamos el trabajo de contarlas, que de las sesenta composiciones que forman el libro más de la mitad se hallan puntuadas incorrectamente: y no se crea que el tipógrafo pueda cargar toda la responsabilidad. Así es que en "Reposo", "¿Cuándo te acabarás, invierno triste!", "Vacas", "Ruiditos", "Mimos" y otras, falta puntuación: en "Crepúsculo con humos" sobra; en "Ausencia" y otras es defectuosa; falta y sobra en "Un reloj" . . . No queremos indicar con esto nada grave: pero tampoco sería bueno aprobar con el silencio esta dejadez, en quien constituye un guía de los jóvenes que se inician.

Poeta de las cosas sencillas e íntimas, volcadas por lo tanto en forma clara y comprensible, sorprende en Fernández Moreno una oscuridad o insuficiencia de desarrollo como la que se manifiesta en la composición titulada "Alabanza":

"Déjame que en dos versos, dulce lluvia, te alabe:
en cuanto llueve un poco tu cuerpo está más suave."

¿Cuál es la primera o, acaso, la única interpretación que se desprende? Ella acostumbra bañarse con agua llovida, pensará el lector. Pero no entremos en intimidades . . .

Llegado hasta aquí, lo más lógico será creer que "El Hogar en el Campo" no tiene valores positivos: los tiene y bastante salientes. Algunas composiciones, como "Mi casa", "Poema de las primeras mañanas", "Verano", "Crepúsculo con humos", "Otoño", "Pereza", "Política" y otras, son buenas en general o encierran versos de mérito. Las tituladas: "Alamito de Dios", "Una estrellita desde la ventana", "Eres" y "Mimos" constituyen lo mejor de la obra. Transcribimos esta última:

"Vengo de la calle
de la noche fría,
llévame a mi cuarto,
sé mi madrecita

Quítame la ropa,
dóblala en la silla,
méteme en la cama,
muero de fatiga.

Súbeme el embozo,
luego me persigna,
cuéntame una historia
tu mano en la mía . . .

Bésame la frente,
corre las cortinas,
apaga la lámpara,
vete de puntillas . . . "

Resumiendo: "El Hogar en el Campo" es uno de esos libros que se leen completos, pero, al terminarlos, se abandonan con una sonrisa.

Fernández Moreno nos anuncia otro libro: "Aldea española". Si sus composiciones responden al mérito de la publicada en una revista bajo el título de "Lamberto", no dudamos de que será un libro hermoso y perfectamente acabado -- EDUARDO RIPA.

CeDInCI

COMENTARIOS

EL DESTIERRO DE UNAMUNO

La insensatez reaccionaria del Directorio es consecuente a la tradición de incultura de la política española. Por negarse a suscribir una profesión de fé monárquica y religiosa, ya hacia el año 1860, era desposeído de su cátedra de historia de la filosofía en la Universidad Central, don Julián Sans del Río, iniciador del movimiento filosófico Krausista que más tarde inspiraría, a través del maestro Ginér, a toda esa renovadora generación española llamada del 98. El mismo año Castelar era víctima de idéntico atentado y poco después, el ministro Orovio, veja y en-carcela al mismo don Francisco Ginér.

Al viejo maestro paradójal de Salamanca, revolveror incansable de ideas y azuzador de inquietudes, le ha tocado ahora salvar la dignidad del pensamiento y la libertad del espíritu.

Aunque el hecho nos interesa, ante todo, por su significado universal y humano, no podemos sustraernos a su consideración, como evidencia elocuente de un momento trágico de la vida española.

Una como certeza sentimental de su resurgimiento nos impide creer en el derrumbe definitivo de España. Henríquez Ureña interpreta muy bien este sentimiento colectivo de hispano-américa hacia la madre patria, en su libro "Mi España", y hasta procura integrarlo con una convicción intelectual: El ideal platónico de perfección que vislumbra el espíritu latino en el fondo de toda empresa, exagera la posición crítica y exige a toda obra la perfección del arquetipo. Este exceso de espíritu crítico mata el impulso creador y, ante la convicción de la inutilidad de un esfuerzo perdurable y sistemático, el pesimismo erige a la improvisación en nota característica del proceso histórico de España. Debemos confiar, empero, en el despertar del "genio" de la raza, del talento popular que prestó a Lope y Tirso lo mejor de su teatro y en el

porvenir de la juventud, posterior a la generación del 98, que se orienta "hacia una claridad espiritual que no siempre poseyeron sus mayores".

Al escribir ese libro, en 1917, pensaba Ureña que el estremecimiento de la post-guerra, produciría a España la conmoción suficiente para sacudir su marasmo secular, recoger la experiencia que deja la bancarrota de la civilización contemporánea e incorporar su *perfección técnica*, al servicio de un ideal superior. Con pena nos toca comprobar a nosotros cómo mientras Europa entera se orienta de nuevo, tras la catástrofe, España se resigna y no reacciona, ni aún acicateada en su sentimiento católico, el más tradicional y hondo. Lo prueba el fracaso categórico del padre D'Andrea en su intento de trasplantar a la península la gran Colecta Nacional.

Sin embargo, frente al panorama español desolado y grotesco, un hombre, afirmando valiente su personalidad, ha salvado, para su patria, la herencia de Don Quijote, y para la humanidad la aspiración eterna a liberarse de toda servidumbre: Miguel de Unamuno, que en el destierro amargo de Fuerteventura acicala en silencio su noble yelmo de Mambrino.

El grupo Renovación, que ha participado en el desagravio tributado al maestro por la juventud argentina, le envía ahora desde "Valoraciones" un cálido saludo cordial.— La Redacción.

INTRUSOS

El presidente de la Universidad, los decanos de las facultades y directores de institutos y demás establecimientos, deberán tener su domicilio real en la ciudad de La Plata. (Art. 60 de los estatutos de la Universidad Nacional de La Plata).

253. Será reprimido con multa de cien a mil pesos e inhabilitación especial de un mes a un año, el funcionario público que propusiese o nombrase para cargo público, a persona a quien no concurrieren los requisitos legales.

En la misma pena incurrirá el que aceptare un cargo para el cual no tenga los requisitos legales.

248. Será reprimido con prisión de un mes a dos años e inhabilitación especial por doble tiempo, el funcionario público que dictare resoluciones u ordenes contrarias a las constituciones o leyes nacionales o provinciales o ejecutare las ordenes o resoluciones de esta clase existentes o no ejecutare las leyes cuyo cumplimiento le incumbiere. (Artículos del Código Penal Argentino).

Señor Juez Federal:

El Dr. Alejandro Korn, argentino, vecino de esta ciudad, calle 60 núm. 682, a V. S. digo:

I

En cumplimiento de lo dispuesto en el art. 155 y siguientes del C. de P. Penales, vengo a formular denuncia contra el doctor Enrique Mouchet, Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, por la comisión del delito previsto por el artículo 253, última parte del Código Penal.

La jurisdicción de V. S. está dada por el art. 3.º inc. 4.º de la Ley núm. 48 y la Jurisprudencia de la Suprema Corte Nacional, en la causa Griffin Clodomiro contra César Ferri y otros, calumnia, (ver "Gaceta del Foro núm. 1352, pág. 97 de fecha 15 de Setiembre de 1920).

II

Establece el art. 253 del Código Penal, que será reprimido con multa de cien a mil pesos e inhabilitación de seis meses a dos años, el funcionario público que aceptare un cargo, para el cual no tuviera los requisitos legales.

Esta sanción, completamente nueva en el derecho penal argentino, no tiene precedentes en la legislación comparada. Se estableció en el artículo 272 del proyecto de 1891, para impedir —según se dice en el informe de la Comisión— el nombramiento de personas que no reunieran las condiciones legales y se reprodujo en el proyecto de 1906 (Art. 297.) como parte del Capítulo que comprendía "todo lo que importa un ejercicio abusivo de la autoridad."

Su redacción, completamente llana, no se presta a distintas interpretaciones, ni es capaz de llevar al espíritu una duda sobre su extensión y su finalidad evidente.

Alcanza a cualquier funcionario, de acuerdo al concepto enunciado por Tejedor, al legislar sobre materias afines, que constituyen el antecedente mediato de la disposición en análisis, cuando escribía: "La palabra empleado, tiene la más lata significación. Todo el que desempeña un cargo público en la sociedad, entra o puede entrar dentro de aquella esfera". (Edición de 1866, pág. 474).

En cuanto a los requisitos legales, comprenden aquella serie de condiciones impuestas a todo candidato al ejercicio de una función pública y que constituyen su capacidad legal para desempeñarla.

III

La aplicabilidad de lo expuesto, al caso que denunció, resulta de las siguientes circunstancias:

El Estatuto Universitario vigente, dictado por el P. Ejecutivo Nacional, con fecha 28 de Junio de 1920 en orden a la facultad

acordada por los arts. 3 y 22 de la Ley N. 4699, establece como condiciones requeridas para ser Decano de una Facultad, las de ser ciudadano argentino, ser graduado en una Universidad Nacional y tener domicilio real en La Plata (Art. 24 y 60).

La razón de esta última exigencia, ha sido demasiado manifiesta, para que sea necesario insistir en su justificación. No se halla en el Estatuto de la Universidad de Buenos Aires y fué incorporada deliberadamente al de la Universidad de La Plata porque las autoridades de la misma, antes de la reforma, dirigían la casa de Estudios, bajo el apremio del horario del Ferro-carril y el gobierno de la Universidad y de las Facultades, quedaba entregado, por el prolongado ausentismo, a empleados inferiores.

Ponía, pues, fin a un abuso y respondía a un propósito superior, dentro del concepto educacional, de radicar las autoridades universitarias en el ambiente donde habían de desempeñar sus funciones.

La residencia efectiva, como condición para el ejercicio de un cargo público, no es tampoco una novedad en la legislación argentina.

La establece la Constitución Nacional para los Diputados y Senadores y la impone la constitución de Buenos Aires, para todo funcionario y empleado de la administración. Basta una simple lectura de los Debates de las Convenciones Constituyentes, para adquirir la certeza de que ese requisito, llena una sentida necesidad. La función pública, que en los regímenes republicanos, no dá prerrogativas sino responsabilidades, se relaja en su finalidad ética, cuando los titulares llegan de visita a sus despachos y representan la parodia de resolver todo aquello que ya está resuelto por sus subalternos y solo espera su firma.

El Poder Ejecutivo, quiso también que la Universidad de La Plata, reaccionara frente a ese abuso y es por cierto doloroso, constatar que tan pronto se haya olvidado la bondad del precepto, para reincidir sin reparos, en la práctica tan insistentemente repudiada.

IV

El Doctor Mouchet, fué elegido Decano de la Facultad de Humanidades, el 25 de Junio de 1923. Carecía, sin embargo, del requisito del domicilio real en la ciudad de La Plata y al aceptar una función pública para la cual le faltaba capacidad legal, quedó comprendido en el art. 253 del Código Penal.

Su situación es aún más grave, porque después de consentir la designación que no podía esperar, ha entrado en ejercicio de las

funciones de Decano y desempeña el puesto desde hace nueve meses, manteniéndose así en la violación continua de una exigencia ineludible.

No creo que el Doctor Mouchet, incurra en el desmedro de negar estos hechos ciertos, pero como justificativo de mis afirmaciones hago presente:

Que la designación del Doctor Mouchet y su aceptación, constan en los Libros de Actas de la Facultad de Humanidades.

Que su domicilio real, en la Capital Federal, calle Rivadavia N.º 2342, desde antes de la Asamblea que lo eligió, es también de conocimiento general, máxime cuando desempeña el cargo de Municipal en la ciudad de Buenos Aires, demostrando esto sólo su domicilio en la misma.

V

Al plantear esta cuestión jurídica, Señor Juez, no persigo ningún propósito personal. Deseo establecer únicamente, si las disposiciones vigentes, son meros arabescos decorativos, que sólo obligan a los humildes, y si el ejercicio del Magisterio Universitario, es compatible con su desprecio manifiesto.

VI

Sírvase V. S. dar curso a esta denuncia, ordenando la instrucción del respectivo sumario, que

Será Justicia.

ALEJANDRO KORN.

ESTUDIOS SOBRE LA GRAMÁTICA AMERICANA
DE LA LENGUA CASTELLANA

(Carta abierta)

Al Sr. C. Carroll Marden,
En Princeton, New Jersey, U. S. A.

Estimado amigo:

Mucha satisfacción me ha causado su atenta carta de enero 22, porque revela que Vd. ha prestado tanta atención como reflexión a mi estudio sobre la Preposición en castellano.

Con una delicadeza suma, que obliga mi gratitud, Vd. opone reparos a mi teoría sobre la razón de ser de la preposición « a » cuando se aplica al objeto de la acción del verbo. No me ha sorprendido este hecho porque, para aceptar mi teoría, hay que desprenderse de todo lo que, desde hace siglos, están inculcando sobre

el particular los gramáticos del castellano; y de un tirón no se desarraigan los árboles seculares. Por eso mi intención al publicar estos estudios ha sido más bien incitar a la controversia que obtener plácemes; creo que la discusión es el hacha que ha de cortar esas raíces profundas, y la azada que ha de rozar la tierra para la nueva planta.

De modo que, no para imponer a Vd. mi tesis, sino para explicarla — porque mi folleto es demasiado conciso en la exposición de este punto — ofrezco a Vd. las siguientes consideraciones:

1.ª De que « el libro » y « Pedro » estén en el mismo caso en una construcción dada (*el libro fue buscado por Juan, Pedro fue buscado por Juan*), no es lícito deducir que « el libro » y « Pedro » deben estar por fuerza en el mismo caso cuando la construcción es otra (*Juan buscó el libro. Juan buscó a Pedro*). La equivalencia entre la voz activa y la voz pasiva es puramente esencial; en lo formal, al invertirse la frase los términos no truecan su situación respectiva, aunque tal ley pretende insinuar la *Gramática* académica en el párrafo 240 a, de la edición de 1920. Porque, si es cierto que el complemento directo en la activa pasa a ser sujeto en la pasiva, no por eso el sujeto en la activa pasa a ser complemento directo en la pasiva. De modo que la inversión de los casos sólo puede hacerse en cuanto a uno de los dos términos; y no es válido argumentar con la posibilidad de inversión de uno de ellos, pasando por alto la imposibilidad de inversión del otro. La casuística escolástica se desacreditó por tales procedimientos.

2.ª Conozco bien el concepto convencional que el gramático ortodoxo da a los casos dativo y acusativo en castellano; pero muy claramente hago ver en mi estudio que ese concepto es arbitrario; y cuando uso tales denominaciones no les doy su sentido canónico, sino que las aprovecho para distinguir el *objeto* a que se aplica la acción verbal — y a esto llamo « dativo » — de la *materia* en que la acción verbal se concreta — y a esto llamo « acusativo ». De ello se deduce que, si contemporizo con tales latinerías es sólo a medias, adaptándolas a las necesidades del castellano mientras se prepara el terreno para hacer tabla rasa con ellas, cuando llegue el ansiado momento de explicar nuestra lengua por sus particularidades propias y no por las de su venerable madre.

3.ª El gramático ortodoxo afirma que en la frase: *Luis abofeteó a Lucas*, la acción « recae directamente » en Lucas; y en la frase: *Luis dió una bofetada a Lucas*, la acción « recae indirectamente » en Lucas, porque « recae directamente » en una bofetada. No me es posible aceptar como verdad gramatical lo que lógicamente es un absurdo: porque ni una bofetada puede ser objeto de una

dádiva, ni es posible admitir razonablemente que, porque Luis ha dado a Lucas una bofetada, Lucas ha sido abofeteado indirectamente por Luis. Esta manera curiosa de considerar lo directo y lo indirecto en materia gramatical no es más que un sofisma verbal, con el cual la escolástica pretende explicar la esencia por el accidente. Y si se alegrara que la Gramática tiene su lógica formal propia, que no es la ordinaria y universal, observaré simplemente que: o la Lógica es una, o no hay ninguna. En ambos ejemplos la situación del abofeteado es la misma, y esta situación no cambia porque en un caso la forma verbal sea sintética y en el otro analítica. La diferencia entre «abofetear» y «dar una bofetada» no puede afectar al objeto de la acción, y debe explicarse por los elementos propios de ambas formas verbales, sin intervención del sujeto ni del objeto. En un caso, el de «abofetear», el verbo no necesita materia en qué concretar su acción, porque contiene en sí mismo su atributo; en el otro, «bofetada», no es *objeto* de la acción de «dar», sino parte constituyente de ella, es decir, *materia* de ella.

4.º Para probar la buena o mala ley de mi teoría, Vd. se sirve de los reactivos que acabo de descalificar: «objeto directo» y «objeto indirecto» de la acción verbal; y es la cosa más natural del mundo que mi teoría, que es radicalmente heterodoxa, no resista a tal prueba. Con ella ha demostrado Vd. que mi teoría no es ortodoxa; ha demostrado simplemente lo que yo mismo me he anticipado a declarar. Pero esto no resuelve la cuestión, a menos que Vd. crea —y ningún motivo tengo para atribuirle tal creencia— que, fuera de la ortodoxia, no hay gramática posible.

5.º Mi teoría se funda en un principio, y este principio es lo que hay que examinar. Este principio es que la aplicación de la preposición «a» responde a la necesidad de establecer una diferenciación: se aplica al *objeto* de la acción verbal para distinguirlo de la *materia* en que esa acción se concreta. Si todos o casi todos los usos de la preposición «a» así empleada pueden explicarse por tal principio, mi teoría será buena; y si ésta no puede explicarlos todos o casi todos, será mala. Y la diferencia entre *objeto* y *materia* es la que distingue a la *entidad autónoma*, o así considerada, de la *cosa inerte*, o tenida por tal.

6.º La cosa inerte en sí y la entidad autónoma por naturaleza no necesitan ser explicadas; tampoco requieren explicación la cosa inerte a la que en nuestro lenguaje figurado consideramos como entidad autónoma. Lo difícil es discernir el carácter de cosa inerte que solemos dar a la entidad autónoma; y ayudará a comprender esta diferencia sutil el examen ideológico comparado de estas dos frases: *busco un criado*, en la que «un criado» (concepto

general) concreta la acción de buscar, y *busco al criado*, en la que «al criado» (concepto particular) dice qué aplicación tiene la acción de buscar; y de estas otras dos: *el padre perdió su hija*, en la que «hija» es cosa inerte porque la pérdida se materializa en ella, y *el padre perdió a su hija*, en la que «hija» es entidad autónoma porque la pérdida pasa a ella. Más difícil aún es discernir el carácter de cosa inerte que solemos dar a la entidad autónoma presentada con su nombre propio, porque la designación particular individualiza necesariamente a la entidad autónoma. Tal carácter de cosa inerte damos a ésta cuando la acción verbal, destinada a aplicarse a un objeto, exige a todo trance una materia en qué concretarse previamente: *preferir*, *anteponer*, *presentar*, y muchos otros; son verbos de esta naturaleza: es forzoso decir qué es lo preferido, lo antepuesto, lo presentado, si se quiere expresar luego a qué objeto se aplica esa preferencia. En la anteposición, esa presentación. De ahí la supresión de la preposición «a» delante del nombre propio representativo de la materia en que se concreta la acción verbal: *prefiero Pedro a Paco*; *antepongo Ariosto a Tasso*; *presentaron Zenobio al vencedor*.

7.º Sentada su teoría arbitraria de los complementos, el gramático ortodoxo encuentra en su camino hechos del lenguaje que la desautorizan, y pretende explicarlos por el conocido y fútil procedimiento de descartarlos, llamándolos «construcciones vedadas» o considerándolos anomalías por cuanto los califica de excepciones a sus reglas, o de particularidades cuya esencia gramatical hay que preguntar al diccionario... Vea Vd. en la *Gramática* académica los párrafos dedicados al complemento directo o acusativo paciente, el primero del complemento indirecto o dativo, y el único de «verbos con doble acusativo», y reconocerá que el gramático ortodoxo, empeñado en recorrer el campo de nuestra lengua con los zapatos chinos de la gramática latina, no puede menos de tropezar a cada paso porque la naturaleza del suelo castellano no permite tal calzado. Y reconocerá Vd. también que, a la luz de mi teoría, no hay tales anomalías, y todas las menciones y omisiones de la preposición «a» delante de la materia y del objeto de la acción verbal se explican lógicamente.

Pero repito que no me mueve a hacer a Vd. estas consideraciones el interés de forzar su asentimiento sino el propósito de ampliar la exposición de mi teoría. La clara comprensión de ésta es lo único que me importa por el momento; su aceptación o rechazo es algo que no puede resultar sino de un examen detenido, y que por eso no puedo esperar sino del tiempo.

Entretanto, discrepancias como la que Vd. ha tenido la bon-

dad de comunicarme son para mí de muy grande utilidad, porque me hacen ver cuáles son los fundamentos de mi teoría que parecen débiles, y que debo tratar de reforzar. De suerte que le estoy muy agradecido por su carta, y me repito su afmo. y S. S.

ARTURO COSTA ALVAREZ.

La Plata, Marzo 24 de 1924.

De la importancia y del mérito de los estudios gramaticales que ha emprendido el señor Costa Alvarez es testimonio autorizado y elocuente esta carta que le ha sido dirigida, y que es oportuno reproducir aquí:

Real Academia Española — a 10 de febrero de 1924 — Sr. D. Arturo Costa — Muy señor mío: Mucho le agradezco el ejemplar que de sus Estudios sobre la Gramática Americana de la Lengua Castellana se ha servido dedicarme, y le felicito por el concienzudo estudio que hace Vd. de la preposición; esa partícula que, habiendo sido en su origen adverbio de lugar, y por extensión de tiempo, ha venido hoy — en cuanto es tal preposición, y en las L. neolatinas — a ser elemento de relación que desempeña el mismo oficio que las desinencias de caso en las L. de flexión. Pero no creo como Vd. que haríamos bien en suprimir la "a" con el complemento directo; la suprimen los franceses que conservan, al expresarse así, el caso acusativo; pero nosotros hemos dado a tal caso, al emplear la "a", el valor de complemento de lugar, o sea hemos llevado al acusativo con "a", lat. Abl, el dativo, y conservado el verdadero caso sin "a", acusativo, para lo inanimado, en general. Esta es la dificultad con que se tropieza en estos estudios; pues si ha de tenerse en cuenta el desarrollo histórico de la lengua, no es posible, a menos que ésta la hablaran sólo los sabios, sentar leyes de rigurosa aplicación. El estudio de Vd. repito que me ha gustado mucho; y la forma en que, por antítesis, expone el valor ideológico de las preposiciones la aplaudo y suscribo. Y sin otra cosa, y reiterándole mi felicitación por su profundo e interesante estudio, se le ofrece como affo. amigo y S. S. JOSE ALEMANY — Sje., Carransa, 18.

D. José Alemany y Bolufer es el gramático y lexicógrafo más conspicuo con que cuenta hoy España. A su espíritu innovador y al prestigio de su erudición lingüística se debe que la Academia española de la lengua haya introducido en la última edición de su GRAMÁTICA una reforma fundamental, en la parte de la Sintaxis, que tiende a quitar a ese texto su vetusto carácter empírico y dogmático para hacerlo científico y razonado. También es autor de un DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, obra ejemplar de innovación docta y discreta, que se distingue del léxico académico por su criterio adverso al obsoletismo fósil y favorable para el neologismo útil. En fin, también es autor de una GRAMÁTICA HISTÓRICA de nuestra lengua, libro que, como manual preparatorio de la enseñanza filológica, supera al de Menéndez Pidal en la elección de los temas, y por su mejor método de exposición y su mayor caudal de informaciones. — N. de la R.

NOTICIAS

HACIA UN NUEVO HUMANISMO

POR

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La reciente edición española de la *Historia de la Filosofía* de Karl Vorländer, contiene un prólogo de José Ortega y Gasset que, bajo el título de: *Hacia un nuevo Humanismo*, nos apresuramos a darlo a conocer.

En este prefacio el pensador madrileño no se limita sólo a señalar los rasgos fisonómicos de ese cuadro del pensamiento humano que nos traza Vorländer sino que más propiamente es una jugosa semblanza del espíritu contemporáneo, sorprendido en momentos que dispara sus fuerzas dionisiacas, y busca — con la avidez del naufrago que siente la proximidad de la ribera — un sentido peculiar de clasicismo.

De ahí el epígrafe bajo el cual colocamos estas sugerentes páginas. — L. D.

Este libro de Vorländer que ahora aparece traducido al castellano será pronto, yo lo espero, la compañía inseparable de todos los que estudian filosofía en los países de lengua española y, además, de aquellos que sin entregarse al oficio filosófico, se sienten curiosos de esta ciencia. No existe ninguna otra obra de historia de la filosofía que sea tan adecuada como la presente para iniciar en las grandes rutas del pensamiento a quienes, dentro de más voluminosas y complicadas producciones, fácilmente se perderían. Es, pues, el mejor maestro, para principiantes y curiosos. Llegar a serlo constituyó el propósito principal de su autor.

Cuando yo comenzaba mi preparación filosófica esta historia, entonces recién publicada, anduvo siempre cerca de mí. Suele el novicio sentir apetitos urgentes, afanes súbitos por apoderarse rápidamente de la ideología de un gran pensador, que aquí o allá, vió aludida. Parece que sin tener de ella algún conocimiento no podrá dar un paso más en el atolladero mental donde ha caído. ¡Cuan grato es entonces hallar una obra sencilla, clara, concisa y segura que le ofrezca un esquema del sistema en cuestión!

Sin embargo, la utilidad de esta obra se funda en razones más amplias y hondas. Lo de menos sería que satisficiera la curiosidad apremiadora del principiante. Más importa la consideración de que no es posible el aprendizaje de la filosofía si no se lleva paralelamente el estudio de sus problemas actuales y el de los sistemas pretéritos. En ninguna otra cien-

cia adquiere la historia de su desarrollo el valor de instrumento ineludible para la nueva y actual investigación.

LA DIFICULTAD DE LA FILOSOFÍA. La famosa dificultad atribuida a los estudios filosóficos, consiste sencillamente en lo insólito de los objetos que en ellos nos vemos obligados a manejar. El naturalista opera sobre los fenómenos de la realidad que son cosas concretas. El filósofo, en cambio, trabaja sobre últimas abstracciones, objetos espectrales que en nada se parecen ya a lo que solemos llamar « cosas ». Ahora bien, no debería olvidarse que el intelecto por muy inmaterial que sea y por muy sublime misión que se le asigne es una función biológica como otra cualquiera y por lo tanto se ha formado bajo el régimen de las necesidades vitales. Frente al positivismo y relativismo que denominaron la última centuria, la filosofía del siglo XX va reconociendo nuevamente a la razón, un vasto poder de conquistar no pocas verdades absolutas pero, a la vez, no puede desconocer su carácter originario de función vital entre otras innumerables. Nació, pues, la función intelectual como las demás para subvenir a la existencia orgánica y se vá desarrollando al hilo de las urgencias vitales. Pero la vida fué y aún es primordialmente, combate con las cosas materiales. El organismo animal o humano necesita obtener un cierto mínimo de dominio sobre los cuerpos físicos sin el cual sucumbiría, imposibilitando ulteriores evoluciones y más altas empresas. De aquí que el intelecto se haya entrenado espontáneamente en el manejo de objetos corporales. Somos corporalistas natos y las cosas físicas, los objetos más antiguos y habituales de nuestra mente; hasta el punto que para ocuparnos intelectualmente de otra clase de temas necesitamos antes luchar, no sin tenacidad y bravura, contra ese hábito multimilenario de pensar sobre cosas tangibles y visibles.

Verdad es, que al pensar sobre las cosas tangibles, el intelecto no hace más que operar en ellas abstracciones, producir, por lo tanto, objetos intangibles. Cuando pensamos que la nieve y la leche son blancos hemos dislocado la integridad concreta y sensible de las realidades nieve y leche y separando uno solo de sus elementos lo ponemos aparte, abstracto: su común blancura. Pero aún cuando el intelecto no consiste en más que en operar estas abstracciones el uso vital que de él hacemos lo mantiene atento a las cosas concretas sometidas a su disección. Despreocuparse de estas y poner sobre la mesa operatoria no las cosas concretas sino las abstracciones mismas por él antes ejecutadas es un uso en cierto modo innatural del intelecto, por lo menos, exento de aquella multimilenaria habituación. En la « vida » pensamos las cosas concretas por medio de abstracciones, pero en filosofía por medio de abstracciones pensamos en objetos abstractos. Hay, pues, una torsión completa del sentido habitual en que suele marchar nuestra atención. Se nos obliga a atender justamente aquello que el interés práctico de la vida nos acostumbra a desatender.

Cuando al través del cristal miramos el paisaje solemos atender a este y no al cristal. Para fijarnos en el cristal tenemos que hacer un esfuerzo y desatender el paisaje. Algo parecido se nos invita hacer en filosofía.

Por consideraciones análogas a estas escribió una vez Fichte: « Filosofar quiere decir propiamente, no vivir: vivir quiere decir propiamente no filosofar ». La expresión, claro está, es excesiva y ha de entenderse

con un grano de sal. La vida no consiste exclusivamente en someterse a la necesidad respondiendo a sus urgencias: sino que la vida es eso precisamente porque aspira, dominada la necesidad, a ejercitar el lujo vital de la libertad. En este segundo sentido pudo decir Sócrates que: « una vida sin filosofía no es vividera para el hombre ». Se entiende para el hombre liberado de la necesidad. En el *Sofista* lo declara Platon: « la filosofía es la ciencia de los hombres libres ».

FILOSOFÍA E HISTORIA DE LA FILOSOFÍA. La dificultad famosa atribuida a la filosofía no tiene, a mi juicio, otro origen que el mencionado: la falta de hábito en el hombre espontáneo de manejar objetos sumamente abstractos. La masa de meditación que es preciso emplear para no perderse entre sus delicadísimos perfiles no puede ser afrontada por un espíritu aislado. Mientras gasta su esfuerzo en apurar de un lado las cuestiones corre el riesgo de interpretarlas torpemente, *vitalmente*, por todas sus otras caras. De aquí que necesite acumular a su meditación la de los pensadores ejemplares del pasado. Correría sino el riesgo de no pasar nunca del comienzo y detenerse en las primeras y más elementales distinciones que hicieron los filósofos primigenios.

Esta colaboración de los pensadores antepasados en el trabajo del pensador de hoy es lo que trae la historia de la filosofía a la ciencia filosófica actual. Como Goethe decía « solo todos los hombres viven lo humano » cabe insinuar que la filosofía ha de hacerse con la propia cabeza más la de todos los filósofos sidos.

El principiante deberá estudiar — no meramente leer — en un libro (1) lo más reciente posible, el planteamiento de los problemas capitales filosóficos pero a la vez deberá perseguir las resonancias variamente moduladas que esos problemas suscitaron en todos los tiempos.

Para esta labor, en su período de iniciación no conozco obra más aventajada que esta de Vorländer.

FACILIDAD DE LA FILOSOFÍA. Pertrechado el novicio con algunos libros seguros y sencillos cómo éste debe lanzarse sin suspicacia ni desesperanza al estudio de la filosofía. No presuma que va a tropezar con abismáticos misterios, con patéticos enigmas de que sólo un poder mágico puede hacerse dueño. Tal vez se encuentre con problemas que aún no han sido resueltos o que acaso no podrán serlo nunca; pero esos problemas no tienen tampoco nada de misteriosos, al contrario, vemos con perfecta claridad en qué consisten y porqué no pueden ser resueltos. El más grande filósofo actual Edmund Husserl escribió hace pocos años: « La verdadera filosofía reconoce como una imperfección lo que a menudo más se alaba en ella y se imita la profundidad. Profundidad es un síntoma del caos que precisamente la verdadera ciencia pretende transformar en un cosmos, someténdolo a una ordenación sencilla y de perfecta claridad. La verdadera ciencia, por lo menos en cuanto alcanza su positiva doctrina no conoce profundidad alguna. Cualquier trozo de ciencia, ya lograda es un con-

(1) Entre leer un libro y estudiarlo va, por lo menos, esta clara diferencia: leer es recibir el pensamiento del autor, estudiar es reconstruirlo mediante la propia meditación. El estudioso de filosofía deberá acostumbrarse a no leer libros filosóficos. Si se deja llevar por la comodidad de la lectura está perdido: nunca será dueño de los problemas y métodos de su investigación.

junto de pasos intelectuales de los que cada uno es inmediatamente evidente y por lo tanto no es profunda».

Si la dificultad de la filosofía se origina como he dicho, exclusivamente en nuestra falta de hábito para fijar la atención sobre lo abstracto como tal, un poco de constancia que nos permita adquirir el nuevo hábito filosófico haría de aquella famosa dificultad la cosa más fácil del mundo.

El que curioso de filosofía la abandona antes de dominarla, no debe, pues, culpar a esta ciencia por su dificultad si no así mismo por su inconstancia.

ESCEPTICISMO.—He querido indicar que el pasado filosófico no es nunca definitivamente pasado sino que perdura vivaz y activo en la ciencia presente. No acontece lo mismo en las otras disciplinas. La astronomía ptolemaica ejerce escaso influjo, por no decir nulo, sobre la astronomía actual. Platon o Aristóteles, en cambio, son de hoy tanto como de ayer, al menos por lo que hace a la línea medular de su pensamiento. Todo pensador contemporáneo, si mira al trasluz su propia doctrina, ve en ella pululando íntegro el pasado filosófico.

La proclamación de esta identidad radical de la filosofía a lo largo de los tiempos da en rostro a la opinión mas extendida hoy entre el vulgo para el cual un filósofo es siempre un hombre que piensa de manera distinta a los demás de su gremio. Apenas hay para el vulgo intelectual de nuestra edad,—ingenieros, médicos, políticos,—hecho más popular que la escandalosa divergencia de los sistemas filosóficos entre sí. Muchos jóvenes que por su naturaleza se sienten inclinados a la filosofía se apartan de su estudio por virtud de este tópico e infundado prejuicio.

Se trata de una defectuosa herencia que el siglo XIX nos ha legado y aún no hemos conseguido curar del todo. Fué la pasada centuria el siglo de las subversiones: en su comienzo se sublevaron los burgueses contra la nobleza y hacia 1850 asiste a la subversión de los naturalistas contra la filosofía.

Para todas estas grande subversiones históricas existe siempre una misma causa que sirve a la par, de relativa justificación: los abusos cometidos por la jerarquía establecida. Contra los abusos de la Regencia y de Luis XV se alza el Tercer Estado. Contra los abusos del racionalismo en el siglo XVIII y de la filosofía romántica Alemana que fué un Parc—aux—Céris transcendental y una orgía de la dialéctica se insubordina el espíritu serio, metódico, riguroso de los laboratorios. Pero si es justo y conveniente levantarse contra los abusos no lo es tanto pretender el establecimiento de usos radicalmente nuevos como si los del pasado humano fuesen un error absoluto. Los nuevos usos con la idea fija de evitar las excrecencias abusivas de los antiguos suelen preocuparse solo de esto y olvidan los problemas substanciales y eternos que antes solían estar mejor atendidos. Esto ha pasado con las subversiones del siglo XIX: en política se ha ido a una legislación adjetiva que, inspirada tan solo en la suspicacia, carece de afirmaciones y ha traído el caos político, la desestructuración social hacia que caminamos con celeridad incoercible. En ideología trajo consigo una cultura de especialista que dejó a la ciencia exhausta de filosofía y por lo tanto sin esqueleto.

LA INCULTURA ESPECÍFICA DE NUESTRO TIEMPO.—Desde el siglo X no ha habido etapa histórica en que Europa poseyese menos sensibilidad

y saber filosóficos que en los cincuenta últimos años del XIX. Esto ha producido el caos mental que ahora, con sorpresa, encuentra el europeo dentro de sí. Y es que la cultura de los especialistas creó una forma específica de incultura más grande que otra alguna.

Nadie entienda que yo ataco al especialismo en lo que tiene de tal; indudablemente uno de los imperativos de la ciencia es la progresiva especialización de su cultivo. Pero obedecer este solo imperativo es acarrear a la postre el estancamiento de la ciencia y por un rodeo inesperado implantar una nueva forma de barbarie. La ignorancia del que es por completo ignorante toma un cariz pasivo e inocuo.

Pero el que es un buen ingeniero o un buen médico y sabe mucho de una cosa no se determinará a confesar su perfecto desconocimiento de las demás. Transportará el sentimiento dominador que, al andar por su especialidad, experimentará los temas que ignore. Más como los ignora su soberbia—más gremial que individual—no le consiente otra actitud que la imperial negación de esos otros temas y esas o otras ciencias. El buen ingeniero y el buen médico suelen ser en todo lo que no es ingeniería o medicina de una ignorancia agresiva o de una torpeza mental que causa pavor. Son representantes de la atroz incultura específica que ha engendrado la cultura demasiado especializada.

Hacia 1850 se perdió en Europa, toda la noción medianamente clara de filosofía. Uno de los partos de tal insciencia colectiva fué la afirmación completamente caprichosa de que en disciplina alguna habían discrepado tanto las opiniones como en la filosófica.

Hallar en el hecho de la discrepancia doctrinal una razón para el escepticismo es inferencia tan vieja como plebeya y poco meditada. Ya Enesídamo y Agripa llamaron a uno de sus argumentos o *tropos* contra la posibilidad del conocimiento, «el que se funda en la disonancia de las opiniones». Se pretende, por lo visto, elevar a síntoma de la verdad la coincidencia entre los hombres, como si esta coincidencia no pudiese igualmente producirse en torno al error. Espumando la experiencia que la vida deposita en nosotros más probable hallaremos que los hombres se pongan de acuerdo en un error que en una verdad. No faltan sospechas para creer que la verdad será siempre conquista dolorosa de unas cuantas almas solitarias y a menudo perseguidas. De todas suertes, el sufragio universal no decide de la verdad y es indiferente para la certidumbre del conocimiento toda estadística de coincidencias.

Pero es el caso que comparando las variaciones de la filosofía con las acaecidas en la evolución de la ciencias naturales pronto salta a la vista la menor movilidad de aquella. Este ha sido el inesperado descubrimiento hecho por el estudio del pasado filosófico una vez que Hegel elevó la historia de la filosofía al rango de ciencia. En tiempos de Agripa no había propiamente historia del pensamiento filosófico, sino solo hacinaamiento de sentencias o feria de opiniones. Diógenes Laercio cuenta los sistemas filosóficos como una portera los chismes de la veindad. Los gémenes de más rigurosa y metódica investigación que incluye Aristóteles en sus obras quedaron sin desarrollar porque el espíritu griego fué predominantemente antihistórico.

Pero los hombres de hoy no tenemos disculpa. Es, acaso, la historia madurada en ciencia la última gran conquista llevada a cabo por Occi-

dente. Articuladas históricamente, aparecen ahora las variaciones filosóficas como una ejemplar continuidad. No solo resalta el fondo idéntico de toda las filosofías sino que sus diferencias esenciales adquieren un sentido de necesarias modulaciones que aquel idéntico se ve obligado a producir precisamente para mantenerse fiel a sí mismo.

CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD.—Toda ciencia parte de los fenómenos inconexos y divergentes en los cuales busca la unidad. Esta tendencia a unificar lo diverso es una de las dos funciones radicales del entendimiento. La otra es la inversa: sobre la unificación establecida subraya o descubre nuevas diversificaciones. Uno de los principios o métodos unificadores es la idea de evolución. Cuando un montón de hechos diferentes entre sí tolera ser ordenado en una serie de suerte que entre dos fenómenos muy disparejos hallamos siempre intercalado otro que es semejante a la vez al primero y al segundo, decimos que hay evolución. El paso entre las formas disparejas se hace sobre formas intermedias que unen como una cadena de semejanzas la distancia en que las primeras se encontraban. Entre el óvulo y el organismo desarrollado la divergencia de aspecto es tal que puede ser expresada diciendo que no tienen nada que ver entre sí. Pero si entre esas dos formas intercalamos otras podremos ir del óvulo al organismo perfecto al través de una serie de figuras en que las contiguas son casi iguales. Entonces decimos que esas figuras son estadios de la evolución de un núcleo idéntico.

La historia, sea de esto o de lo otro, del cuerpo vivo o de una nación, de un arte o de una ciencia, consiste primariamente en el establecimiento de estas líneas o series de evolución. Graciosamente decía Schopenhauer que la misión de la historia estaba en mostrar cómo las cosas han sido siempre las mismas solo que en cada momento de otra manera.

EADEN SED ALITER.—Esta tendencia unificadora que la historia satisface mediante la idea de evolución, puede, sin embargo, convertirse en vicio. El afán de hallar continuidad en lo diferente conduce, acaso, a desconocer todo el rigor de ciertas indominables diferencias. Por eso a épocas en que predomina la pasión por unificar siguen otras en que se acentúa lo que de discontinuo, de divergente hay en las cosas.

A mi juicio frente a las demasías del evolucionismo cometidas por el siglo XIX en todas las ciencias, incluso en la historia, la actual generación de científicos se verá obligada a acentuar lo diferencial existente en ciertos fenómenos, haciendo resaltar que la unificación ejecutada fué ilusoria. Se abre para la ciencia, creo yo, una era de lo discontinuo.

Así en la historia de la filosofía por un curioso retorno de las actitudes tenemos que insistir sobre lo diferencial de los sistemas. Con mayor denuevo aún, habrá que hacer esto en la historia general de las culturas. Pero no haya duda, esta tendencia lejos de negar el fundamento de la contraria la supone y reconoce. La filosofía no ha sido a lo largo del tiempo una acumulación de caprichos; lejos de esto es justamente con la matemática, la que ha variado dentro de límites más angostos.

Si en el público culto no se hubiese perdido, como arriba he indicado, la tradición de los conocimientos filosóficos, no habría reparo en recomendar al principiante y al curioso obras de historia filosófica mas en armonía con el pensamiento de los investigadores actuales. Pero aunque

esas obras estuviesen escritas—y no lo están, me parecería funesto ponerlas en manos de los que se inician.

La realidad es que existe una perfecta incongruencia entre el estado de espíritu de los que hoy hacen filosofía y el del público. Sigue este en 1850: en la masa social dominan hoy los mismos prejuicios e ignorancias que entonces respecto a la filosofía. Si hay alguna diferencia habrá que buscarla en la expansión mayor adquirida por aquellos prejuicios. Verdad es que se va nutriendo con triunfal progresión el grupo de los que vuelven a filosofar tras el eclipse ideológico de media centuria. Pero entre tanto los que no son filósofos siguen pseudo-filosofando a la moda de 1850.

Por lo tanto, el fenómeno social más extenso con que aún será preciso contar durante algún tiempo es el escepticismo innato con que el europeo actual se acerca a la filosofía.

En mi servicio universitario he observado con reiterada sorpresa que los principiantes son a *nativitate* escépticos. Recuerdo que Herbart decía sutilmente: «Todo buen principiante es un escéptico, pero todo escéptico no es sino un principiante». Pero en España y ahora, no solo son escépticos los buenos principiantes sino también y muy especialmente los malos.

En Grecia fué el escepticismo un estado de exgusitada intelectualidad a que algunos individuos geniales llegaban tras largos esfuerzos. Hoy el escepticismo es el punto de que se parte y el aire que se respira. El fenómeno colectivo, índice de los tiempos, daría márgenes o consideraciones no exentas de interés pero que huelgan en este prefacio.

Para una época como la nuestra, dominada por tales prejuicios frente a la filosofía, no hallo libro de historia filosófica mas idóneo que el de Vörländer.

En primer lugar, el autor aísla la exposición evolutiva de los sistemas del ambiente histórico en que nacieron. Da ésto a su obra, un carácter algo esquemático pero que es ventajoso para el novicio por la simplificación que trae consigo. Además, acentúa sobremanera el momento de identidad que, en efecto, existe entre todas las escuelas filosóficas. Claro es que esto no lo logra sin algunas exageraciones. Pero esta acusada fisonomía unificadora presta al ensayo de Vörländer un valor inestimable como medicina contra el tropo de Agripa que la ignorancia de nuestro tiempo en filosofía ha propagado universalmente.

EL ESPÍRITU DE AMÉRICA

Cartas entre ROMAIN ROLLAND Y VASCONCELOS

(De Rolland a Vasconcelos)

Miércoles 9 de Enero de 1924.

Estimado señor Vasconcelos:

A cabo de recibir el Boletín de la Secretaría de Educación Pública, que me fué enviado. Le doy a usted las gracias.

Me ha causado admiración el magnífico esfuerzo que se ha hecho, en estos últimos años, en México, así como el despertar intelectual que en esa República se anuncia. De ese movimiento usted ha sido sin duda el «animador» inspirado y enérgico. Felicitémosle.

Hojeando este volúmen—índice de trabajos fecundos y múltiples—al leer esas polémicas apasionadas que vuestro nombre suscita; al leer especialmente, vuestra carta del 28 de mayo último, dirigida a la juventud de Colombia, he sentido la importancia del papel histórico que para el porvenir de la América Latina y del resto del mundo está usted representando, pues hoy, en la humanidad todo se liga, todo se relaciona, todo debe ser *sinfonía*.

Francés de nacimiento (francés antiguo del centro de la Francia nivernesa) pero *Weltbürger* de espíritu libre de todas las cortapisas y de todos los prejuicios de religión y de nacionalidad, tratando de realizar en mí mismo la armonía de los varios pensamientos del género humano, aplaudo, no obstante, vuestro deseo de reunir en un sólo cuerpo los miembros dispersos de las razas ibero americanas.

Biógrafo de héroes: de Beethoven, de Miguel Angel y de Tolstoi (he visto que vuestra Secretaría de Educación Pública ha hecho la traducción y la edición de estas vidas) abrigo al igual que el amor de las grandes personalidades individuales el de las grandes personalidades colectivas. He sufrido a menudo de ver en América la humillación de las espléndidas razas latinas. Es preciso reanimarlas, erguir las, no con un pensamiento de supremacía nacional o racial, pero con el amor de la humanidad entera. En el conjunto Pan humano, tienen una misión luminosa que cumplir y, hasta nuestros días, no la han realizado por molición y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y, sobre todo, por rabia de destruir y de destruirse. ¿Me atreveré a decir (¡sí, puesto que las amo!) que han traicionado sus propios destinos? . . . ¡Que tengan de nuevo conciencia de ellos! El mundo necesita de su reacción vigorosa contra las razas anglo-sajonas, que tienden a dominar el universo. Los latinos de América y de Europa tienen, en menor grado que los anglosajones de Europa, (especialmente esta *élite* inglesa que ha conservado tan bien sus gloriosas tradiciones, su independencia de los tiempos heroicos) el sentido de la libertad política, pero, mucho más que los anglosajones, tienen los latinos la libertad de espíritu o, al menos, las posibilidades de esa independencia total de la inteligencia que nadie puede detener en la conquista de la verdad. Y, sobre todo, tienen el sentido viviente y apasionado de la belleza. Oponen a la moralidad estrecha de las razas anglosajonas el sano y completo desarrollo de todas las fuerzas de la vida.

¡Qué grises nos parecen hoy los siglos en que el sol de las razas latinas se oscureció! Hasta el vuelo prodigioso de las ciencias es, desde hace cien años como el vuelo de un águila en un cielo brumoso. Latinos, ¡devolvedle la luz!

Con un fraternal apretón de manos, suyo.—ROMAIN ROLLAND.

(Respuesta de Vasconcelos)

México D. F., a 2 de febrero de 1924.

Sr. Romain Rolland.

Muy querido Maestro:

Su carta de 9 de enero me ha causado la más grata emoción. No me hubiera imaginado, aunque debí esperarlo de su generosidad, que us-

ted se ocupara con tanto interés y simpatía de nuestros asuntos latino-americanos.

A la altura intelectual en que usted se encuentra nada significa el halago de la vanidad, por eso sólo con el fin de que usted comprenda la verdad de lo que antes afirmo, le llamo la atención sobre la enorme influencia que los escritos de usted ejercen entre nosotros, y le cito por ejemplo, el caso de la Circular N.º 3—«Lo que debe leerse»—que dirigí hace tres años a los maestros mexicanos recomendando sus obras. También hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel moral de la Nación. Si he de mencionar algo que es personal le diré que hace pocos años, en el largo período de tiempo que yo anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fué en su *Jean Christophe* donde muchas veces encontré aliento. Más tarde he seguido sus escritos como se sigue a un guía y a un maestro. Mis opiniones sobre la guerra mundial, se inspiraron casi siempre en sus juicios y muchas veces lo he acompañado en sus inquietudes sobre el destino del mundo; mi fe ha buscado la suya para renovarse y no pocas veces al sentirme destrozado por el triunfo insolente y continuo del mal y la injusticia, he hallado refugio en su pensamiento; todo esto le explicará la importancia que doy a sus palabras actuales. Su aprobación de la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un sólo haz los miembros dispersos de la raza ibero-americana, la veo como una consagración de este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, uno que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema usted que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para construir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos. Queremos impedir que una raza, por alta que ella sea, imponga sus caracteres a las otras, pues creemos que la vida debe ser fecunda y múltiple, infinita y libre.

Y esta creencia concilia el ideal de integración con el más amplio objetivo de la verdadera hermandad de todos los hombres.

Haré pública su carta para que toda la América Latina conozca sus conceptos de la misión que nos compete, no de «supremacía racial», sino de amor de la humanidad entera y también para que medite en los defectos que nos impiden realizar esa misión: «molición y violencia, sensualismo disolvente, orgullo personalista, provincialismo nacional, individualismo desenfrenado y sobre todo, rabia de destruir y de destruirse». Todo esto es la verdad misma, y nos hace usted un gran favor proclamándolo. México necesita oír esta voz de admonición porque se encuentra azotado como de una calamidad intermitente. Necesita transformar la rabia de destruir en rabia de construcciones materiales y morales. Necesita construir un ideal. Somos una Nación atea, en el peor sentido del término, atea no tanto porque reniegue de dogmas, sino porque carece de ideales, porque cuando no nos burlamos del ideal, lo pisoteamos o lo desconocemos. Llámese justicia; llámese libertad; llámese amor, no hay nada sagrado entre nosotros. Quizá esto dependa, así lo creo yo a veces, no de ausencia de don religioso, sino de que estamos forjando con la raza nueva, un nuevo concepto de vida. De todas maneras, vivimos sin brújula entre las ambiciones más ruines y los apetitos más locos. Poseemos, afirma usted, el

sentido viviente y apasionado de la belleza, y sin duda es allí donde debemos buscar el impulso de nuestra regeneración. Lo alcanzaremos si logramos asentar la moral, asentar la justicia, asentar la vida misma en el misterio de la belleza religiosa. Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos. Pero todo esto es parte de una especie de visión confusa que busca la gloria por caminos que en cierto sentido nos son propios. Claro que tal propósito se ve prostituido a cada instante por la incompreensión, la ineptitud y la maldad, pero el ideal va tomando forma y un día llegará al triunfo, si es que en este mundo tienen razón los que como usted creen que la vida contiene posibilidades superiores. A los que vivimos el conflicto nos parece a menudo que vamos a la dispersión y al caos. En cambio, usted que juzga desde la serena ventana de la contemplación, podrá señalar nuestras faltas y comentar nuestras acciones. Usted no comparte la ceguera europea de creer que sólo allí puede el espíritu ensayar normas creadoras, por eso es usted capaz de adivinarnos, de comprendernos y de aconsejarnos.

Perdone usted que no le haya consultado antes de acordar la traducción de sus tres vidas: Tolstoi, Beethoven y Miguel Angel. Es porque hemos trabajado con un apresuramiento febril que no permitía espera, y en cambio, sabía intuitivamente, que contaba con usted y que usted se alegraría de nuestro éxito. Justamente hace pocos días llegó a mis manos su *Mahatma Gandhi*, que ahora usted ha tenido la bondad de enviarme. No sé qué decirle de los métodos del Gandhi, pero de todas maneras su ejemplo es admirable y a usted le agradezco que por comunicación subconsciente sepa adivinar las necesidades espirituales de sus discípulos. Solitario por temperamento, solitario aún en medio de la sociedad, constantemente llamo en mi auxilio a las «almas de todos los tiempos y de todas las naciones, que sufrieron, lucharon y vencieron o vencerán», las mismas a quienes usted dedica la Alborada de *Jean Christophe*. Por eso, cuando usted, que es una de esas almas, después de socorrerme tantas veces sin saberlo, ahora me tiende los brazos, no puedo menos que enviarle en respuesta toda mi gratitud acumulada y toda mi fuerza que le jura alianza en la causa sagrada de la liberación de los hombres.—JOSÉ VASCONCELOS.

A PROPÓSITO DE "LA LIBERTAD CREADORA"

Señor Don Carlos Américo Amaya

Mi querido amigo:

Le doy las gracias más cumplidas por haber hecho llegar a mis manos "La Libertad Creadora" y "El Pensamiento Filosófico Actual" del Dr. Korn.

Mi agradecimiento proviene de que ha llenado usted con su generoso envío una imperdonable laguna de mi espíritu en materia de pensamiento argentino.

Con los dos estudios me doy cuenta del gran valer mental del profesor Korn, de su sólida construcción filosófica, de sus puntos de vista origi-

nales y de la seguridad con que camina en el terreno de la filosofía contemporánea, fácil al extravío de inteligencias menos clarividentes y menos cultas. Y he dicho "laguna de pensamiento argentino" porque este gran país tiene el raro privilegio de sumar a su actividad criolla todas esas nobles trasplantaciones que salen de ultramar en calidad de gérmenes escogidos y aquí crecen y fructifican para lustre del país que supo acogerlos y "valorizarlos", para usar un término acorde con el espíritu de Vd. Creo que el sabio catedrático no tendrá reparos que poner a la carta de ciudadanía argentina que yo concedo espontáneamente a su obra de pensador y de maestro. (1)

De buena gana contestaría su última carta con algún trabajo mío para su revista; pero ya habrá sabido que estoy de viaje a España. — no sé todavía la fecha exacta, — y estos traslados quitan el tiempo y la tranquilidad. Allí y en cualquier parte seguiré interesadísimo la labor de ustedes, y allí y en cualquier parte seguiré siendo su camarada viejo, pero con entusiasmo de juventud.

Yo creo que usted me hará el servicio de manifestar al Dr. Korn la altísima estimación en que le tengo, y que mandará lo que guste a su amigo que le quiere.—ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Buenos Aires, marzo 4 de 1924.

(1) El doctor Gonzalez Martinez comete un pequeño lapsus "topográfico", el Dr. Korn ha nacido en la provincia de Buenos Aires, partido de San Vicente.—N. de la R.

CeDInCI

INDICE DEL TOMO I

(NÚMEROS 1, 2 y 3)

AMAYA Carlos Américo

- BIBLIOGRAFÍA—*España invertebrada* de José Ortega y Gasset pág. 43
Ciencia Natural y Ciencia Cultural de Enrique Rickert " 129

ASTRADA Carlos

- El nuevo esteticismo " 178

BONET Carmelo M.

- Héctor Ripa Alberdi " 97

BLAKE Pedro V.

- BIBLIOGRAFÍA—*Lámpara del Recuerdo* de A. Fernández García " 133

BERMANN Gregorio

- NOTICIAS—Sobre la creación de una cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Córdoba " 159
La quimera intelectualista " 169

COSTA ALVAREZ Arturo

- COMENTARIOS—El estudioso argentino y el catedrático importado, ante la autoridad universitaria. Estudios sobre gramática americana de la lengua castellana " 137
" 252

COSIO VILLEGAS Daniel

- La pintura en Méjico (con cuatro láminas fuera de texto) " 209

DIRECCION La

A los lectores pág. 77

GONZALEZ MARTINEZ EnriqueHéctor Ripa Alberdi " 78
NOTICIAS—A propósito de *La Libertad Creadora* " 266**GABRIEL José**

Una Rebeldía " 28

HERRERO DUCLOUX Enrique

La alquimia en "Las mil y una noche" " 6

HENRIQUEZ UREÑA Pedro

Poeta y luchador " 94

IBARBOUROU Juana

Héctor Ripa Alberdi " 99

KORN AlejandroBIBLIOGRAFÍA—*Estudios Indostánicos* de José Vasconcelos " 123
Esquema Gnoseológico " 163
COMENTARIOS—Intrusos " 249**LOPEZ MERINO Francisco**BIBLIOGRAFÍA—*Segunda antología poética* de Juan Ramón Gimenez " 46
Héctor Ripa Alberdi " 100**MARASSO Arturo**Mis recuerdos de Héctor Ripa Alberdi " 80
Píndaro en la literatura castellana " 204**NOE Julio**

Héctor Ripa Alberdi " 92

ORTEGA y GASSET José

NOTICIAS—Hacia un nuevo Humanismo " 257

REDACCION LaIntenciones " 3
COMENTARIOS—Leopoldo Lugones " 50
Comentarios anacrónicos " 150
El destierro de Unamuno " 240**REDACCION La**VIDA ANECDÓTICA—El criptopedagogismo y las memorias del intelectómetro pág. 53
NOTICIAS—La libertad de la India y el proceso de Gandhi " 65
Homenaje a Benjamín Taborga " 73
Revista de Occidente " 158**RITTER Heinrich**

Iván Mestrovic (con cuatro láminas fuera del texto) " 24

RIPA ALBERDI HéctorBIBLIOGRAFÍA—*Nueva literatura* de Julio Noé " 40
COMENTARIOS—Última palabra " 48
Autores que ya no leemos " 52
Selección lírica " 102
Por la unión moral de América " 111
Porque os amamos profundamente " 116**RIPA Eduardo**El secreto idealismo " 217
BIBLIOGRAFÍA—*El hogar en el Campo* de Fernández Moreno " 244**REYES Alfonso**Del libro inédito *Calendario* " 1**ROHDE Jorge Max**

Héctor Ripa Alberdi " 88

RENOVACION Grupo de Estudiantes

Armamentismo continental (manifiesto) " 135

ROMAIN RollandNOTICIAS—Carta al Grupo Revolucionario " 72
Mahatma Gandhi " 221**SANCHEZ VIAMONTE Carlos**BIBLIOGRAFÍA—*Principios de reconstrucción social* de Bertrand Russell " 126
Opinión pública y voluntad social " 186**TABORGA Benjamín**

Filosofía del diletantismo " 197

UNAMUNO Miguel

Noticias— España en manos de los militares . . . pág. 153

ZIEHEN T. H.

Noticias— Las corrientes filosóficas en la medicina actual " 154

Z. R.

Bibliografía— Azorín *Don Juan* " 243

ROMAIN ROLLAND-VASCONCELOS

Noticias— El espíritu de América " 263

Láminas

MESTROVIC Ivan

La joven del laúd— La música— Autorretrato— Madonna

MONTENEGRO Roberto

Decoración de la sala de conferencias libres de Méjico.

MONTESINOS Mariano

Retrato de Unamuno

GRANIÉ

Retrato de Romain Rolland.

XXX

Retrato de Héctor Ripa Alberdi.

Vinetas y dibujos de DIEGO RIVERA y GABRIEL FERNÁNDEZ LEDESMA.

Establecimiento Tipográfico "Alberdi" Mario Sciocco y Cia. - La Plata



Libros que se hallan a la venta

EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL
de la Secretaría de Educación Pública
DE MÉJICO

TRADUCCIONES DIRECTAS.

HOMERO	La Iliada	2	Volúm. tela inglesa	\$ 2.00
"	La Odisea	1	" " " "	" 1.00
ESQUILO	Tragedias	1	" " " "	" 1.00
PLUTARCO	Vidas Paralelas	2	" " " "	" 2.00
EURÍPIDES	Tragedias	1	" " " "	" 1.00
DANTE	Divina Comedia	1	" " " "	" 1.00
PLATON	Diálogos	3	" " " "	" 2.00
TOLSTOV	Cuentos	1	" " " "	" 1.00
PLOTINO	Eneidas	1	" " " "	" 1.00
ROMAIN ROLLAND	Vidas ejemplares	1	" " " "	" 1.00
RIVERA	Virreynato de la N. España	1	" " " "	" 2.00

EN VENTA

En el expendio del Departamento Editorial, calle del Lic. Verdad N. 2
Edificio de la Universidad Nacional, Méjico

NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERÍAS

La indiferencia

Es propia de individuos egoístas y faltos de ideología

El Centro Cultural "Alborada" realiza una intensa obra cultural y pide a todos aquellos que están de acuerdo con su manera de obrar su apoyo decisivo.

Han ocupado su tribuna los siguientes ciudadanos: Edelmiro Calvo (h.), Alejandro Castiñeiras, José Gabriel, Roberto A. Ortelli, Moisés Kantor, Carlos Sánchez Viamonte y Carlos Malarriga. En breve: Alberto Palcos, Héctor Olivera Lavié, M. A. Barrenechea, Ismael Moreno, Simón Scheinberg.

"ESPAÑA"

Semanario de la vida nacional española

Suscripción anual en América 20 pesetas
número suelto 30 céntimos

Redacción y Administración: Pradot 11.
2ª Madrid Apartado 139

REVISTA DE OCCIDENTE

Dirigida por J. Ortega y Gasset

Ciudad de venta y suscripción en la Argentina:
Número suelto \$ 1,75 Suscripción anual \$ 16
Suscripción semestral \$ 8

Madrid. Apartado 1.206, Avenida de Pi y
Margall 7, (segundo trazo Gran Vía)

CÓRDOBA

Decenario de crítica social y universitaria

LIMA 209.

CÓRDOBA.

Pianos y Música

MÉTODOS,
AUTOPIANOS,
ROLLOS, etc.
PARA TODOS

en la
CASA MAS ANTIGUA
de PIANOS y MUSICA

Wottemoser
Rivadavia 853
Buenos Aires



El Cocobacilo

Publicación mensual humorística

Director: Dr. Jacobo Zimmerman

En venta el número 54 (Abril de 1921) con colaboraciones de: La Dirección, Julio Iribarne, Arturo Canela, Clemente Onelli, Juan E. Carulla, Paúl Groussac, Aníbal Ponche y otros.

Número suelto 50 ctvs.

Administración: Triunvirato 537. Bs. Aires

LIBROS DE VENTA EN EL "PALACIO DEL LIBRO"

MAIPÚ 49 - BUENOS AIRES



- Muller.* Historia de la Literatura Griega 1 tomo E. . . \$ 14.—
Surroca. Estética y teoría literaria 1 tomo E. . . " 7.—
I. de C. Puig. Antología de poetas argentinos 10 tomos E. " 25.—
A. F. de Schrack. Poesía y Arte de los Arabes en España
3 tomos E. " 10.—
Menéndez y Pelayo. Orígenes de la novela 4 tomos E. . . " 35.—
Marchau. Estudios Críticos 1 tomo E. " 3.50
Varela. Florilegio de poesías Castellanas 5 tomos E. . . " 12.50
Menéndez Pidal. Documentos Lingüísticos de España 1 t. E. " 11.50
Miscelánea de estudios y textos Arabes
1 tomo E. " 25.—
Mir y Noguera. Prontuario de Hispanismo y Barbarismo
2 tomos E. " 20.—
Menéndez Pelayo. Historia de la poesía Hispano Americana
2 tomos E. " 26.—
Menéndez Pelayo. La Ciencia Española 3 tomos E. . . " 10.50
Ochoa E. de. Tesoro de los poemas Españoles 1 tomo E. " 4.—
Conde de la Viñaza. Bibliografía Española de lenguas indí-
genas de América 1 tomo E. " 10.—
Sbarbi J. M. Diccionario de refranes, adagios, proverbios,
etc. 2 tomos E. " 26.—
Espasa. Enciclopedia Universal (tomo 21 dedicado a España)
1 tomo E. (volumen doble). " 21.—

DEDICAMOS ATENCIÓN

A TODOS LOS IMPRESOS QUE SE NOS ENCOMIENDA, Y PROCURAMOS DENTRO DE LO POSIBLE AJUSTARLOS A LAS NECESIDADES DE CADA RAMO. NUESTROS CLIENTES HABLAN POR NOSOTROS EN CUANTO A LA PRESENTACIÓN DE NUESTROS TRABAJOS: Y SUS PRECIOS, SIN SER LOS MÁS BARATOS, SON LOS MÁS CONVENIENTES, POR LA CALIDAD DE LO QUE ENTREGAMOS.

Establecimiento Tip. "ALBERDI"
Mario Sciocco y Cia. - La Plata

Academia Provincial
de
BELLAS ARTES

59 esq. 8 - La Plata

Cursos de Dibujo
Pintura
Arte Decorativo

Inscripción:

MARTES, JUEVES y SÁBADO
de 9 a 11 y de 14 a 16 horas.

Librería "Ateneo"

de

FERNÁNDEZ Hnos.

Diegoal 80-1012 - La Plata

Un libro se avalora por la naturaleza del tema que trata, la claridad con que se expone y el aporte de nuevos conocimientos útiles que puede ofrecer a quien lo lea. EL PETROLEO, desde ese punto de vista, es el libro ideal. Léalo. Le ayudará a desentrañar el origen, los fines y las dañosas consecuencias del monopolio en una de sus manifestaciones más características.

Única casa que recibe todas las novedades

Juan C. Cammajó

Químico-Farmacéutico

Preparación de Recetas
Especialidades Farmacéuticas

Farmacia "PASTEUR"

SECCION OPTICA

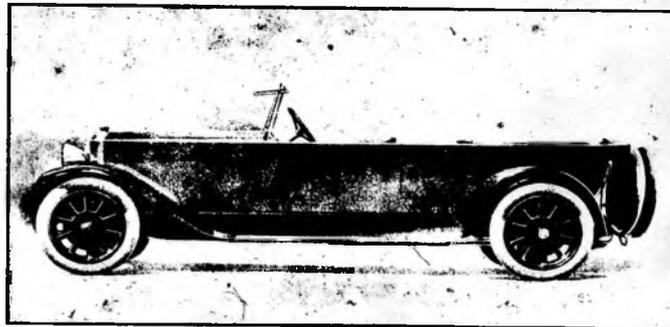
Se atienden recetas de médicos oculistas.
Lentes, Anteojos, etc.

Análisis clínicos en general

7, 53 y 54 - U. T. 300 - La Plata

FIAT - Modelo 519

Seis cilindros 40-45 H. P.



EL AUTOMOVIL MAS HERMOSO DEL MUNDO

Las características de este nuevo modelo constituyen la última palabra en concepto de Técnica, Mecánica, Elegancia, Sobriedad y Confort.

Calle 7 esq. 54. - Agente LORENZO LEVAGGI - Telef. 648. La Plata



EDITORIAL "RENOVACION"

El grupo de estudiantes "Renovación", de acuerdo a los principios que lo guían, ha resuelto publicar una serie de obras de los más grandes escritores modernos y contemporáneos, que aparecerán periódicamente.

El primer volumen, a editarse en el corriente mes:

FATALIDAD de Henri Barbusse

Sucedrán obras de: Romain Rolland, Leonidas Andreiew, Antón Chejov, Mahatma Gandbi, Roberto Bracco, etc., etc.

Todas las obras editadas por la Editorial "Renovación" serán inéditas en castellano.

Ateneo Universitario

Comisión Directiva

Presidente

JULIO DILLON

Vicepresidente

CARLOS AMÉRICO AMAYA

Secretario

ROBERTO SMITH

Prosecretario

ARTURO ARAOZ ALFARO

Tesoroero

HORACIO FERREYRA DIAZ

Procesorero

RICARDO S. MOLINARI

Calle Maipú 126 - Buenos Aires

En La Plata se reciben adhesiones en la redacción de esta revista

El pensamiento

sano y vigoroso de la juventud está expresado en

"INICIAL" -

Revista de la nueva generación. — Suscribese —

Trimestre \$ m/n. 2.50

Semestre 5.—

Año. 10.—

Número suelto 1.—

EXTERIOR: Año . . \$ o/a 5.—

Avda. de Mayo 654, 3er. piso

Agente en La Plata:

Ing. Aquilino Carabelli

Calle 57 Núm. 404

REVISTA DE FILOSOFÍA

Dirigida por

JOSÉ INGENIEROS

y

ANIBAL PONCE

©©

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

©©

Redacción y administración:

Belgrano 475 Bs. Aires

"NOSOTROS"

Revista de Letras,
Arte, Historia, Fi-
losofía y Ciencias
Sociales

Directores:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

Dirección y Administración:

Libertad 543 Buenos Aires

VALORACIONES



Con motivo del segundo centenario del nacimiento de Kant, esta revista publicará un número extraordinario dedicado a estudiar la obra del pensador de Königsberg.

Colaboración de:

Alejandro Korn, Corioloano Alberini, Ernesto Quesada, Enrique Martínez Paz, Raúl Orgáz, Carlos Astrada, Alberto Rodríguez, Moisés Kantor, Alfredo Franceschi.

Obras de
HÉCTOR RIPA ALBERDI

Edición de homenaje publicada por el Grupo "Renovación"

Tomo I — Poesías.
Tomo II — Prosa.

Prólogo de Pedro Henríquez Ureña.

Se ha clausurado la suscripción adelantada, habiéndose recolectado \$ 1.639,50, depositado en Caja de Ahorros del Banco de la Nación.

"Valoraciones" - Revista de Humanidades, Crítica y Polémica, editada por el Grupo de Estudiantes "Renovación" de La Plata.

SUSCRIPCIÓN

Argentina, por año. . . \$ 5,00 - Número suelto \$ 1,00

(Números 1 y 2 agotados)

Redacción: Calle 56 - 989 - Administración: Editorial "Renovación", calle 57 - 404, La Plata

Representantes generales: Uruguay: G. Muñoz Montoro; Méjico: Daniel Gasio Villegas; Chile: Gabriela Mistral; Perú: Raúl Porra; Barrechea; Colombia: Germán Arciniega; España: Cipriano Rivas Cherif; Francia: Francisco Contreras; Alemania: Saúl A. Taborda.

CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN

Editorial "Renovación", calle 57-404, La Plata:

Sírvase suscribirme a la Revista "Valoraciones" por el término de un año, para lo cual acompaño el importe.

Nombre

Domicilio

SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO
(Pago adelantado)

Argentina
Exterior

\$ m/n. 5,00
o s. 3,00

<p>— C. DELGADO FITO —</p> <p>SED</p> <p>(POEMAS)</p> <p>En venta: \$ 1.50</p>	<p>Librería LA ESTRELLA</p> <p>51 número 643</p> <p>©</p> <p>Se inaugura en breve</p>
<p>"AMERICAN"</p> <p>Restaurant y Bar</p> <p>7, 54 y 55 - U. Telef. 197 - La Plata</p>	<p>Visite la exposición</p> <p>Fotografía Borio</p> <p>51-409 - U. Telef. 2362 - La Plata</p>

<p>ESCRIBANÍA PÚBLICA</p> <p>DE</p> <p>Gonzalo Muñoz Montoro</p> <p>ASUNTOS Notariales, judiciales y administrativos</p> <p>TRAMITACIONES Aduaneras, consulares y parlamentarias</p> <p>GESTIONES Bancarias, comerciales y financieras</p> <p>NEGOCIACIONES Marítimas y sobre inmuebles</p> <p>INFORMACIONES Culturales, bibliográficas, legales, comerciales, geográficas y personales</p> <p>OFICINAS: Misiones 1489 (117 p) - Tel. 2714, Central</p> <p>PARTICULAR: Pedro F. Berro 16, Pocitos</p> <p>MONTEVIDEO</p> <p>Dr. ALFREDO LOPEZ ARRIEU Abogado</p> <p>10 - 562 La Plata</p>	<p>Dr. ENRIQUE GIACCIO Químico Biólogo</p> <p>54, 6 y 7, N. 572 - U. T. 1868 - La Plata</p> <p>Dr. DEODORO ROCA Abogado</p> <p>Rivera Indarte 544 - U. T. 2027 - Córdoba</p> <p>Dr. RAUL CAMPAÑARO Cirujano odontólogo</p> <p>4 - 981 - U. T. 1136 La Plata</p> <p>Dra. ALBA I. MANINI Dentista</p> <p>47 - 648 - U. T. 585 La Plata</p> <p>Dr. EMILIO D. CORTELEZZI Médico</p> <p>60, 1 y 2 - U. T. 122 La Plata</p> <p>Dr. JORGE LAZCANO Abogado</p> <p>Sarmiento 643 Buenos Aires</p> <p>Dr. ENRIQUE SUER Bioquímico</p> <p>56 N. 720 - U. T. 2319 La Plata</p> <p>Dres. BALLBÉ Y MADRID Cirujanos dentistas</p> <p>Diag. 80-1028-U. T. 3239 La Plata</p>
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

<p>Dr. J. OSCAR LLOVET Dentista</p> <p>58-835 La Plata</p> <p>Dr. SIMÓN MENDY Médico Cirujano</p> <p>7-1082 - U. T. 10 La Plata</p> <p>Dr. RAUL ORGAZ Abogado</p> <p>27 de Abril 810 Córdoba</p> <p>JOSE MARIA REIDÓ Escribano</p> <p>50-640 - U. T. 1609 La Plata</p> <p>ALFREDO SOSA Escribano</p> <p>41-373 - U. T. 2375 La Plata</p> <p>Dr. LUCIO A. FLORIO Abogado</p> <p>12-668 - U. T. 3127 La Plata</p> <p>Dr. FRANCISCO OLEASTRO Abogado</p> <p>57-618 - U. T. 2263 La Plata</p> <p>Dr. ENRIQUE V. GALLI Abogado</p> <p>13-48 y 49 La Plata</p> <p>GABRIEL DEL MAZO Arquitecto</p> <p>Sarmiento 1757 Buenos Aires</p> <p>Dr. VICENTE PATERNOSTO Abogado</p> <p>14-682 - U. T. 2640 La Plata</p> <p>Dr. GENARO SCARPINO Abogado</p> <p>48-936 - U. T. 670 La Plata</p> <p>Dr. AMILCAR A. MERCADER Abogado</p> <p>46-886 - U. T. 735 La Plata</p> <p>Dr. AMILCAR RAZORI Abogado</p> <p>San Martín 825. Santa Fé</p>	<p>Dr. F. V. SANGUINETTI Lavalle 1208 - 2º Piso - Escrib. 11 a 13 Buenos Aires</p> <p>Dr. JOSE VALIDO MARTI Abogado</p> <p>45-408 La Plata</p> <p>Dr. JULIO V. GONZALEZ Caugallo 490 Buenos Aires</p> <p>Dr. ALBERTO J. RODRIGUEZ Sarmiento 150 Buenos Aires</p> <p>Dr. ANTONIO M. PITTALUGA Abogado</p> <p>Profesor A. de la Facultad de Derecho Convención 1320 Montevideo</p> <p>VICENTE MONTEIRO Abogado</p> <p>Calle 10-1320 La Plata</p> <p>Dr. JUAN JOSE BENITEZ Abogado</p> <p>Particular: 54-472 Estudio: 48 N. 811 U. T. 2127 La Plata U. T. 021</p> <p>Dr. Carlos Sánchez Viamonte Abogado</p> <p>53-10 y 11 La Plata</p> <p>ISMAEL ERRIEST Abogado</p> <p>55-451 La Plata</p> <p>Clínica Dental de GERARDO BRUFAU GENOVA</p> <p>Ex jefe de clínicas de la Facultad Ex profesor de ortodoncia y prótesis dental.</p> <p>CALLE 59 793 TELER. 550</p> <p>PROFESORA DE FRANCES Prepara alumnos para Colegio Nacional Normal e Industrial</p> <p>Calle 11 045 La Plata</p>
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

A CAMBIO DE CADA EJEMPLAR EN BUEN ESTADO DE
LOS NÚMEROS 1 Y 2 DE «VALORACIONES» SE ENTREGA UNA
BOLETA DE SUSCRIPCIÓN A DOS NÚMEROS.

LA ADMINISTRACIÓN.

Librería José Moly

Editores — E. & A. MOLY — Impresores

— CALLAO 525. BUENOS AIRES - U. T. 6279, LIBERTAD —

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACION

Adaptados al plan de estudios secundarios

- H. E. C.* Anatomía Fisiología e Higiene, tela \$ 5.—
» Teoría Literaria " 3.—
» Botánica e Historia Natural " 7.40
V. Racuez. Resumen de Historia Universal " 5.50
A. del Lago. Iniziazione Italiana 2 vol. para 4.º y 5.º año
cada tomo tela " 4.—

OTRAS PUBLICACIONES DE LA CASA

- A. Gandarias.* Explotación práctica de chacras y estancias t. \$ 15.—
J. D. Ravinale. Apuntes de Instituciones de Comercio y
Finanzas, tela " 3.—
T. Valdaspe. Historia de la Literatura Castellana, con nu-
merosos trozos selectos, tomo I.º " 10.—
T. Valdaspe. Historia de la Literatura Española e Hispano
Americana " 6.—
» Tratado de Lógica " 4.50
N. Ehtual. Manual de Psicología " 4.50

Editorial Argonauta

Últimas publicaciones:

«Artistas y Rebeldes» Rodolfo Rocker. — «Dictadura y Revolución», Luis Fabbri.

De próxima publicación:

«Ética», Pedro Kropotkin. — «La nueva creación de la sociedad por el anarquismo comunista», Pierre Ramus. — «Historia del movimiento Maknovista», Pierre Arschinoff. — «Precursores de la Internacional», W. Tcherkesoff. — «Historia del movimiento obrero en España», Rodolfo Rocker. — «Obras completas», Pedro Kropotkin.

Datos:

J. M. FERNANDEZ
Casilla de Correo 1980. Bs. As.

Imprenta y Librería

Diagonal 80-1077

La Plata

BAR "VICTORIA"

ASIÓN Y ANORO

PROXIMAMENTE SE INAUGURARÁ

el

SALÓN PARA FAMILIAS

7 Y 49 - TELÉF. 2964 - LA PLATA

"EL RUISEÑOR"

CASA EDITORA DE MÚSICA

VENTAS POR MAYOR

Ediciones económicas

49 núm. 635

La Plata

ACADEMIA POLÍGLOTA COMERCIAL Y POLITÉCNICA

Director:
NICOMEDES DEL PECHO

Calle 47-388 - Teléf. 2938 - La Plata

LECCIONES EN ALEMÁN

Dra. M. H. de Bose

CALLE 2 NÚM. 1280 - LA PLATA

DIBUJOS PARA BORDADOS

AMPLIACIÓN Y ARREGLO

SE CALCA SOBRE CUALQUIER CLASE
DE GÉNERO

PETRA B. DE HALKIER
61 núm. 732 La Plata

Restaurant "MARCONI"

DE

SABANDO & BACCHI

Atendido por sus propios dueños

Calle 8 entre 49 y 50, número 877

Teléf. 2486 - La Plata

Servicio esmerado - Precio módico

TODOS LOS DIAS

RÁVIOLES Y TALLARINES

LOS MARTES

BUSECCA

LOS VIERNES

BACALAO

"EL ATENEÓ"

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA
CASA EDITORA

PEDRO GARCÍA

CASA CENTRAL: FLORIDA 371
TELÉFONO 2801. AVENIDA
BUENOS AIRES

SUCURSAL: CORDOBA 2099
TELÉF. 3063, JUNCAL

Algunas obras que ofrece la Sección Literatura

HURTADO. Historia de la literatura española, Madrid 1921	\$ 12.00
VERGARA MARTÍN. Diccionario Geográfico Popular. De cantares, refranes, adagios, proverbios, locuciones, frases proverbiales y modismos españoles, Madrid 1923.	" 6.00
GONZÁLEZ RUANO. AZORIN-BAROJA. Nuevas estéticas y otros ensayos Madrid 1923.	" 2.00
VENDRYES J. Le Langage. Introduction linguistique a L'Histoire. Paris 1921.	" 4.50
MARTINENCHE E. L'Espagne et le romantisme francais 1922.	" 3.60
MENÉNDEZ Y PELAYO. Estudios sobre el teatro de López de Vega 4 tomos (Pasta Valenciana).	" 40.00
TURQUETS TRESSERRA. A través de tres civilizaciones (Analogías y contrastes).	" 2.50
RODRÍGUEZ MARIN. Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas, que piden lugar en nuestro léxico 1922	" 5.00
RUFO J. Las seiscientas apotemas y otras obras en verso. Publicadas la Soc. de Bibliófilos españoles. Madrid 1923	" 12.00
SERRANO DE NANDRI. La educación de la mujer de mañana 1923	" 3.00
MARISTANI. Florilegio (Las mejores poesías líricas de diversos idiomas) Pasta valenciana.	" 12.00
SBARBI. Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española, 2 tomos encuadernado.	" 30.00
GARCÍA MEDINA. Disparates no usuales, pero usados por escritores de postin (primera sarta).	" 2.00
DELEITO Y PINUELA. El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea.	" 3.00
LLORCA ANGEL. Cien lecciones prácticas-lenguajes etc.	" 3.00
MENÉNDEZ Y PELAYO. Ideas estéticas en español 9 t. enc.	" 40.00
MENÉNDEZ Y PELAYO. Crítica literaria 5 tomos Enc.	" 25.00
CEJADOR Y FRAUCA. La verdadera poesía castellana 4 tms. c u.	" 3.50
CEJADOR Y FRAUCA. Historia de la lengua y literatura castellana. 14 tomos encuadernados.	" 120.00
OCHOA. Orígenes del teatro español 5 tomos encuadernados.	" 30.00
TURQUETS TRESSERRA. Los grandes contrastes de un continente.	" 3.00

"THE PICCADILLY"

Representante de los afamados
Perramus "BURBERRY"

Adquiera uno inmediatamente solicitando un CRÉDITO
El mejor surtido de casimires ingleses para invierno

C. Emilio Blake

Calle 7 Núm. 1037

U. Telef. 2612

¿.....?

¿Queréis complacer vuestro paladar con exquisitos y sanos manjares? ¿Deseáis con motivo de un acontecimiento social dar más lucidez a la fiesta? Y por último: ¿Necesitáis la melodía y bulliciosa música de una grande y eximia orquesta? Concurrid a la CONFITERÍA PARIS y lo encontraréis. Es la casa que se ha impuesto.

VICTOR ALONSO.

Calle 7 Núm. 1076, 54 y 55 - Unión Telef. 110

Ferrocarril Provincial La Plata a Meridiano V

PASAJEROS

Servicio esmerado con confort y comodidad. Puntualidad en los horarios. Viajes directos y rápidos. Servicio local, diariamente entre las estaciones LA PLATA y C. BEGUERIE. Entre LA PLATA, 9 DE JULIO y MIRA PAMPA, tres veces por semana, con servicio restaurant esmerado y coches dormitorios. Abonos mensuales, semestrales y anuales. Parte de regreso en boletos de ida y vuelta, válida hasta los 25 días de su emisión.

CARGAS Y HACIENDAS

Trenes directos y adicionales. Servicio especial para el transporte de haciendas, con destino a Puerto LA PLATA. Frigoríficos y F. C. Midland, por Empalme Ingeniero de Madrid. Conexión en la Estación Circunvalación del F. C. Sud, para los trenes generales de pasajeros y transbordo de cargas. Mercado para venta de haciendas, en Estación A. Etcheverry. Ventas semanales todos los juéves. Caminos de acceso desde este mercado hasta La Plata, Abasto M. Romero, macadamizados.

TARIFAS reducidas para todo tráfico, y rebajadas desde el 1.º de Julio del año próximo pasado, para los transportes de haciendas, leche y crema.

ADMINISTRACIÓN E INFORMES.

Calle 17 y 71

LA PLATA

U. T. 1217 1259



COMPAÑÍA TEATRAL DEL GRUPO
DE ESTUDIANTES
"RENOVACIÓN"
DE LA PLATA

□ □ □

En cumplimiento de sus propósitos artísticos, oportunamente enunciados, la compañía Teatral Estudiantil Renovación lleva efectuadas las representaciones siguientes: Septiembre 1921, «Los Intereses Creados» de Benavente; Septiembre 1922, «La Posadera» de Goldoni y «La Cueva de Salamanca» de Cervantes; Octubre 1922, «Hacia Las Estrellas» de Leonidas Andreiw; Marzo 1923, «La Posadera» de Goldoni; Septiembre 1923, «El Médico a Palos» de Moliere y «La Verdad» de Benavente y Febrero 1924, «La Línea Recta» de E. Herrero Dycloux y «Retazo» de Nicodemi; Mayo de 1924, «Retazo» de Nicodemi.—En breve: «Un Drama Nuevo» de Tamayo y Baus, y «El Mal de Amor» de Alberto Mendióroz.

□ □ □

SOLICITE PROGRAMAS Y DECLARACIÓN DE PROPÓSITOS
A LA REDACCIÓN DE "VALORACIONES"